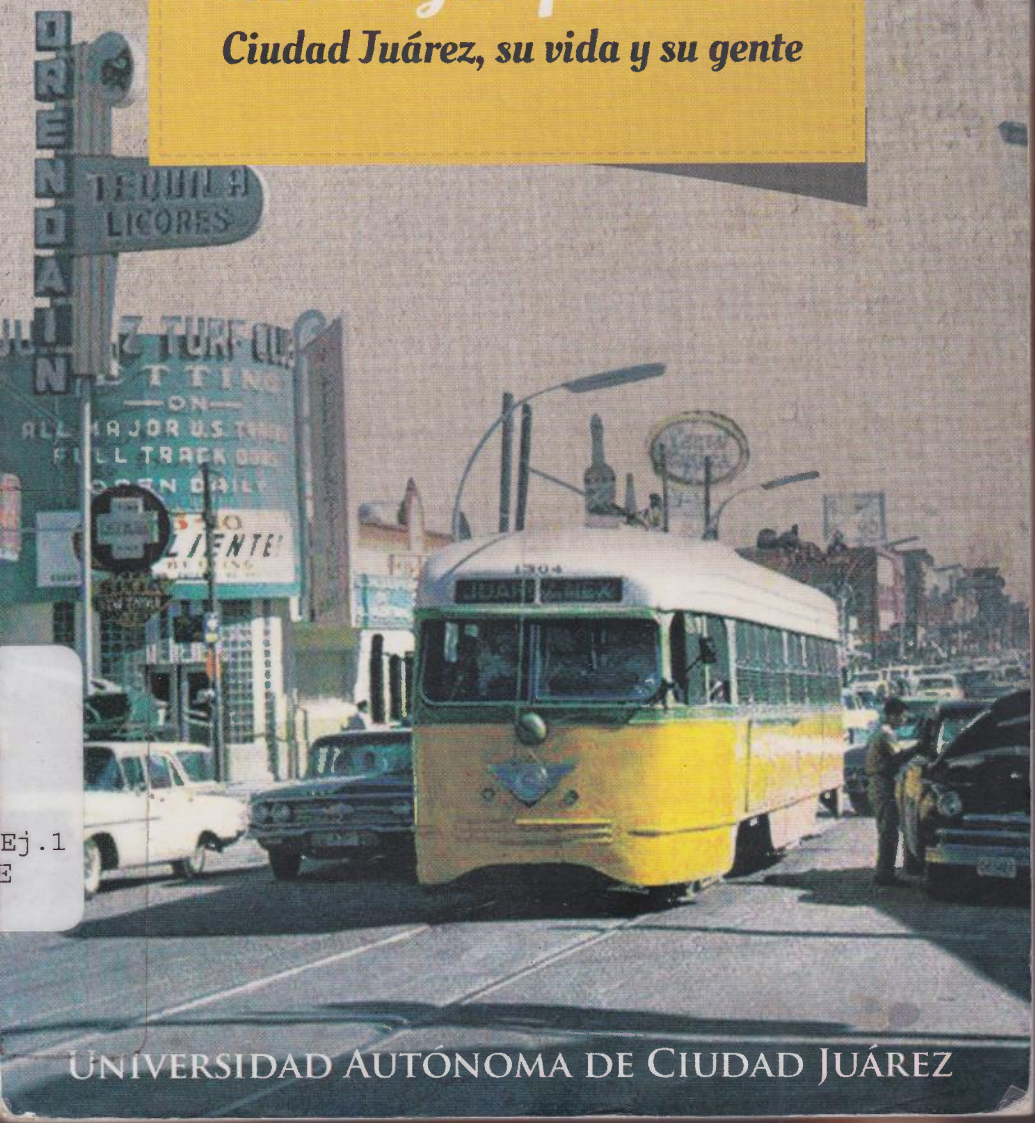
Raúl Flores Simental

Crónicas del siglo pasado

Ciudad Juárez, su vida y su gente



Ej.1
E

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

UC) d-2014

F1391.C62
F56
2013
Ej.1
CGBCE

Raúl Flores Simental

Crónicas del siglo pasado

Ciudad Juárez, su vida y su gente



UN ... JÁREZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ

Ricardo Duarte Jáquez
Rector

David Ramírez Perea
Secretario General

Manuel Loera de la Rosa
Secretario Académico

Ramón Chavira Chavira
Dirección General de Difusión Cultural y Divulgación Científica

Para doña Guadalupe Gómez Vda. de
Simental y su hija Hilda Celia.

También para todas las mujeres
inmigrantes que le dieron rostro,
alma y sazón a la vida de esta frontera.

Y para los personajes anónimos
que desfilan por estas páginas,
los que sin fama ni fortuna
pero con su trabajo modesto,
humano, ingenioso y cotidiano,
han construido esta ciudad generosa,
multicultural y heroica.

Crónicas del siglo pasado. Ciudad Juárez, su vida y su gente.

Primera edición, 2013
D.R. © Raúl Flores Simental
© Universidad Autónoma de Ciudad Juárez,
Avenida Plutarco Elías Calles 1210, Fovissste Chamizal
Ciudad Juárez, Chihuahua, México
C.P. 32310

Flores Simental, Raúl.
Crónicas del siglo pasado. Ciudad Juárez, su vida y su gente / Raúl Flores Simental. Ciudad Juárez, Chihuahua: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2013.
196 páginas; 21 centímetros
ISBN: 978-607-520-048-4
Contenido: Se incluyen ciento veintisiete crónicas, los lectores podrán ver por ejemplo: el microcosmos que encerraban los viejos tranvías que circulaban de Ciudad Juárez a El Paso, o las extintas vecindades que abrigaron a miles de familias; conocerán la dieta callejera de los paseantes nocturnos; los menús de las fiestas especiales; los edificios donde miles de juarenses se educaron; entrarán a las viviendas que un día se forjaron con adobe y otro se derribaron para hacerse de cemento; escucharán voces salpicadas de modismos; conocerán a personajes famosos y a otros tantos desconocidos, pero no por ello menos interesantes.

Ciudad Juárez, Chihuahua, México – Historia – Siglo XX – Crónicas
Ciudad Juárez, Chihuahua, México – Aspectos sociales – Siglo XX – Crónicas
Ciudad Juárez, Chihuahua, México – Aspectos económicos – Siglo XX – Crónicas
Ciudad Juárez, Chihuahua, México – Política y gobierno – Siglo XX – Crónicas
Ciudad Juárez, Chihuahua, México – Vida social y costumbres – Siglo XX – Crónicas

F1391.C62 F56 2013

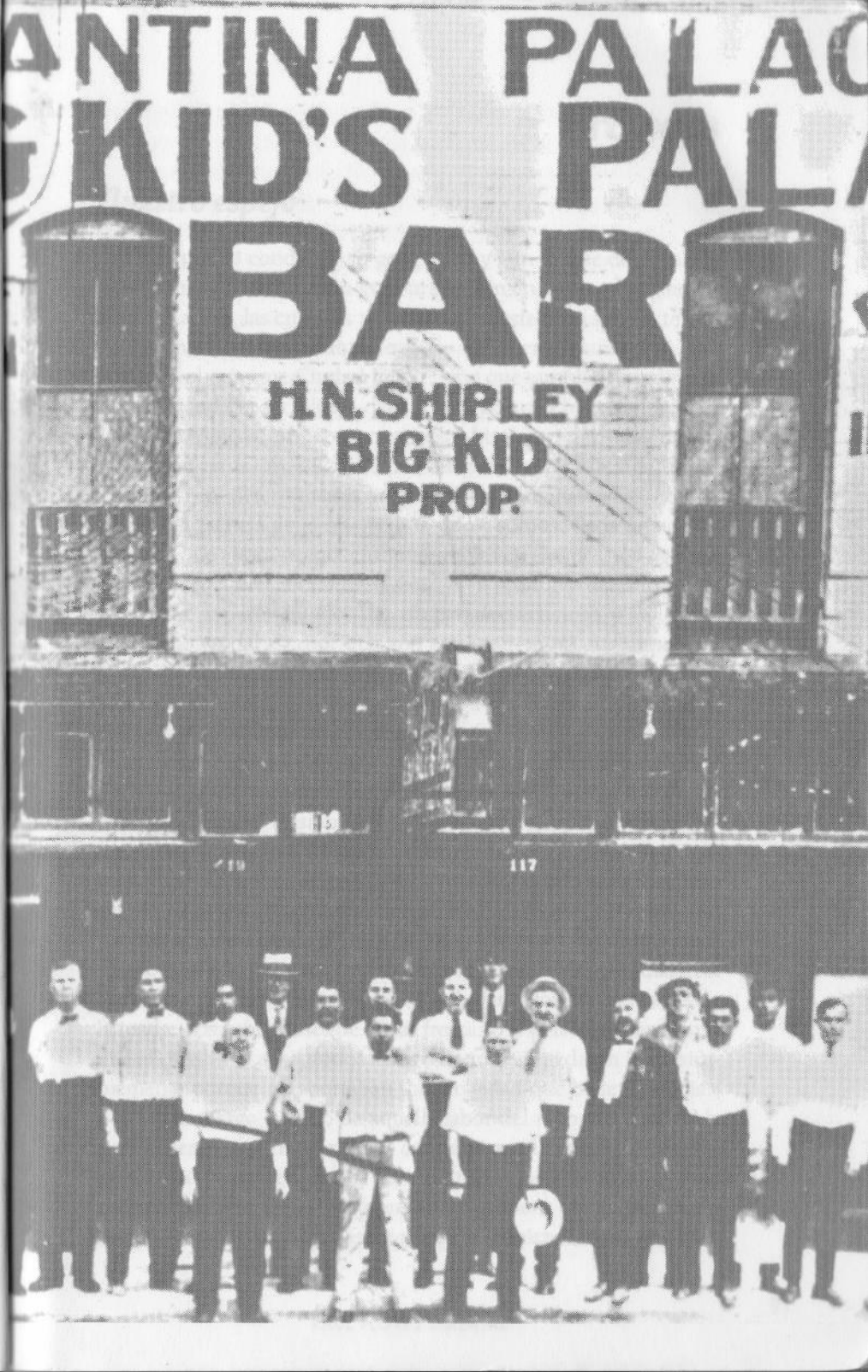
El diseño y producción editorial de este documento estuvo a cargo de la Dirección General de Difusión Cultural y Divulgación Científica, a través de la Subdirección de Publicaciones
Diagramación: María Elena López
Diseño de cubierta: Karla María Rascón G.

Impreso en México / Printed in Mexico
http://www2.uacj.mx/publicaciones/

Contenido

Prólogos 9
Nuestro espejo 9
Adriana Candia
Periodismo y literatura 11
Vicente Jaime
Introducción 15
Viejos verdes 17
Oculta belleza 18
De verde y colorado 19
Con Carlos Aceves 20
Tocino y maldiciones 21
Leche y café 23
Producto regional 24
De ceja depilada 25
Otra de cines 26
Rosa y negro 28
Chaparras y de adobe 29
Nocturna y solitaria 31
Güeros y cholos 32
Máscara y balón 33
Granadinas y desarmadores 34
La Uno 35
Otra de la del Parque 37
Hijos de nadie 38
Mágica y eterna 40
La María Martínez 41
A mi manera 42
Con el viento a favor 43
Azul y rojo 45
Cajas de zapatos 46
¿Te acuerdas? 48
Vainilla y tequila 49
Diez centavos 50
Sin corazón 51
De la Morfín a la Jilotepec 53
¡Salud! 55
Madre e hija 56
Y ahí seguirán 58
La Mama 60
Fieles pasajeras 61
Adán Luna 63
Lela 64
La revendedora 65
Lolita 66
Panilleros 68
No hay de otra 70
Doña Lupe 72
Loco amor 73
Me quedo 74
¿A dónde fueron los negritos? 76
Nostalgia nocturna 78
La 28 79
Viejo barrio 80
Pura fama 82
La desobediente 84
Fronterizas 85
Chaparrita y pretenciosa 86
Réquiem por el adobe 88
Sin maquillaje 89
Digitales 91
No eran brujas 92
El mismo 93
Niños en el 10 94
Perfume de español 95
Cantinas 97
Ex-Hipódromo 2 98
Adelitas 99
Millones 100
Anticuados 102
Nuevos vicios 103

Desde el Polo Norte	104	De a veinte y cincuenta	149
Tanques de guerra	106	Rojo y negro	150
De palo	107	¿Cuernos o cruz?	151
Últimos del milenio	108	Cucarachas	153
¿Dónde está eso?	109	Don Marcos	154
Calendario exacto	111	Hasta la nostalgia...	155
Dos por uno	112	Con manteca	156
¿Vainilla o limón?	113	Galanes del XXI	158
Otorrinolaringólogos y maistros	114	Los llamaba ángeles	159
Todo igual	116	De madera	160
Ni caperucitas ni lobos	117	Primavera y otoño	162
Les vale	118	Jeringa y sonrisa	163
Tierno corazón	119	Entre dos siglos	164
Patín del diablo	121	De nicotina	166
Lencho	122	De foquitos rojos	167
De a peseta	123	Con pistolita...	168
Odiadas	124	Si lo sabe Dios...	170
De pulquería	126	Silenciosa	171
Goma y colores	127	Ciberimpertinencias	172
Amores perros	128	Los del siglo XXII	173
Gordis del 2001	129	Buenos días y con permiso	175
¿Cuánto va a abonar?	131	Nuevos marginados	176
Buñuelitos	132	A veinte la función	177
Chicas a-go-go	133	Peregrina	178
Compañía perfecta	134	Abandonados	180
La tuerca digital	136	Capirotada	181
Aquellas nevadas	137	No sufras más	182
Con alma y con historia	139	Juarochos y torreones	184
De gorra son mejores	140	Dálmata en el I-10	185
Igual	141	Rótulos	186
Pluma y libreta	143	Paliacates	188
Novelas y chismes	144	Tortillas y refritos	189
Ni el aire	145	Igual	190
Nomás medio plato	146	Rojos y dorados	191
Color de rosa	148	Ordinario o aéreo	193



Prólogos

Nuestro espejo

Porque lo cotidiano, lo geográfico y aun lo que de ritualista pueda tener nuestra gran urbe están en constante transformación, las crónicas recopiladas en este libro son un tesoro de instantáneas, de palabras que no solamente iluminarán con nostalgia al que ame Ciudad Juárez, sino que también alumbrarán la curiosidad del sociólogo, del antropólogo o el historiador.

Las crónicas que componen este libro son cápsulas de información en las que Raúl Flores Simental retrata la vida de los juarenses en determinados momentos o circunstancias, donde aparece la esencia de lo que hemos sido y somos. Cada una de las crónicas que ahora se encuentran reunidas en *Crónicas del siglo pasado. Ciudad Juárez, su vida y su gente*, es el producto del trabajo del periodista experimentado, del observador acucioso y reflexivo, pero también del escritor que aun con la premura que impone el cierre de edición en el periódico sabe encontrar la frase, la palabra y la imagen exacta con las que revela a sus lectores: personajes, costumbres, cambios en su ciudad.

Conocí algunas de estas crónicas ahora compiladas en este libro —cuando vieron la luz por primera vez a principios de los ochenta— casi al mismo tiempo que a su autor, Raúl Flores Simental, quien en ese tiempo era un reportero de periódico activo y vivaz. Él nunca se perdía una marcha, una concentración o evento de masas importante donde observaba con detenimiento y a profundidad desde al líder de los grupos hasta al último marchista, pasando por cada uno de los personajes que agrandaban el acto social: el curioso sin oficio, el bebé que lloraba en brazos de la madre, los vendedores de aguas frescas o el perro callejero, aunque al escribir la nota, todos estos personajes quedaran fuera simplemente porque no aportaban una novedad que hiciera noticia.

Sin embargo, al lado de aquella labor del reporteo infatigable para obtener una noticia, Raúl continuó escribiendo sus reseñas de Ciudad Juárez en una o dos cuartillas que aparecían en una pequeña columna, casi siempre en la primera plana, del diario donde él trabajaba. Muchas de aquellas crónicas tenían una gran

dosis de nostalgia por los usos y costumbres idos en la frontera, pero siempre tuvieron también el toque lúdico que el autor les proporcionaba con su particular uso del lenguaje y la elección de una imagen especial arrancada del mismo pueblo.

Con estos retratos de personajes, costumbres, rituales y paisaje urbano, Raúl Flores se convirtió así en el mejor de los cronistas de nuestra cultura popular; y si en el DF los mexicanos tenían a Carlos Monsiváis para mostrarles con humor a los mexicanos lo que eran, en Ciudad Juárez teníamos por fin a alguien que sabía decirnos con gracia e inteligencia dónde y cómo vivíamos los fronterizos.

Sus crónicas, que siempre llevó de un periódico a otro, dependiendo de dónde trabajaba como reportero o editor, nos ponían de frente a nosotros mismos con esas pequeñas particularidades que hacen a una cultura diferente de la otra, aunque al mismo tiempo sus crónicas nos hacían un guiño de complicidad y simpatía por nuestras diferencias. Por ello probablemente fue que el espacio en que aparecían dentro del periódico era un lugar de visita obligado en el que los lectores podíamos suspirar, sonreír, emocionarnos o simplemente vernos reflejados en unos cuantos pincelazos que pocas veces alcanzaron una extensión superior a las dos cuartillas.

Es una alegría ver ahora reunidas en un libro aquellas crónicas, con tantas otras que fue publicando por décadas mientras retrataba las transformaciones de Ciudad Juárez.

Ciento veintisiete crónicas que son un homenaje a nuestra forma de vivir, pero sobre todo a nuestra ciudad, esa "mujer sin maquillaje" que el cronista ama.

En este libro los lectores podrán ver, por ejemplo: el microcosmos que encerraban los viejos tranvías que circulaban de Ciudad Juárez a El Paso, o las extintas vecindades que abrigaron a miles de familias; conocerán la dieta callejera de los paseantes nocturnos; los menús de nuestras fiestas especiales; los edificios donde miles de juarenses se educaron; entrarán a las viviendas que un día se forjaron con adobe y otro se derribaron para hacerse de cemento; escucharán nuestras voces salpicadas de modismos; conocerán a personajes famosos y a otros tantos desconocidos, pero no por ello menos interesantes.

Quien abra este libro viajará en el tiempo hasta aquellos años en que en Ciudad Juárez había enfermeras que salían de noche

armadas de una cajita con jeringas para ir a tratar a un paciente; sabrá cómo se divertían los jóvenes en los cincuenta; a qué jugaban los niños cuando no había video juegos o *iPods*; lo que había que hacer para ver un programa de televisión o de qué manera gastaban el tiempo libre las familias; cómo eran los mercados y las tiendas de barrio, las salas de cine y las escuelas. Sus lectores verán cómo los fronterizos nos hemos adaptado e integrado a las grandes migraciones del sur, a las crisis económicas, a los estallidos políticos y sociales y a los hipercambios tecnológicos o climáticos. Observarán las oleadas de visitantes del norte y del sur que en distintos momentos de nuestra historia social han sido parte del paisaje urbano y han enriquecido nuestra cultura aun en el caos; participarán de nuestras festividades cívicas y religiosas y hasta podrán observar algo de la vida cotidiana que compartimos con nuestra vecina ciudad de El Paso Texas.

En resumen, *Crónicas del siglo pasado. Ciudad Juárez, su vida y su gente,* además de ser compendio para la sociología o la microhistoria, es también el cofre literario donde Raúl Flores Simental nos entrega a los juarenses de nacimiento o de corazón, una gran herencia: nuestro espejo.

Adriana Candia

Periodismo y literatura

Releer los mosaicos que componen las crónicas de Raúl Flores sobre la vida cotidiana de los juarenses durante la segunda mitad del siglo pasado —cómo duele describir así a nuestra generación— es abrir nuestros sentidos a una plétora de imágenes y aromas, de voces, sonidos y colores que pintan a una ciudad con una personalidad única.

Tuve la fortuna de ser parte junto con Raúl de una generación de periodistas que ambicionaba alcanzar grandes metas. En la década de los ochenta, confluyeron de una manera única una serie de circunstancias en la vida social y política de Ciudad Juárez que permitieron el florecimiento de nuevas formas de hacer periodismo. Sin menospreciar la contribución que pudo haber hecho el trabajo de muchos periodistas jóvenes de esa generación para

hacer posibles los profundos cambios en la vida nacional que se consolidaron en la década de los noventa y al inicio del nuevo siglo, no me cabe duda de que las crónicas de Raúl son uno de los trabajos con mayor valor periodístico de aquella época.

En 1986, varios de los miembros de esta nueva generación de periodistas nos propusimos llevar a cabo una utopía: crear un órgano periodístico radicalmente independiente y acerbamente crítico a la vez que financieramente viable. El proyecto no se limitaba a su carácter ajeno al control de las tradicionales estructuras de poder, sino que pretendía ser un frente de avanzada de un movimiento de cambio cultural. Así de elevadas eran las miras.

La vocación de libertad y el alegre entusiasmo de aquel momento en que se deja lo viejo y se entra en algo nuevo y desconocido, estaba presente en la mente y el corazón de muchos talentosos periodistas, activistas políticos y escritores que confluyeron en ese espacio. Sin embargo, a la distancia puedo reconocer que muchos de quienes participamos en el diseño de las estructuras básicas que iban a guiar esos esfuerzos, estábamos demasiado sumergidos en una visión trascendentalista del periodismo.

El pensamiento de que era posible cambiar el mundo, para comenzar, y luego ya se podrían atender otros detalles menores, parecía permear aquel proyecto. No era de asombrarse que así ocurriera cuando las heridas en la sociedad juarense, chihuahuense y de todo México eran tan profundas y recientes y la necesidad de nuevos aires en la vida de los fronterizos era tan acuciante. Fue en esa época que Raúl Flores se distinguió del grupo generacional al que pertenecía, al dar inicio a un espacio que, en términos del periodismo juarense, resultaría quizá más revolucionario que los encendidos reportajes y los elocuentes artículos editoriales que llenaban las páginas de aquella efímera publicación.

Las crónicas de Raúl en *Esta frontera nuestra, 1, 2, 3* y otras variantes que viajaron de un medio a otro, hacían justo honor a este género periodístico, en el que usualmente se hermanan el periodismo y la literatura. Eran un espacio netamente periodístico porque en él su autor se proponía reflejar de una manera directa, pero a la vez con un sello eminentemente personal —como toda crónica—, los mil y un colores del caleidoscopio de la vida cotidiana de una comunidad. Había una novedad en el estilo de abordar cada tema. Era como si, al relatar costumbres o acontecimientos

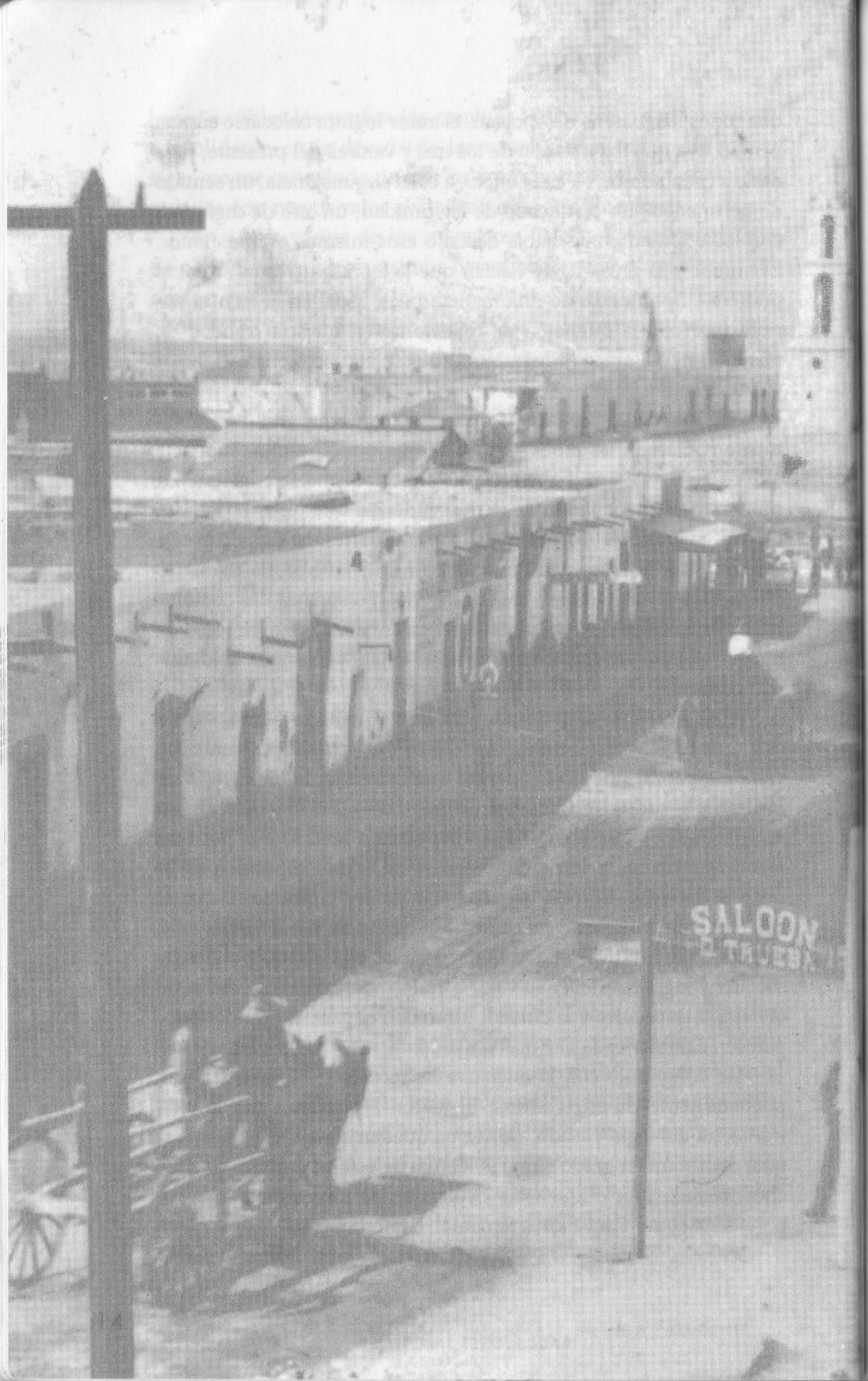
que todos los juarenses conocían, el autor lograra colocarse en una perspectiva que iba más allá de los ires y venires del presente, para darle a cada nombre, a cada oficio, a cada circunstancia, un sentido de pertinencia, un certificado de legitimidad, un aire de dignidad, con los que nadie más había descrito esos mismos eventos antes. El humor y la prosa ligera hacían que la lectura de estas crónicas pudiera emprenderse de una manera poco usual en la lectura periodística: con la intención de reflexionar en nuestra realidad de manera serena, amena, disfrutando de ese contacto entre el lector y el texto.

Más allá de las pretensiones espectaculares que casi inevitablemente gobiernan las motivaciones del periodista —una tendencia que cobra más fuerza a medida que el periodismo se convierte en *show*— y despreocupado de la trascendencia que otros buscaban, Flores Simental realizó por años, como un artesano dedicado teje sus canastos, la labor constante de convertir en historia diaria las mil facetas de las familias, los lugares, los personajes, las costumbres y los eventos de una urbe fronteriza envuelta en un proceso de transformación tan frenético, que no le deja espacio para la identidad cultural.

Al dedicar una parte importante de su quehacer periodístico a esta tarea, Raúl cubrió un espacio único que, paradójicamente, ha venido a cobrar una trascendencia que rebasa la de la mayoría de los textos —todos los míos, para comenzar— que se generaron en aquella época y que ahora no tendría mucho sentido leer por otra razón que no fuese la de documentar un tramo específico de la historia juarense. En esta circunstancia parece confirmarse que el carácter eminentemente específico y concreto de estos relatos es lo que les da una universalidad que rebasa las coyunturas políticas y sociales y logra mantener su valor o aun lo acrecienta a medida que el tiempo transcurre y la ciudad, junto con el país, el mundo todo, parecen cambiar cada vez más aceleradamente.

Me congratulo con la iniciativa de recolectar aunque sea una pequeña parte de estos textos. El juarense que atestiguó la vida fronteriza del siglo pasado, de la que quedan cada vez menos rastros, disfrutará en grado sumo la lectura de estas memorias de muchos, filtradas por el quehacer dedicado y la pluma diestra de un periodista como Raúl Flores Simental. Enhorabuena.

Vicente Jaime



Introducción

Los textos de este libro fueron publicados en distintos periódicos de Ciudad Juárez. Casi todos se escribieron durante los últimos años del siglo pasado y algunos al inicio del nuevo milenio.

Tienen, como toda crónica periodística, la intención de rescatar el detalle y la vida que a veces no captan otros géneros.

Se teclearon en salas de redacción, con la premura que este espacio marcaba, porque no había en ese momento, como hoy, la posibilidad de escribir desde el lugar de los hechos. Tienen, por tanto, el sello, la emotividad y la imperfección de lo urgente, pero se conservan tal como fueron redactados con la intención de preservar el calor del momento que una crónica puede ofrecer.

No hay orden temático ni cronológico. Los juarenses del siglo pasado —que posiblemente sean sus lectores más generosos— podrán ubicar cada texto en su momento y quizá también podrán acomodarlo en el lugar en donde se guardan los recuerdos y anida la nostalgia.

Algunas de las crónicas fueron guardadas digitalmente y otras fueron recuperadas porque algunos lectores generosos tuvieron el cuidado de conservarlas en papel. Gracias a ellos, es posible este rescate que intenta recordar la necesidad de mantener vigente este género, quizá el más subjetivo, cálido y humano de los que contempla el periodismo.

Cambiarán los formatos, las tecnologías, las formas de conservar y transmitir información, pero el periodista nunca perderá la obligación y el gusto de narrar con emoción, con detalle, con el alma, los hechos que le ha tocado presenciar.

Por eso, la crónica periodística tiene una larga vida.

Si, como se espera, la humanidad tiene muchos siglos por delante, hay muchas cosas aún por contar.



Viejos verdes

Eran un medio de transporte, sí, pero muy diferente a lo que hoy son las desvencijadas ruteras o los camiones lodosos.

Que era difícil abordarlos, es cierto; casi siempre venían atestados y era iluso querer subirse a ellos en el centro de El Paso, sobre todo porque aquellas señoras frondosas, gigantescas, inmensas, impedían que más de una persona a la vez pudiera traspasar la puerta.

No era raro que su interior oliera a sudor o a pies —sobre todo allá por agosto—, como tampoco era extraño que de repente una axila agresiva nos lanzara hacia atrás, o que el rítmico tronido de un chicle nos lastimara el oído. Pero todo aquello era parte del ritual, porque subirse a ellos era como entrar a un hogar muy especial, a participar de las intimidades de una familia.

Sentadas en los asientos brillantes o casi colgadas del tubo, las señoras sostenían cálidas conversaciones y hacían rápidas amistades antes de llegar al puente, antes de que la solidaridad se materializara ocultando bolsas y tapando paquetes.

Porque había que ver cómo a la hora de enfrentar a los aduaneros, las mujeres se ayudaban unas a otras y las más frágiles eran siempre auxiliadas por la frondosidad de otras, bajo cuyas faldas y piernas se ocultaba la fayuca, ese pequeño contrabando inocente y familiar que burlaba así cotidianamente la avaricia de los uniformados de verde, que muy seguido se llevaban algún florido recordatorio a sus ancestros como justo pago a los pequeños y grandes abusos.

Tenían además un ambiente especialmente democrático. Sus jaloneos acomodaban con singular justicia a la gente y terminaban de manera tajante con las discusiones sobre los asientos. Y por si todo eso fuera poco, eran además un medio de transporte accesible y seguro. Jamás nadie se quejó de sus tarifas ni mucho menos temió un asalto en sus adentros.

Así, por muchos años, aquellos viejos armatostes siguieron llevando y trayendo gente, y aunque había camiones y carros colectivos que les disputaban la clientela, jamás pudieron arrebatarles supremacía y popularidad.

Un buen día, como confirmando aquello de que todo por servir se acaba, fueron enviados a los corralones; se habían acabado, y quizá para siempre. En su lugar, vinieron taxis colectivos, autobuses y muchos carros. La ciudad se llenó de vehículos, de gente y de humo.

Atrás, muy atrás, quedaron los tranvías, con sus pláticas, su tronar de chicles y, sobre todo, aquel calor humano y aquella pequeña solidaridad contra las injusticias.

Oculta belleza

Hay mil historias, mil anécdotas, mil formas de platicar el momento de la llegada y los primeros días de estancia en una tierra que nunca pareció extraña, que nunca dio el menor indicio de rechazo.

Unos llegaron porque había parientes, porque el cuñado, el hermano, la hermana, el hijo o el yerno ya estaban por acá y de alguna forma el camino estaba abierto. Había una casa o un cuarto que les ofrecieron y donde todos cabían.

Otros se vinieron porque no había de otra. Porque las deudas apretaban y quizá el hambre calaba. Otros más le huyeron a la rutina, a la monotonía, a la vida de siempre, a la existencia con pocas esperanzas o a un sueldo que cada vez se iba a hacer más chico.

Pero lo más interesante es que nunca nadie engañó a nadie con falsedades o con apariencias. Nunca se dijo que Juárez fuera un paraíso, que fuera hermoso o que tuviera parques y arboledas. Nadie ha dicho jamás, porque mentiría, que esta es una ciudad tan bella como Morelia, tan cosmopolita como México, tan colonial como Zacatecas, tan histórica como Puebla o tan romántica como Guanajuato. En realidad, de Juárez nunca se han contado mentiras y no se le han adjudicado ni pasados aristocráticos ni bellezas que no tiene. De esta frontera se sabe que es chaparrona, polvorienta, plantada en el desierto y con un clima difícil de aguantar. Aquí, en el verano se suda y en el invierno se tiembla. Aquí el sol brilla con ganas allá por julio o agosto y la vida se congela en diciembre y enero.

Quienes han llegado aquí no fueron víctimas de engaño alguno: sabían a lo que venían y estaban prevenidos sobre lo que



iban a ver. Y encontraron exactamente lo que les platicaron: una ciudad chaparrona, de belleza oculta, con gente sonriente y un sol generoso. Encontraron también que a los pocos días de estar aquí, el corazón empezó a arraigarse y las ganas de irse comenzaron a marchitarse.

Y muchos de los que han llegado, empezaron después a contar la misma historia: "yo nada más venía por mientras", "yo nomás vine para irme al otro lado", "yo pensé que nomás me iba a quedar unos meses". Pero a todos les pasó lo mismo: perdieron la memoria y sepultaron la idea del regreso.

Se quedaron, se fundieron con la ciudad, se sintieron parte de ella, se hicieron uno más de los muchos que han llegado. Y tanto se sintieron de aquí, tanto se enamoraron, que al poco rato empezaron a encontrarle a Juárez esa indescriptible y oculta belleza que nadie le niega y de la que ninguno escapa.

De verde y colorado

Juan es un burrero muy animoso que recorre todos los días la zona de la avenida de las Américas. Se levanta a eso de las cuatro de la madrugada a echar 150 tortillas de harina y a preparar tres o cuatro guisados, entre los cuales está un chile verde riquísimo, con muchas papas y propio para crudos.

Desde mucho antes de que salga el sol, Juan ya está deshebrando carne, rellenando chiles y picando papas. Después de envolver cada burro en hojitas de papel aluminio, los echa en una hielerita de espuma, los cubre cuidadosamente, agarra la ruta, y a recorrer oficinas y tiendas.

Para el mediodía ya acabó y tiene en la bolsa por lo menos 300 nuevos pesos y algunos burros sobrantes.

A la semana, Juan vende mil 500 nuevos pesos y de esos le quedan libres 750, si no es que más. Eso equivale, ni más ni menos, a un ingreso mensual limpio de tres mil nuevos pesos.

El razonamiento del pequeño empresario es simple: "¿Dónde me los gano?, ni modo que en una maquila".

Por eso, convencido de que, por lo menos por ahora, ha elegido el mejor camino, Juan desempeña su trabajo con gusto.

Se levanta animoso, se pega a la estufa, carga su caja durante toda la mañana y lleva bien la contabilidad de las cuentas por cobrar. Porque, como comerciante moderno, sabe de las ventajas del crédito y a los clientes viejos les fía.

No tiene problemas con Hacienda, ni con los inspectores. Claro, tampoco tiene aguinaldo, ni seguro, ni vacaciones. Pero no tiene jefe, ni supervisor a quien darle cuentas.

Él asegura que una cosa compensa a la otra y eso le da ánimos para seguir recorriendo la calle, con la misma pregunta alegre de todos los días: "¿De verde o de colorado?"

Con Carlos Aceves

El papel está un poco amarillo y el sobre en las mismas condiciones. Tienen ese tono que da el tiempo y ese olorcillo inconfundible de los años. Es ese perfumillo a papel viejo, a recuerdo, a cajita de madera en donde se guarda lo que tiene que ver con el pasado.

Es una invitación sencilla: un pequeño pliego de cartulina doblado en dos partes. En el frente, el nombre de la escuela y año de ingreso y egreso de los graduandos; en la segunda página, el cuadro de honor y en la tercera, el programa. No hay —como a veces se acostumbra— una larga lista de invitados de honor de los que nunca van, ni nombre de padrino de generación ni cosa que se le parezca.

Pocos puntos en el programa. Pocas palabras y pocos discursos. Solamente la intervención de un maestro de la escuela. Para abrir, no podía faltar en ese tiempo la participación del maestro Carlos Aceves con sus músicos. Porque así eran las graduaciones de la Secundaria del Parque hace 30 años. Tan elegantes que abrían con una orquesta como no ha habido igual, y tan sencillas que no necesitaban de la presencia de autoridades ni de políticos,

En medio del pliego de cartulina, una hojita delgada, con letras minúsculas y sin un error de ortografía, en donde se leen los nombres de los graduandos. Están por grupos y alfabetizados, primero las mujeres y luego los hombres, por orden de riguroso apellido.

Ahí están muchos nombres olvidados, de los que al verse empiezan a sonar familiares. Y efectivamente, suenan como si alguna de las maestras estuviera pasando lista, porque con los apellidos de los compañeros de banca siempre sucede lo mismo: solamente hay que recordar uno para que los demás se vengan en cascada, uno tras otro. Es entonces cuando las caras y los nombres se regresan del profundo agujero de la memoria en donde se encontraban durmiendo.

Y empieza a pasarse revista mentalmente: "Este ya hasta es abuelo, este se ha divorciado dos veces, esta no se casó, esta sí se casó y con uno de mucha lana, este parece que ya hasta se murió y este otro se fue para Estados Unidos en cuanto se graduó". Cada línea, cada nombre, puede ser una anécdota, un recuerdo, alguna aventura. Porque las listas de graduandos son eso: pequeñas enciclopedias y grandes provocaciones para recordar lo que se creía olvidado.

Pero, sobre todo, ver una de esas invitaciones es acordarse de aquellos bailes, de la música de Carlos Aceves y de esas noches de verdadera fiesta en el Leonístico.

Todo eso puede encerrar un pedazo viejo de papel.

Tocino y maldiciones

Dos, tres, cuatro tiras de tocino caen sobre la superficie negra del comal. Empiezan a chillar y a retorcerse, a hacerse chiquitas, a ponerse transparentes, a perder su blancura. El viento fresco de

febrero lleva el aroma inconfundible por toda la zona y el perfumillo se pasea por la Juárez, por la Mariscal, da vueltas alrededor de un caballo de bronce que parece divertirse con el ir y venir de los paseantes.

Es de noche, y de los lugares cercanos empiezan a salir los que vagan de un lugar a otro. Por la banqueta pasan todos los personajes que suelen caminar por la Juárez: ***cholos*** y ***cholas*** de mirada altiva, vaqueros urbanos de botas gastadas y curiosos que asoman las narices en los muchos lugares olorosos a cerveza. Los taxistas de la esquina platican entre ellos y ven sin ver un espectáculo al que ya se acostumbraron.

A un lado del tocino que se fríe, se acomodan las ruedas de carne que también despiden sus olores y que empiezan a disminuir de tamaño y a ponerse oscuras. Enseguida, como vecinas fieles, están las salchichas y los largos panes que habrán de servirles de compañeros cuando sean cubiertos de frijoles y mostaza.

Es noche de fin de semana y los olores de las hamburguesas se mezclan con el ruido de la música que escapa de cada puerta. La noche huele a cerveza, a comida y también a bronca que se esconde en la esquina. Los policías perciben esos mismos olores y se pasean con ojos abiertos y la mano sobre la macana.

Cerca del caballo de bronce, a un lado de donde se fríe el tocino, empiezan las mentadas y los gritos. Un adolescente de camiseta floja y mirada retadora se zafa de los brazos de una muchacha que lo detiene, y se lanza contra un moreno que le dobla el peso. Ruedan por el suelo y los curiosos se amontonan en torno al ruido seco de los golpes y de los gritos sofocados. Surgen los partidarios de uno y otro, y la bronca se hace grande.

Un silbatazo, un chiflido, y de pronto se escucha el zumbido de los radios de la policía. Tres uniformados por aquí y dos por allá. Unos cuantos golpes y los rijosos quedan sometidos. Se oye el inconfundible ruido de pies que corren sobre el pavimento, resoplidos y más mentadas. Unos huyen y otros quedan sobre el piso y a los pies del caballo.

En el aire se disipa el olor a bronca: los detenidos suben a las camionetas y la calma regresa. El ambiente huele a fritanga, pero también tiene el aroma picante del gas lacrimógeno que ahora escurre de la cara de algunos. El tocino sigue friéndose en el comal, y los taxistas continúan con la mirada perdida.



Leche y café

Delantal blanco y muy limpio, dos jarras de aluminio y una pluma ensartada en el pelo, sobre la oreja. En el ambiente, el ruido que por momentos sube de tono y apaga las pláticas vecinas.

El lugar huele a café y a aceite que se quema en alguna estufa. Entre los muchos ruidos destacan los de vasos que chocan, los de los platos que se revuelcan en alguna tina y los de las cucharas que van y vienen por todas partes. Aquí y allá se escuchan también las cucharillas que pegan con las paredes de vidrio de los grandes vasos en donde se sirve el café.

Es sobre ellos, sobre esos recipientes cristalinos, donde se vacían las jarras que traen las meseras. De una de ellas sale un líquido negro que casi "hace hebras", de la otra sale la leche espumosa que acaba de hervir. Es el café que solo se sirve en los restaurantes de chinos, de los que ya quedan pocos.

El café en estos lugares siempre es a gusto del cliente. Algunos lo piden cargadito y otros quieren la leche nada más pintada; para acompañar el pan, para comerse unos *bísquets* o una rebanada de pastel de las que se exhiben en los aparadores de la calle.

Bibliotecas
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Porque a los cafés de chinos, a los que quedan, se va a platicar, a ver, a perder el tiempo, pero sobre todo a tomar café y a disfrutar del pan. También se va a escuchar el ruido inconfundible de las pláticas ajenas y el murmullo de los trastos que, allá en el fondo, se revuelcan entre el jabón. Otra ventaja es que a esos lugares —tan alejados de modas y de costumbres fugaces— va la gente que ha vivido por muchos años en la ciudad, y por eso entre esas mesas todavía se escuchan discusiones largas y referencias a lugares y a personas que ya desaparecieron.

Los cafés de chinos, con sus meseras, ruidos y aromas, son ya casi recuerdo porque ya son pocos los clientes que buscan el café en vaso y el pan recién hecho. Antes, cuando el centro era el centro, había varios de ellos y para los que gustaban de caminar por las noches, era obligado meter la nariz en alguno, para ver si había alguna cara conocida o ver con quien se compartía un café.

Ahora, esos lugares se extinguen, pero en el corazón de la ciudad quedan uno o dos donde todavía se puede escuchar el chocar de las cucharillas contra esos vasos de vidrio donde se mezcla el contenido de las dos jarras hirvientes: la leche humeante y el café que casi hace hebras.

Producto regional

Uñas largas, impecables, con un barniz perfecto. El vestido todo de poliéster, como marca la moda, es pequeñito, apenas para cubrir lo necesario. El pelo, brilloso y bien cuidado, tiene una caída natural, pesada.

Como ella, todas las demás. Casi uniformadas, aunque se nota que cada una busca el toque personal, el que las haga distintas, el que permita a los clientes recordarlas. Y la verdad es que para los observadores las diferencias son notorias, a pesar de que todas llevan vestidos breves, tacones altos, una cadenita y un par de piernas muy bien puestas.

Se distinguen por la sonrisa, por la manera de caminar, por la forma de poner los vasos y hasta por la forma de vaciar la cerveza. Unas fuman. Algunas se toman una coca cola y otras prefieren el agua natural. Todas caminan balanceándose sobre los tacones y se

recargan sobre la barra, para que el espejo situado en la contrabarra cumpla sus funciones recreativas.

En los lugares caros, siempre son jóvenes y con perfumes agradables, la cabellera olorosa a champú y las manos bien cuidadas, a pesar de que muchas veces, a lo largo de toda la noche, sus dedos entran y salen del hielo y de que cientos de ocasiones pasan un trapo mojado para que la barra se mantenga impecable.

Son aparentemente incansables, porque toda la noche caminan de las hieleras a la barra, de una mesa a otra, entre el humo y el ruido de los muchos clientes que piden y hablan. Ponen los hielos, llenan los vasos, limpian los ceniceros, se acercan a las mesas, contestan el teléfono y hasta le dan por su lado a los que rebasaron su límite de copas.

Los que gustan de visitar cantinas por todo el país, dicen que esta es una de las cosas que distingue a la ciudad, porque en otros lugares detrás de la barra están bigotones de moño y corbata, que platican o cuentan chistes, o preparan excelentes bebidas, pero no ofrecen el espectáculo adicional que solo las jóvenes pueden ofrecer.

Y lo mejor de todo es que, como sucede en todas partes, también en esos lugares el paisaje se está renovando constantemente. Nunca son las mismas, porque en cuanto pasan algunos años les dejan el lugar a otras.

Lo que no cambia son los espejos estratégicamente situados, que han estado ahí por siempre, como un atractivo indiscutible de estas tierras.

Aunque lo interesante no son los espejos, sino lo que reflejan. Y eso, es un producto auténticamente regional e inimitable: no se fabrica en ninguna otra parte del mundo.

De ceja depilada

Muchos años atrás, esta ciudad todavía estaba marcada por los rieles sobre los cuales corrieron los tranvías. Las líneas metálicas paralelas delimitaban un cuadro muy especial: empezaban en el puente de la Lerdo, corrían por toda esa avenida hasta dar vuelta en la 16 de Septiembre y otra vez daban vuelta hacia el norte en la Juárez.

Como no había gigantescos ***malls***, ni las ciudades estaban tan desparramadas, toda la zona comercial estaba en el centro. La vida

de Juárez giraba en torno a su viejo mercado, y la de El Paso, alrededor de aquello que la gente conocía como la Plaza de los Lagartos.

Como pocos tenían carro, la mayoría de los fronterizos eran usuarios cautivos de los tranvías; por eso, arriba de esos cajones verdes se desarrollaba una parte importante de la vida de los juarenses. Ahí, en aquellas bancas largas forradas de plástico verde, se escuchaban las lamentaciones de las señoras y las novedades del vecindario. También se daban pormenores de los aduaneros en turno.

Había algunas celadoras famosas por su corazón negro. Eran unas mujeres gordas, de ceja depilada, cachetonas, de cabello rojizo y de uña larga, que se subían a los tranvías a revisar con cuidado las bolsas de los pasajeros. Pero con la habilidad que siempre ha caracterizado a las señoras juarenses, estas se las ingeniaban para burlar la inspección de los odiados aduaneros. Como todos los pasajeros iban sentados en una banca larga, algunos bultos pequeños se podían ocultar bajo las faldas o entre las piernas. Pero para cubrir mejor el pequeño contrabando, lo ideal era parar enfrente a un niño o sentarlo sobre las piernas.

Así cruzaron la frontera muchísimos vestidos, abrigos, zapatos y juguetes, que de no haber sido por el ingenio de las señoras, hubieran sido decomisados por los cachuchones de verde, que se fijaban hasta en una simple cajita de cerezas cubiertas con chocolate.

Tan afilados tenían los colmillos los aduaneros, que a veces pretendían decomisar hasta una vil docena de huevos, aunque hubo ocasiones que se toparon con mujeres de pantalones muy bien puestos que prefirieron batirlos con los pies antes que entregarlos a los celadores.

Hoy los tranvías no existen, ni las señoras se prestan los niños para ocultar los pequeños contrabandos, pero los aduaneros son los mismos de siempre. Ahora los vistieron de azul y traen celular, pero igual andan detrás de una caja de chocolates, y tienen el alma tan negra como aquellas celadoras gordas de ceja depilada.

Otra de cines

Cuando hablan de los cines, las pláticas de los adultos siempre giran en torno a los mismos puntos: que antes eran más grandotes, que eran más bonitos, que tenían unos telones dignos de admirarse, que la música de los intermedios era muy agradable y que ir a ver una película tenía un encanto que hoy ya se ha perdido.



Los grandes cines ya desaparecieron. Se acabaron las construcciones altas y las escalinatas elegantes. Ya en muy pocas partes del país existen esos edificios que eran orgullo de algunas ciudades. Los han ido cerrando, y entre sus muros han colocado desde tiendas departamentales hasta lavaderos de autos. Por eso, ahora que aquellas salas son parte de la historia, muchos adultos platican sus recuerdos.

Afirman algunos que aquellos grandes cines generalmente olían a comida, o mejor dicho, a guisados caseros, porque las señoras llevaban tortas, tacos, refrescos, dulces y hasta huevos cocidos. Para ahorrar, o ante la imposibilidad de pagar los precios de las dulcerías de esos lugares, las mamás llegaban a ver las películas con una bolsa de gran tamaño en donde llevaban comida para un regimiento. De ahí sacaban tortas, chiles curtidos y todo lo que hiciera falta para esos días de campo. Esa era la razón por la que entre las butacas se esparcían los aromas de los chiles en vinagre, de los frijoles refritos, del jamón y de todo lo que se les ocurría llevar.

Recuerdan muchos otros, que en los cines a veces se percibían otros olores y sonidos. En las salas populares, donde la entrada era barata, era común que algunos desvelados fueran a dormir y hasta se quitaran los zapatos. Por esa razón, en los momentos en que se hacía algún silencio, podían escucharse con toda claridad los ronquidos... y a veces bajaba el peculiar perfumillo de los calcetines.

No era común en las ciudades, pero en los pueblos algunos cines carecían de techo, para evitarse la molestia de instalar aparatos de aire. Desde las butacas de palo se podía ver las estrellas y disfrutar de la frescura de la noche, aunque las lloviznas y los chubascos suspendían las funciones.

Hoy, con los cines de cajón esos encantos han terminado. Tienen un excelente clima, buenas butacas, inmejorable sonido, pantallas de primera y hasta baños limpios, pero carecen de muchas cosas que antes se disfrutaban. Además, a los adultos todavía no se les quita la idea de que se encuentran en una caja de zapatos, sobre todo si se les compara con aquellas salas espaciosas que hoy solo son ruinas y recuerdos.

Rosa y negro

Están en los postes de la ciudad, en muchas esquinas de barrios y colonias, bajo las lámparas que iluminan las noches fronterizas y debajo de los muchos alambres que corren sobre las calles.

Son un símbolo extraño: sobre un fondo rosa, una cruz negra, pintada con brocha. Pero a diferencia de muchos otros rayones absurdos que cubren el rostro urbano, estas marcas tienen un sentido y un autor conocido.

Fueron pintadas por grupos de mujeres. Por señoras y por jóvenes que buscan dejar testimonio del dolor y la inconformidad ante la muerte absurda. Porque esas cruces negras sobre fondo rosa son para recordar que en esta ciudad donde no falta el empleo, donde la industria crece y las avenidas se extienden, también la muerte se pasea a sus anchas.

Esas cruces pintadas por manos de mujeres, son para recordar que más de un centenar de ellas han muerto en manos de dementes, de asesinos cobijados en la noche y en la impunidad. Cada una de esas cruces es para que los que aquí viven tengan presente que desde hace algunos años, esta ha dejado de ser la ciudad tranquila que alguna vez fue.

Son para recordar que ya no es posible que las mujeres paseen solas por las tardes, que es imposible que las jóvenes caminen por la noche. Son para que se tenga presente que las banquetas, los parques y las esquinas, han dejado de ser lugares seguros, para convertirse en espacios de demencia y de asesinos.

Los que recién llegaron a esta ciudad, posiblemente lo desconocen; pero los que aquí han pasado su vida o parte de ella, saben que hubo tiempos mejores, tiempos tranquilos en los cuales la noche se disfrutaba y pertenecía a todos por igual; tiempos en que la ciudad vivió sin temores, sin angustias, sin la tristeza de ver casi cotidianamente la noticia de una nueva muerte.

Esas cruces en las esquinas, negras y con fondo rosa, son en recuerdo de las mujeres muertas, en memoria de las indefensas cuyo único error fue vivir en una ciudad de la que cada vez más se posesiona la locura. Son posiblemente también un signo de esperanza, el deseo de que algún día esta ciudad vuelva a ser lo que fue: un espacio generoso donde la gente convivía y se saludaba, un lugar donde las calles podían ser recorridas y las noches podían ser disfrutadas.

Por eso están pintados los postes. Para recordar que se viven tiempos de peligro y de luto. Para llorar un poco por una ciudad que cada vez parece más ajena y peligrosa.

Chaparras y de adobe

En el centro del patio, estaba el lugar más concurrido y más público. Un sitio pequeño y regularmente oscuro, con una puerta de tablas, que se detenía con un clavo chueco y con una aldaba. Espacio compartido y para todos, al que cualquiera podía llegar y permanecer, con la condición de que no fuera por mucho tiempo, porque los que esperaban podían desesperarse y empezar a dar toquidos.

También había una llave de la que todos se surtían y que en verano podía ser el sitio más concurrido. Llaves de bronce que siempre goteaban, y a las que en invierno pocas personas se acercaban.

Además de su excusado y su democrática llave de agua, las vecindades juarenses tenían otras características. Una de ellas era un olor inconfundible, en el que se mezclaba el cochambre, el perfume del guiso fresco y hasta el aromilla que se escapaba del baño. También podía oler a agua estancada o a gente, porque por lo regular estaban sobrepobladas.

A diferencia de otras poblaciones, aquí en Juárez las vecindades eran de adobe y chaparras. Un solo piso, muchos cuartos y puertas de madera una tras otra. Aunque en realidad cada cuarto tenía dos puertas: una de tela de alambre y otra de madera firme.



Por lo general, durante el día la segunda permanecía abierta, para que el aire y la luz pudieran entrar. De esta manera, se compartían olores, pláticas y hasta la música que escapaba de los radios.

Las vecindades estuvieron ubicadas en todos los barrios viejos; las hubo en Bellavista, en Altavista, en la colonia Hidalgo y empezaron a treparse por allá por el rumbo de los cerros. Pero no tuvieron tiempo de reproducirse mucho, porque llegaron los *infonas*, y esos chaparros cuartos de adobe empezaron a vaciarse.

Desde hace muchos años no se construye una vecindad; y las que quedan ya solamente parecen recuerdos. Hay una que otra, regada por las zonas viejas. Todavía tienen su baño en medio y su llave de agua, pero muy pronto habrán de desaparecer por completo.

Cuando eso suceda, ya no tendrá mucho sentido la expresión esa de chismes de vecindad, porque habrán acabado todos esos dimes y diretes que caracterizaban la convivencia en esos lugares.

Quedan por ahí algunos esqueletos, algunos cascarones, que muestran los adobes, las pequeñas puertas, esos grandes patios en donde transcurrió una buena parte de la vida de los juarenses.

Nocturna y solitaria

Recostada sobre la montaña, volteada hacia los cielos, con la ciudad enfrente y desde las alturas, parece vigilar la vida de todos los que decidieron vivir de uno y otro lado del río.

Como algunos de los habitantes de esta zona, ella solamente vive de noche; pero además de manera pública, porque son pocos los que no la han visto alguna vez, exhibiéndose, mostrándose a todos aun en las noches más frías y solitarias. Además, entre sus muchas virtudes se cuenta la constancia, esa que la hizo todos los días de manera puntual, exactamente en el mismo lugar y de no haber fallado nunca, a pesar de los vientos, de los fríos y de los calores.

En realidad, sus apariciones diarias son algo relativamente reciente, porque antes solo acostumbraba mostrarse a los juarenses y paseños durante el periodo navideño, pero a partir de la guerra del golfo Pérsico fue encendida de manera permanente como luz de esperanza mientras regresaban los que habían ido a aquellas tierras.

De lejos se ve como lo que pretende ser: una estrella grande, luminosa, que domina las dos ciudades. Con sus puntas muy bien definidas y sus líneas perfectamente dibujadas. De cerca y de día, la estrella se ve como una serie de postes, llenos de cables y de focos, enterrados entre las piedras y sin mucho atractivo. A plena luz, nadie la identificaría, porque carece de todo atractivo y se pierde entre el tono gris y a veces verdoso de la montaña.

Por la noche es otra cosa. Recostada en la montaña, con las dos ciudades enfrente, los focos y los alambres se transforman en algo diferente. En la oscuridad, realmente se convierte en una estrella que llama la atención de los recién llegados y alegra la vista de los que la han contemplado muchas veces. Tiene la virtud de verse bien de lejos y de cerca. Por ahí, a las faldas de la montaña, se ve impresionante y de lejos, desde el rumbo de Juárez, se ve más grande de lo que en realidad es.

Como en estas ciudades el aire aún es transparente y los cielos azules, la Estrella de la Montaña brilla sin estorbos ni polvos que la cubran. Todas las noches se enciende para alentar esperanzas y para recordar mil cosas. Pero sobre todo, cada noche se deja ver

para recordar que el aire sigue siendo respirable y el paisaje puede aún disfrutarse.

Por eso da tanto gusto voltear al norte y darse cuenta que la estrella está ahí, que aún está encendida; y sobre todo, que todavía se ve.

Güeros y cholos

La banqueta está todavía calientita; a pesar de una ráfaga de aire con olor a cerveza que sale de una cantina, y el chorro de agua fría que escurre de un carrito en donde se vende limonada y horchata. Son las nueve de la noche y el calor no cede, aunque ya la oscuridad ha llegado y las luces de neón se han encendido desde hace rato.

De la joroba del puente bajan los centenares o miles que habrán de meterse en las muchas puertas que ya están abiertas, y se sentarán en los bancos o sillas que esperan.

Es viernes por la noche y la viejísima avenida Juárez abre sus puertas y sus brazos para recibir a los que llegan del otro lado —o de lejanas colonias— a gastarse unas horas y unos pesos.

Hay de todo y para todos. Lugares tranquilos donde escuchar a un cantante acompañado de un piano; sitios dedicados al rock; otros exclusivos para la música grupera y varios más para cumbias. Para jóvenes y viejos; solteras y divorciados; aventureros y turistas. Para todos hay un lugarcito en esa calle generosa donde caben desde güeros hasta morenos.

Los rubios pelones de corte militar saben donde meterse, lo mismo que los señores maduros que conocen el lugar donde se toca música tranquila. Los cholos de mirada fiera saben perfectamente a donde dirigirse, y las paseñas de faldita corta también tienen lugares de su preferencia.

Cada quien con su cada cual, y cada uno a darle rienda suelta a sus gustos; porque, como siempre, la Juárez ofrece de todo y a bajos precios. Dos tequilas por un dólar o *cubetazos* de cervezas por unos cuantos pesos; salones de baile sin *cover* y bebidas nacionales al alcance de todos.

Es viernes y la noche apenas empieza. Las muchachas de paliacate en el pelo y pantalones amplísimos caminan orgullosas por

la banqueta. Los güeros despistados de tatuajes en el brazo se asoman curiosos por todas las puertas abiertas. Los taxistas están sentados en las esquinas y miran con desgano a todos los que pasan, como si supieran que su trabajo empieza hasta en la madrugada, cuando ya hay que regresar a casa.

Como sucede desde principios de siglo, por la Juárez se pasean los que quieren vivir la noche. Hay rostros de muchos tipos y ropa de muchos estilos. Lo que no se ve por ninguna parte son *pirrurris*. No hay niños fresa ni hijos de papi. No se escucha el "o sea" que se oye en otras partes.

Esta es la Juárez, con su inconfundible olor a *cholo* y a cerveza, con su eterno ambiente y sus añejos peligros.

Máscara y balón

Fue un edificio grande; de gruesas paredes, que seguramente eran de adobe; de puertas amplias de madera y graderío de cemento. A su lado estaba una alberca a donde acudía toda la muchachada de Bellavista en los días de verano. Enfrente estaba otro viejo galerón que todavía existe y que en ese tiempo pertenecía al PRI.

Ahí se amontonaban personajes de los más diferentes oficios y actividades; porque por esas calles circulaban basquetbolistas, cantineros, luchadores, meseros, policías y muchachos que iban o venían a la escuela. Al norte, a unas cuantas cuadras, pasaba el Río Bravo y, exactamente a un lado, la famosísima calle Mariscal, con sus ruidos, sus olores y su inmensa fama.

El gimnasio municipal todavía está ahí, exactamente en el mismo sitio, pero ya no tiene aquellos viejos muros, ni mucho menos la alberca de aguas chocolatosas; ya no tiene de vecino al edificio en donde los priistas realizaban cada domingo su *misa*, en la que levantaban dedos y lanzaban aclamaciones.

El edificio está en el mismo sitio, pero ahora tiene amplios ventanales y ha perdido el carácter de centro deportivo que alguna vez tuvo. Porque fue precisamente en ese lugar, donde años atrás se desarrollaron aquellos partidos sangrientos entre los *Dorados* de Chihuahua con los odiados enemigos del Distrito Federal.

El ruido de la pelota botando por la duela, se oía con toda claridad en esas noches en que los aficionados no cabían, y los gritos llegaban hasta la Mariscal cada vez que la canasta sonaba al ser penetrada por algún disparo.

Ahí jugaron también *Las Flechitas*, las famosas basquetbolistas de estas tierras que recorrieron triunfalmente todo el país. Pero, sobre todo, en ese viejo gimnasio tuvieron lugar los más memorables encuentros entre famosísimos luchadores que sobre el ring perdieron máscaras y cabelleras.

Ahí, en las noches de jueves o domingo, *El Santo* voló sobre los odiados *Hermanos Espanto*, y *Blue Demon* estuvo a punto de perder la máscara. Entre humo de cigarros, olor de doradas semillas de calabaza y el aroma de la cerveza que se vendía en conos de papel, se oyeron patadas voladoras y cabelleras que rodaban, mientras el graderío tomaba partido por los técnicos o por los rudos, y en las primeras filas las damas se quedaban roncas de tanto gritarle a sus ídolos.

Así era el gimnasio viejo y así atraía a los aficionados cuando aquello era el corazón de Juárez y la ciudad aún no se desparramaba.

Granadinas y desarmadores

El salón a media luz, pero no en penumbras porque estaba suficientemente iluminado como para ver rostros y sonrisas. Los candiles no brillaban a toda su capacidad, pero permitían apreciar todo el panorama de la gente que iba y venía por el lugar.

Antes de empezar el baile, la pista se veía brillante, impecable, como si nunca antes hubiera sido pisada; como si miles y miles de pies no hubieran pasado antes sobre ella. En su superficie se reflejaban las luces que colgaban del techo, la silueta de los músicos que se preparaban para empezar a tocar y las muchas mesas que se distribuían alrededor, donde hombres y mujeres impecables dejaban pasar la noche.

El ambiente olía a perfume discreto, a vestido nuevo, a humo de cigarro que se desprendía de muchachos que apenas empezaban a fumar y que aún no se acostumbraban completamente al tabaco. En las mesas se veían los vasos largos de granadina que

tomaban las muchachas, que ni de broma se atrevían a pedir alguna bebida alcohólica.

Granadinas, limonadas y coca colas para ellas. Para los muchachos, que apenas empezaban a agarrarle el gusto a las bebidas, se servían los *desarmadores*, que eran una mezcla dulzona y pintada con la que muchos se pusieron su primera borrachera.

Era la época candorosa e inocente de los sesenta, cuando para ir a un baile los muchachos se bañaban, se rasuraban, se peinaban, se ponían traje y le robaban un poco de loción a su papá. Las muchachas escogían su vestido semanas antes y se arreglaban con horas de anticipación. Ya en el salón, unos y otras sonreían y trataban de ser agradables. No andaban con cara de malos ni de vampiresas, ni iban en fachas o entraban al lugar echando palabrotas.

En los sesenta y en el inolvidable Leonístico, los jóvenes trataban de aprender a ser caballeros y las jovencitas se comportaban como damas. Cuando la orquesta empezaba a tocar, y aquel director inolvidable —con cigarro en la boca—, marcaba los primeros compases de una pieza inolvidable. Sonaba "Mujer enamorada" y las mesas se empezaban a vaciar. La pista dejaba de ser un impecable espejo para cubrirse de parejas que bailaban al ritmo de la música viva.

Y mientras en la pista las parejas bailaban cada vez más pegadas, en las mesas reposaban las bolsitas de noche a un lado de aquellos vasos de colores encendidos con los que la gente joven de aquella época y lugar se refrescaba.

Ahí estaban, como símbolo de la época, las granadinas y los *desarmadores*.

La Uno

Fue fundada cuando empezaba el segundo cuarto de siglo, allá por 1930, cuando la ciudad era apenas un pueblo con algunas calles. Ahora está por cumplir los setenta años, y es la escuela de más fama y tradición.

Tuvo y tiene una ubicación privilegiada: sobre lo que por muchos años fue la más grande avenida de la ciudad, y a espaldas

del parque Borunda, que por mucho tiempo fue también la más concurrida área verde.

Por esa posición céntrica y cómoda, a ella acudieron millares y millares de estudiantes de todos los rumbos y colonias. Durante varias generaciones, todos los egresados de primaria querían ir a la Secundaria del Parque, porque era la mejor, la más popular, atrás de ella estaba el parque y por ahí cerca quedaba el famosísimo Pan Pin, donde se reunían los jóvenes de hace algunas décadas.

Además, tenía un edificio impresionante. No era precisamente muy bello, porque la arquitectura se apartaba un poco de lo conocido por estos rumbos, pero sus dimensiones y sus amplios ventanales la hacían parecer sobria e imponente. La construcción tenía forma de H. En la parte frontal estaba el ala de aulas y atrás estaban los talleres; esas dos áreas principales estaban unidas por el Salón de Actos y la cafetería. Los pisos siempre estaban lustrosos y por sus amplios pasillos se podían oír perfectamente los taconazos de las profesoras y las carreras de los alumnos.

Como no era de esas escuelas que luego se construyeron en serie, tenía una personalidad única. No había en la ciudad otra escuela con esos salones tan altos y esos pasillos interiores en donde rebotaban ruidos y ecos.

Era tan grande que por ella pasó toda la ciudad. En sus aulas estudiaron tantos estudiantes que posiblemente la cuenta ya hasta se perdió. Cada generación estaba formada por cientos de jovencitos que, con corbata y pelo tieso, posaban para la foto del recuerdo y para dejar para siempre su huella en la que con seguridad es la escuela con más historia.



Por años y años, fue la Secundaria Federal Uno, o la Secundaria del Parque, pero hoy quieren darle nombre. A sus casi setenta años, pretenden bautizarla. ¿Será necesario? ¿Hará falta llevar a la pila bautismal a esa abuela tan querida y respetada? ¿No sería mejor seguir nombrándola como siempre se le ha llamado?

La Uno, o la del Parque. Así, sin más apellidos.

Otra de la del Parque

Sus puertas son grandes y anchas; quizá porque si no fueran así, no habrían cabido los miles y miles de muchachos que ahí han estudiado. Sus pasillos también son amplios y altos, posiblemente para poder guardar tanto grito y tanto recuerdo.

Las ventanas son de proporciones similares, aunque tienen la desventaja de dejar pasar al sol despiadado en el verano y de convertir la escuela en refrigerador durante el invierno. De cualquier forma, y a pesar de eso, la vieja Secundaria del Parque sigue conservando ese perfil que se le conoce desde siempre: alta, imponente, majestuosa, por mucho que el tiempo y el salitre amenacen algunos de sus muros.

En sus muchos, muchísimos años de vida, el edificio ha visto mejores tiempos. Cuando los alrededores estaban poco poblados, cuando eran pocas las casas que la rodeaban, sus aulas, sus rejas y sus jardines se veían mucho más grandes.

Fue la escuela a la que todos los juarenses querían asistir; porque era la mejor, porque estaba a un lado del parque, porque compartía espacio con la Preparatoria, porque era un sueño para todos los que egresaban de primaria.

Tuvo unas canchas de básquet donde se jugaba todo el día, un rebote donde la pelota iba y venía incansablemente y unos patios donde la banda de guerra sonaba sin cesar para poder enfrentarse a los viejos rivales del Tecnológico.

Era la escuela obligada, el paso necesario para los que querían seguir estudiando y por eso parecía más grande, porque en ella tenían que caber todos.

Pero como el tiempo no perdona, las paredes y los techos empezaron a mostrar los signos de la vejez. Para mantenerla viva, se ha reparado una y cien veces; se ha pintado, se le han puesto parches, se le han hecho modificaciones y la escuela sigue ahí, con el parque a sus espaldas y con muchos años en su historia. Sus egresados son tantos que es imposible ya contarlos. También es grande la nostalgia que provoca en todos los que alguna vez corrieron por esos pasillos.

Hoy, la vieja escuela necesita reparaciones urgentes y ha pedido la ayuda de los que pasaron por ella. Aquellos que alguna vez fueron jovencitos de uniforme gris o muchachitas de falda café y suéter amarillo canario, pueden ayudar a mantener de pie ese edificio con un pequeño donativo.

Y si todos los que alguna vez tomaron clases en esas aulas se desprenden de unos pesos, la vieja Secundaria del Parque podrá continuar ahí por muchos años.

Hijos de nadie

Son hijos de la ciudad y también son sus fantasmas. Son quienes la recorren más incansablemente, de la misma forma que un día la dejan sin despedirse de ella. Pertenecen a sus calles, a su paisaje, a su historia, aunque posiblemente no nacieron en ella.

La verdad es que nadie sabe con exactitud si estos personajes son nativos, inmigrantes o seres de paso; a nadie parece importarle mucho, porque los locos callejeros no tienen acta de nacimiento ni lazos que los aten a parte alguna. Tienen, en cambio, una personalidad que los identifica con un barrio, con una leyenda o con alguna calle. Son seres con identidad y con historia, pero sin orígenes y sin mañana.

Aparecen un día en cualquier calle o en cualquier esquina. Pueden ir arrastrando una cobija o un bote; pueden llevar un costal a cuestas o usar tres abrigos, uno encima del otro. Como bien se sabe, cada uno de ellos tiene un gesto o una característica que los identifica: algunos son malhablados y otros hiperactivos.



Juárez ha sido la casa de muchos de ellos y en la memoria de sus habitantes están algunos que no se olvidan. Hubo uno que se trepaba a los postes y desde las alturas contemplaba a los que se dicen cuerdos. También existió otro que, con pedazos de carbón, rayó las bardas de toda la ciudad con mensajes que a más de tres pusieron a pensar. Otro más corría por media calle sintiéndose automóvil y tanto se la creía que rebasaba a gran velocidad a los otros.

Como sucede con muchos otros personajes, alrededor de los locos también se han creado leyendas y de ellos se han contado historias fabulosas. Dícese que una loquita que vagaba por las calles de Bellavista había sido riquísima y que perdió la razón al mismo tiempo que sus muchas monedas de oro. De otro se decía que había dedicado su vida a la enseñanza y que tanta sabiduría había terminado por atrofiarle esa cosa que llaman buen juicio.

Pero lo que unía a todos era su origen desconocido y su vida sin futuro, porque de ellos se sabía en qué barrio vivían y por cuáles calles caminaban, pero nadie podía precisar dónde habían nacido y a dónde habrían de llegar finalmente. Un día aparecían, a la mañana siguiente creaban fama y tiempo después desaparecían.

Como todos los personajes dignos de recordarse, los locos de las ciudades siempre han tenido algo de misterioso. Por algo son sus fantasmas y por algo las ciudades nunca podrán prescindir de ellos. Aunque nunca se sepa de dónde vinieron y a dónde van.

Mágica y eterna

Dos, tres, cuatro patadas al pecho, para que no se levante; para que se quede pegado a la lona, con el rostro desfigurado, oculto entre la sangre. Luego, a arrastrarlo de la cabellera para dejarlo exactamente a la mitad y que el otro pueda volar desde la tercera cuerda, desde las alturas, desde ese sitio en donde las arenas se ven chiquitas y los aplausos se escuchan lejanos.

Y ahí, con un pie en el poste y otro en el encordado, a prepararse para el vuelo. Las piernas duras, sudorosas, brillantes. El pecho agitado, con el corazón a punto de salirse. La cabellera empapada, pesada, chorreando gotas de sudor que viajan varios metros antes de estrellarse contra el suelo sucio. En la primera fila una mujer de carnes generosas y pelo rubio, anima al luchador con palabras sonoras. En lo alto, las luces parecen ocultarse entre nubes de humo que se confunden con los gritos, con las mentadas, con el griterío de la turba y el pregón de los vendedores ambulantes.

El aire huele a tabaco, a cerveza, a semillas, a lonche de salchichón, a gente emocionada, a sudor mezclado con lona, a satín de máscara. En la altura, arriba del poste, los segundos se prolongan porque la ovación detiene el tiempo y lo inmortaliza todo. Los fotógrafos buscan el ángulo y el grito, el murmullo humano, recorre todo el viejo galerón. Es un ruido sordo que brota en todas partes y en ninguna, que lo envuelve todo, que vuelve solemne y demente el momento.

Por fin el luchador se lanza. Se eleva y su cuerpo sube un metro más. Luego se extiende, pone los brazos delante de la cabeza y parece cortar el aire con los dedos. El pelo hacia atrás, las piernas juntas, el estómago duro. Los fotógrafos disparan y las luces rebotan en el cuerpo que en menos de un segundo se estrella contra el villano, el sucio, que reposa sobre la lona.

Lo hace pedazos, le saca el aire, lo desbarata. Una maroma y el que hace un segundo volaba, ya está de pie, invencible y triunfante para aplicar una llave limpia y fulminante.

Es el triunfo de los limpios, la victoria del bien sobre el mal, de la técnica sobre la rudeza. El auditorio estalla en un solo grito. Los niños abren los ojos, las mujeres siguen gritando, pero ya nada se escucha, porque un ruido sordo lo envuelve todo. Es el sonido único, inconfundible, inmortal de un espectáculo popular. Es el premio popular a los héroes, es la música eterna de los triunfadores.

Así era la lucha libre hace 20 años. Así es todavía, la vieja, mágica y eterna lucha libre.

La María Martínez

La María Martínez es una calle vieja, para la que ya pasaron sus mejores tiempos y de la que pocos se acuerdan, pero sobre ella estuvieron algunos de los edificios y puntos de reunión más importantes para los juarenses.

Para quienes no la conozcan —posiblemente la mayoría de los jóvenes de esta ciudad—, esta calle corre de oriente a poniente y, entre otras cosas, conecta al famoso Noa Noa con el viejo barrio de Altavista. Nace precisamente a la altura de la Juárez y corre al sur de la calle Mejía, en uno de los cruceros más transitados de esa área cercana al puente.

En los tiempos en que el viejo centro era el verdadero corazón, esta calle era el paso obligado para todos los que trabajaban por el rumbo de la Juárez y vivían en Bellavista o Altavista. Era una vía transitada, llena de peatones diurnos y nocturnos, taxistas, automóviles particulares, muchachas que trabajaban en los negocios de la zona y músicos que iban y venían durante toda la noche.

A solo una cuadra del Noa Noa, que era el punto donde nacía, la María Martínez se cruzaba con la Mariscal y en ese lugar estaba el cascarón de un tranvía, donde por las noches se podían comer riquísimas flautas. Enseguida estaba el antiguo gimnasio Municipal, que era de adobe, y en la siguiente esquina la desaparecida alberca chocolatosa, en la cual se remojaba toda la muchachada del barrio. Enfrente estaba el jacalón donde los priistas se juntaban cada domingo y de donde salían todos los presidentes municipales que durante muchos años gobernaron esta ciudad.

Hacia el poniente, y por varias cuadras más, estaban famosísimas cantinas y otros lugares muy concurridos por *gringos* que llegaban solos o eran llevados por solícitos taxistas. Más adelante

terminaban este tipo de negocios y empezaban las casas y vecindades. Por ahí había dos famosas panaderías que por las tardes perfumaban el barrio, y más adelante estaba la primaria Benito Juárez.

La calle seguía hasta el arroyo, y ahí se convertía en un camino polvoriento, al igual que toda esa zona que en ese tiempo no conocía el pavimento.

A pesar de su fealdad, de su corto trayecto, la María Martínez fue en su tiempo calle importante y nombrada. Hoy es una más de las del poniente, que ha perdido su fama, porque ya hasta el Noa Noa es lugar poco recordado por los juarenses y solo algunos turistas nacionales tienen curiosidad por conocer la cantina en la que alguna vez cantó *Juanga*.

A mi manera

Una fumada larga, profunda, hasta el mero fondo del pulmón, y el humo se va a las profundidades para arrancar a tirones los recuerdos, sacarlos y aventarlos al aire en forma de espirales.

Sobre la mesa una cerveza, en botella oscura y sudada, que no alcanza a calentarse porque hay buena garganta que la reclama para seguir tejiendo la nostalgia. El cenicero es una lata de aluminio, cortada a la mitad, con las manchas color miel de la nicotina y el olor cadavérico de las colillas de tres días.

En la mano derecha, un anillo de piedra grande, de un tamaño ya fuera de uso. Más arriba, una esclava de oro, con brillantitos, de las que se usaron hace muchos inviernos. Las joyas, como la voz, hablan de los tiempos idos, de las glorias pasadas, de los momentos que se fueron y se vivieron.

Imposible conocer con precisión la edad. Porque detrás de ese maquillaje, de la sonrisa, de las pestañas que parecen naturales, pueden ocultarse lo mismo cuarenta que sesenta. Solamente la voz puede delatar un poco más de lo que el rostro y el cuerpo se niegan a declarar.

Cautelosa, la mujer se niega a precisar fechas, para que no le saquen cuentas, para que no la ubiquen en ese tiempo que tanto le gusta y le duele recordar. Al fondo, una voz arrastra las palabras

de una canción inolvidable: "Viajé y disfruté, no sé si más que otro cualquiera...".

Otra fumada al mentolado, una mirada a la avenida Juárez y una rebanada de nostalgia. —Esto era otra cosa. Entonces sí había dinero, porque la gente venía a gastar. Esto no estaba lleno de *chavalos* que solamente traen dos dólares en la bolsa y unos pantalones aguados. Entonces era otra cosa y algunas recogimos dólares, muchos dólares, porque entonces trabajar en la barra era otra cosa. No había vaqueritos ni *chavalas* babosas caminando por la calle. Había dinero, mucho dinero, que algunos aprovecharon y otros no.

Nadie se lo pregunta, pero la mujer del anillo y la esclava de brillantes parece responder sola. —Yo no lo aproveché. Lo tiré como otros, como otras. A la mejor porque llegaba fácil o porque era dinero malo —ese dicen que no rinde—, y así como llegó, se fue. Pero me queda el recuerdo de esos tiempos, cuando aquí era otra cosa, cuando esta no era una calle de *chavalitos* peleoneros.

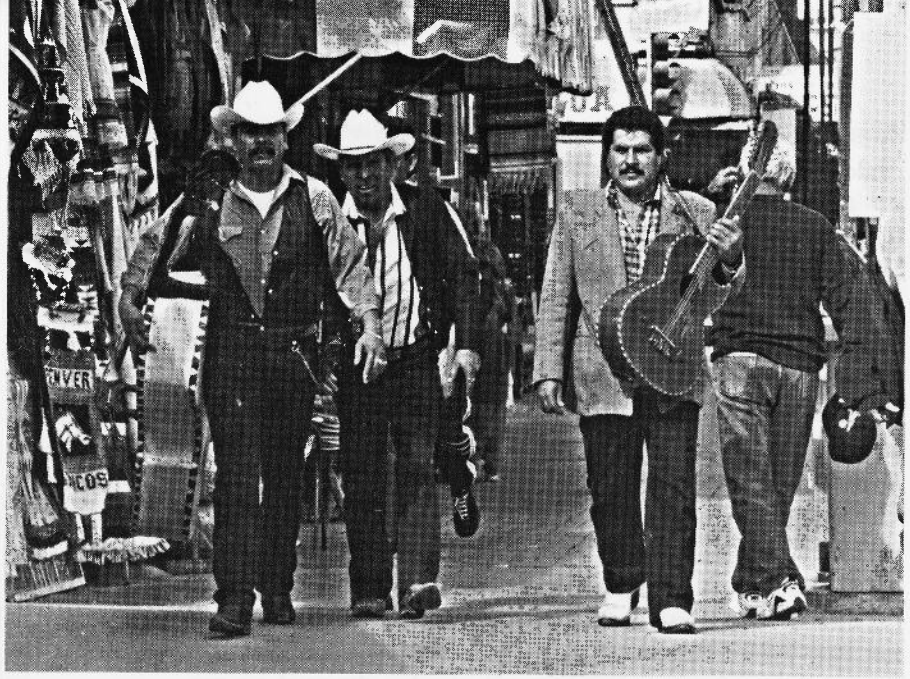
Otra fumada, otro trago largo a la cerveza y una sonrisa abierta y contagiosa que hace aflorar unas arrugas delatoras que se esconden enseguida, para no precisar fechas ni años.

Con el viento a favor

Saco y pantalón azul cielo, camisa blanca y botines de color negro. La ropa se nota brillante por el uso, con las huellas de muchos años encima. Los tres se ven iguales desde lejos, aunque de cerca se notan las diferencias de color entre un saco y otro.

Caminan por las calles, cuando la medianoche se acerca. Avanzan lentamente, como si no llevaran prisa, como si ya no hubiera ninguna sorpresa en ese tramo que recorren. Uno lleva una guitarra en la mano derecha. Otro trae un acordeón acomodado sobre el pecho y el estómago. El tercero se ve más sudoroso, porque carga el bajo, ese instrumento inmenso, de cuerdas gordas y sonido sordo.

Van por la Vicente Guerrero, con el viento a favor, con un aire que parece empujarlos hacia el poniente. A lo lejos se ve la figura blanca del Monumento a Juárez, con su dedo apuntando hacia la



estación del ferrocarril —o donde estuvo—. A los costados, los anuncios luminosos de las cantinas de las que no salen ni ruidos. Es una noche desierta, sin borrachos, sin peatones, sin automóviles, que huele a polvo y que deja la cara reseca.

Sin cruzar palabra entran a una cantina, uno tras otro. El último en penetrar es el del ***tololoche***. Ya adentro, el de la guitarra rasga las cuerdas y el del acordeón saca alguna nota. La pregunta es la misma de todos los músicos callejeros: "¿Una cancioncita?" Ninguno de los clientes responde, todos parecen estar concentrados en la repetición de una jugada de futbol que se ve en una vieja televisión colgada del techo.

Con la misma pregunta le dan una vuelta y otra más a la barra. La cantinera los saluda como a viejos conocidos, mientras llena un vaso con agua mineral. A nadie se le antoja una canción y el acordeón se calla. El primero en salir es el del bajo y al rato los tres se encuentran otra vez caminando rumbo al lugar donde la figura blanca apunta a la estación. Van en fila sobre la banqueta, con el viento a favor, que los empuja hasta un puesto de tacos.

Sin palabras, se paran bajo los focos que iluminan el comal, dejan los instrumentos sobre un auto estacionado y piden unos tacos. Terminan, paga uno de ellos y se despiden del taquero. Y

ahí van, acordeón, guitarra y ***tololoche***, empujados por el viento de abril, que esta vez los lleva hasta una rutera estacionada en la esquina. Los hombres y los instrumentos suben.

Pasa de la medianoche y la jornada ha terminado. El aire sopla más fuerte y hasta la cara de Juárez, allá en lo alto, se ve medio aburrida y con sueño.

Azul y rojo

Sillones rojos, anchos, de tapiz brillante. Piso de mosaico y sillas de espera pegadas a la pared. Detrás de los sillones, espejos amplios que se veían de frente con otros y reflejaban las imágenes hasta el infinito.

En el ambiente, el olor a talco y a loción barata, a alcohol, a jabón y a cigarro de algún cliente. Sobre el piso, infinidad de cabellos de todos colores, que eran arrastrados de vez en cuando por una escoba, para luego ser depositados en el bote del rincón.

Por ahí, media escondida, un tipo de estufa donde hervían unas toallas pequeñas, que salían humeantes para ir a posarse en la cara de los señores que aguantaban las altas temperaturas sin protesta alguna. Era para remojar las barbas, decían, y mientras las caras se ablandaban, los peluqueros le sacaban filo a la navaja en unas bandas de cuero que colgaban de los sillones. Eso añadía el toque peculiar al ruido de las peluquerías, que se complementaba con un radio que siempre tocaba al fondo y con la plática de los señores, sobre deportes o política.

En las sillas, los niños que esperaban a que les hicieran su natural claro o natural oscuro, abrían los ojos cuando veían que la navaja iba y venía por la cara del papá y más los abrían cuando la maquinita sonaba mientras le daba vuelta a las orejas, para dejarlas más grandes, más al aire.

Algunos niños, los menos valientes, lloraban cuando los ponían arriba del sillón y el papá tenía que estarse un rato con ellos, sujetándolos y tratando de hacerles entender que el peluquero no mordía ni la máquina infernal arrancaba pedazos. Pero a veces todo era inútil, porque el llanto no paraba por varios minutos y nada convencía a los niños de que aquello no era algo parecido al infierno.

Y para complementar, afuera de las peluquerías estaba siempre aquel caramelo de rayas azules y rojas, que identificaba perfectamente a esos lugares donde invariablemente olía a talco y a brillantina barata, y donde siempre había señores con su bata blanca y sus tijeras muy afiladas.

Hoy, a fines del milenio, las toallas hirvientes, los sillones y los caramelos desaparecieron. Ya no hay señores que vayan a remojarse las barbas, ni navajas que se afilen en tiras de cuero. Tampoco hay boleros para sacarle brillo a los zapatos del cliente mientras este pierde la cabellera.

Pronto, muy pronto, todo eso serán cosas del siglo pasado y alguna gente recordará vagamente los colores azul y rojo, asociados con ese pegajoso olor a talco que acompañó el natural claro o el natural oscuro.

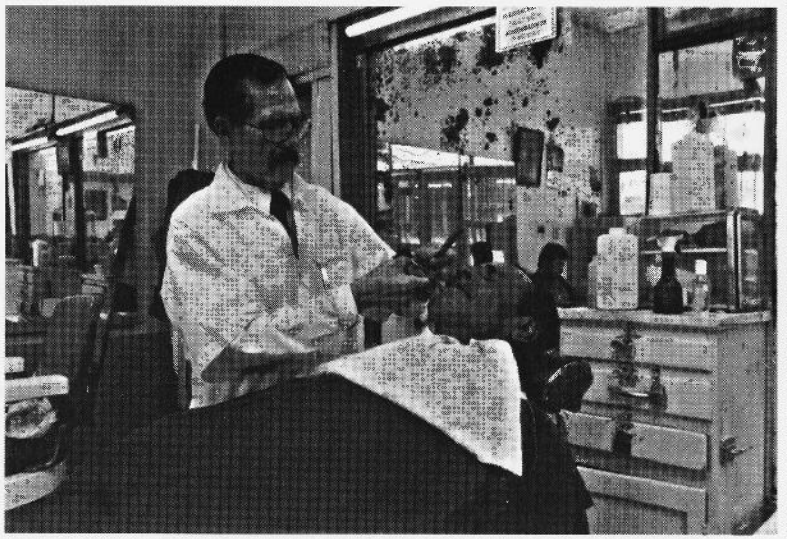
Cajas de zapatos

Cuando fue inaugurado, era el orgullo de la ciudad. Estaba en la zona más nueva, en un sector privilegiado, a donde se suponía habría de llegar el turismo a ver una cara diferente de este país.

Era un centro comercial gigantesco, de estilo arquitectónico novedoso, que venía a romper con la monotonía de las construcciones juarenses. Entre las tiendas había espacios amplios, áreas verdes y estacionamiento suficiente para que llegaran miles de visitantes.

El Pronaf era una zona armoniosa, con un centro de convenciones y un museo que vinieron a ser orgullo de los juarenses y que además pronto se convertirían en lugares obligados para muchos acontecimientos. Muchas graduaciones, premiaciones, informes y actos políticos tuvieron lugar en esa sala circular que durante muchos años fue el espacio más decoroso de la frontera. Sin ser teatro ni lugar muy adecuado para espectáculos, por ahí pasaron cantantes, teatristas, bailarinas y muchos espectáculos más.

Frente a ese conjunto, pasando la calle, estaba una gran tienda de artesanías, donde verdaderamente se podía hacer un recorrido por México, y por el otro lado estaba un hotel que, sin



ser parte del proyecto, armonizaba por sus amplios espacios y el estilo de construcción.

Eso fue el Pronaf por muchos años, hasta que a alguien se le ocurrió darle otro uso a los terrenos. Tiraron edificios, construyeron cajas de zapatos, plantaron ahí un centro comercial e hicieron todo lo humanamente posible por quitarle el atractivo que alguna vez tuvo el lugar.

Sin ningún respeto, construyeron un mercado al lado de la majestuosa sala de convenciones y detrás del museo pusieron una construcción cuadrada que desgració completamente el paisaje.

Arrasaron con todo y convirtieron aquello en un gran tianguis. Solo respetaron la sala y el museo, pero los dejaron arrinconados, reducidos, sin el marco adecuado que alguna vez tuvieron. Por fortuna, no tocaron el espejo de agua ni el foro al aire libre, pero dieron manos libres para que en los alrededores se construyeran todo tipo de adefesios.

En las noches, si alguien se sienta afuera del museo, si disfruta del aire que se pasea sobre el espejo de agua, si contempla el escenario circular iluminado por la luna, no podrá menos que recordar los tiempos en que el Pronaf era uno de los orgullos de esta ciudad, a la que muchos parecen empeñados en partirle la cara por todos los medios posibles.

¿Te acuerdas?

En esta ciudad de inmigrantes, de gente venida de otras partes, de familias que llegaron por mientras y finalmente se quedaron, hay pláticas que se repiten miles y miles de veces.

Los que ya tienen varias generaciones aquí, posiblemente no lo recuerdan, pero hubo tiempos en que los adultos hablaban con frecuencia la fecha y la forma en que llegaron.

Los de mayor edad, los abuelos o bisabuelos de hoy, vinieron en la época de los braceros, cuando cruzar al otro lado era sencillo, cuando los hombres de la familia se fueron a vender sus brazos a los campos norteamericanos. Cuando aquello sucedió, esta era una ciudad chica, con pocas calles importantes y con una tranquilidad que no regresará. Había una avenida Juárez ruidosa y unos cabarets con fama, pero fuera de eso, esta frontera vivía en calma y sus habitantes amaban la paz.

Después de esas oleadas de mediados de siglo, la gente siguió llegando. De Zacatecas, de Coahuila, de Durango, de Guanajuato, de todas aquellas partes a donde llegó la historia dorada que hablaba del lugar de donde se podía cruzar fácilmente al norte. Dejaron atrás tierras, casas o querencias y se vinieron al desierto generoso que nunca más los dejó volver.

Cuando esas generaciones hablan de los años en que llegaron, siempre empiezan la plática con un "¿te acuerdas?" y pasan revista a los cines, a los restaurantes, a los lugares desaparecidos.

Hubo quienes vinieron durante el apogeo de la Juárez; otros se acuerdan de la época de oro del cine Plaza; a algunos les tocó hacer grandes filas frente al Variedades y muchos todavía recuerdan las corridas en la plaza Balderas. Una generación reciente llegó cuando empezaron los infonavits y mucha gente más vino cuando ya la parte poniente empezaba a sepultarse en el olvido.

Allá por el 85 llegó una pequeña oleada de capitalinos que se vinieron después del terremoto y después de eso siguieron llegando hombres y mujeres de todo el país, que pronto se olvidaron de que venían por unos días, y al rato ya estaban haciendo planes para rentar casa o para quedarse porque, como muchos otros, no resistieron el encanto de estas tierras.

Pero todos, no importa si llegaron cuando los braceros o después del terremoto, recuerdan cómo era la ciudad en ese año y posiblemente hasta tengan presente el día exacto en que este desierto los recibió.

Así pasen dos meses o medio siglo, todos tienen grabado ese momento en que vieron por primera vez los cerros que nunca más los dejarían regresar.

Vainilla y tequila

Sobre la mesa de lámina, una piñata y una Tecate con mucho limón. Atrás, la panza de un mariachi tiembla mientras la trompeta suelta su sonido. Los vendedores de cigarros se acercan con sus cajas de cartón en el brazo derecho y la mano desocupada metida en la bolsa del pantalón para buscar el cambio del cliente.

En la mesa de enseguida está un conjunto norteño: guitarra, acordeón, bajo y una tarola. Los músicos traen todos sombrero y traje brillante. El de la voz hace esfuerzos para levantarla, para que se oiga por encima de la música del mariachi y de los ruidos naturales de la calle. Y lo logra, porque en varios metros a la redonda se oyen claramente los versos de la canción: "Es inútil que vuelvas, lo que fue ya no es...".

Un güero sonríe como si entendiera lo que se canta y otro le da un largo trago a su *lager*. Una señora pecosa cambia el rollo de su cámara fotográfica y una morena con cara de habitante de Los Ángeles habla en inglés con otro moreno de camiseta de tirantes y brazos tatuados.

Es mediodía y en las afueras del mercado Juárez se sirven enchiladas y tacos. Algunos turistas gringos le entran con ganas al chile y unos japoneses ven muy pensativos el plato de la salsa. Los meseros hablan con su inglés mocho y sobre las mesas se ve la misma mercancía que los turistas compran hace muchos años: botellas de tequila, jorongos, frascos de vainilla y sombreros zapatistas.

Por el lado de la 16 llega otro grupo de señoras y señores de edad madura, con su pulserita en el brazo que los identifica como miembros de algún *tour*. También se sientan y ojean con curiosidad el menú que les ofrece el mesero. Adentro, como hace



muchos años, los vendedores parecen haber detenido el tiempo y ofrecen las mismas mercancías: camisas de manta, bolsas de piel, figuras de yeso, joyería de plata. En el centro del lugar se vende también la misma comida: morcilla, nopalitos, tacos, enchiladas.

Es el viejo mercado Juárez, el añejo y olvidado lugar al que siguen yendo los mismos turistas a consumir los mismos productos. Es uno de los lugares viejos de Juárez donde el tiempo parece haberse detenido, como en una vieja fotografía, en la que solo se ven las piñatas, la vainilla y las Tecates.

Diez centavos

Como el de Juárez, el centro de El Paso también parece tierra de fantasmas, de algunas ruinas y de edificios viejos, donde se vivieron mejores tiempos. Ya no existe la famosísima Newberry chiquita, ni tampoco la grande, tampoco está el Kress y hace varios años que dejó de existir La Popular. Por toda la zona hay varios edificios ahora transformados en simples habitaciones, casi vecindades, con ventanas cubiertas con trapos que ocultan focos amarillentos y refrigeradores viejos. Del cine Colón ya no quedan ni rastros y lo que fuera la Casa Blanca ahora luce una cara diferente.

Los lagartos, aquellos animales que dejaban correr lentamente su vida bajo los rayos quemantes del sol y las miradas de los

curiosos, han sido sustituidos por unas imitaciones, por unas esculturas bien hechas que evocan aquellos tiempos en que los niños se entretenían mirando la larga cola y el hocico de quienes dieron nombre a la plaza.

En ese centro se extrañan los rótulos de las viejas tiendas, pero también los ruidos y los olores. Cuando aquel centro era el corazón de la ciudad, sus banquetas olían a palomitas que brincaban en las máquinas relucientes, de donde escapaba aquel pop-pop inconfundible del maíz estrellándose contra el acero del recipiente brillante en donde una empleada vaciaba de vez en cuando chorros de mantequilla y cucharadas de sal.

En la esquina de la Newberry chiquita, una cuadra al sur de donde todavía permanece la Penney, estaban las cadenas donde la gente se formaba a media calle para esperar el tranvía. Ese era el punto donde se mezclaban todos los olores y los ruidos de El Paso. Ahí la gente oía los rechinidos de las ruedas desplazarse sobre los rieles, y también escuchaba los campanazos que soltaban de vez en cuando esos cajones verdes y rodantes. A los que hacían fila, llegaba la música de las palomitas que tronaban y también los envolvía su aroma, que se regaba por todas las calles cercanas.

En los sótanos de las tiendas había otro olor: el de las cosas nuevas fabricadas con hule. Olía a hule, porque había miles de zapatos baratos hechos de material sintético y se exhibían cientos de artículos más fabricados con plástico. En otras partes olía a tela nueva y en las barras de las cafeterías olía a salchicha que se daba vuelta lentamente sobre unos rodillos calientes y lustrosos.

Pero de todos los olores y los sonidos, cómo olvidar aquel aroma a perfume fino que se percibía al entrar a La Popular y el ruido tan especial que salía del elevador cada que este tocaba un piso.

Así olía el centro de El Paso en los años en que caminar por él era un placer que se completaba con los diez centavos de una bolsa de palomitas.

Sin corazón

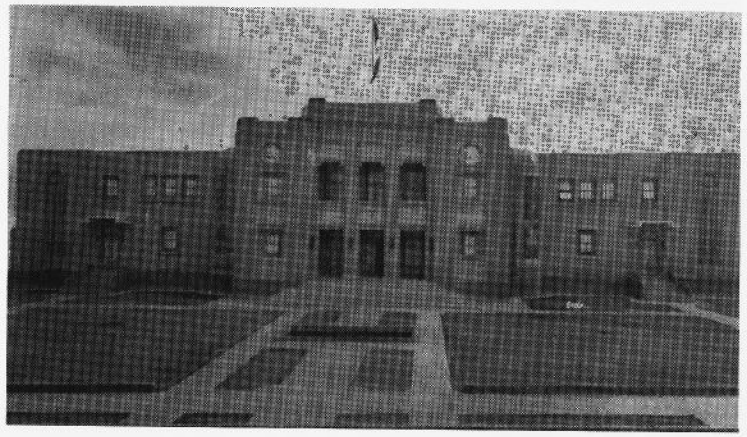
En las viejas escuelas de la ciudad, aquéllas construidas de adobe y con altos muros, siempre había un lugar amplio en donde se

reunían maestros y alumnos. No tenían nombres extraños y tampoco se dedicaban a honrar la memoria de nadie. Eran conocidos como salones de actos y en ellos precisamente se llevaban a cabo actos públicos en los que participaba toda la comunidad escolar.

No eran simples cajones, ni bodegas sin vida. Por lo general estaban en el centro de la escuela, a un lado de la dirección o de las oficinas, y estaban equipados para que en ellos se desarrollaran los festivales, las graduaciones y hasta funciones de cine. Los más modestos tenían unas simples bancas, pero había otros equipados con butacas y piso de madera. El foro o escenario a veces tenía telón y en algunos casos hasta una concha para el apuntador, porque en ellos se realizaban de vez en cuando funciones de teatro.

Aquí en Juárez, la famosa escuela Revolución de la Chaveña tenía un salón de actos majestuoso, con elegantes vitrales y amplio espacio para los espectadores. La secundaria del parque Borunda también tenía el suyo, con pesados cortinajes y butacas de madera. Y en el barrio de Bellavista, la primaria Benito Juárez contaba con un salón grandísimo por donde corría el aire y en donde cada semana se cantaba el Himno Nacional a todo pulmón, dirigido por una maestra que era acompañada por una pianista desde el escenario. Porque, además de ser amplios y bien ventilados, esos salones de actos por lo regular contaban con su bandera y su piano, que invariablemente era tocado en las ceremonias cívicas y en los festivales a las madres.

Pero cuando los cajones de concreto en serie llegaron a sustituir a las viejas escuelas, todo aquello se acabó. Ahora no hay pianos,



cortinas, obras de teatro o funciones de cine. Alumnos y maestros se reúnen en el vil patio, bajo el rayo del sol o a temperaturas bajo cero. Ya no se canta el Himno Nacional con piano, ni hay espacios adecuados para que las muchachitas digan sus poemas el 10 de mayo. Ya ni siquiera hay un lugar a donde mandar a los castigados o donde practicar un bailable para el próximo festival.

Se acabaron los salones de actos. Ya no hay profesoras que toquen el piano, ni escenografías ni telones. Ya no existen esos lugares que eran como el corazón de las escuelas, donde se tomaban las fotos en las graduaciones y donde las mamás iban a ver bailar a sus pequeñines.

Ahora solo hay patios de concreto rodeados de cajones también de concreto. Ya las escuelas se quedaron sin corazón.

De la Morfín a la Jilotepec

Cambian las cosas. Se hacen anchas las calles y se extiende la ciudad. Los nombres de las antiguas colonias ya no bastan para hacer referencia a todos los lugares, porque han tenido que inventarse otros para los muchos sitios donde la gente se ha ido a vivir.

Antes, San Lorenzo era lugar remoto, destino de peregrinaciones y pueblo aislado en donde algún tiempo se refugiaron unos asaltabancos. Hoy, la vieja iglesia de torres puntiagudas está enterrada en medio de la ciudad, semioculta tras una bola de cristal y asfixiada por el humo de mil carros que pasan veloces a su lado, sin que sus ocupantes se den cuenta de que ahí está el santo que quema si no le cumplen.

Y junto con San Lorenzo, hubo también otros lugares que la gente consideraba lejanos. Se hablaba del Crucero Chávez, del Crucero Comercial y de la Curva Morfín. Se mencionaba también a Zaragoza como pueblo remoto a donde había que ir casi con equipaje y con cuidado, porque los camiones eran lentos y el camino malo.

Hoy, aquella sensación de lejanía se ha olvidado. Cuando los puentes del centro están llenos, la gente se va como si nada al de Waterfill, que está a un ladito de Zaragoza, y ya nadie sabe ni



siquiera donde quedó la famosa Curva Morfín que tantas vidas cobró, porque hay lugares mucho más peligrosos y alejados.

Ahora, la lejanía tiene otros nombres; aunque en realidad ya cualquier persona sabe que lo que hoy está lejos, mañana estará cerca. Así pasó con la avenida Jilotepec y luego con la De las Torres, que de repente dejaron de ser el límite de la ciudad y se convirtieron solamente en vías más transitadas y llenas de tiendas y burrerías.

Antes el puente Libre resultaba impresionante por las banderas, por la fuente, por su tamaño. Hoy, sin que se note, está siendo reemplazado. Poco a poco está pasando a mejor vida. Ya le construyeron a un lado otro nuevo de concreto, y pronto habrán de derrumbar lo que queda del viejo. Lo que hoy son avenidas nuevas y que hace poco impresionaron, dentro de unos meses serán lugares llenos de humo, de autos, de pollos que se asan en la banqueta. Y ya a nadie impresiona que se abra un supermercado nuevo, porque ahora hay tantos como antes había casetas telefónicas.

Por eso, cuando alguien dice que algo está lejos, hay que preguntarse lejos de qué. Porque en esta ciudad que se desparrama sin control, las cosas cambian todos los días y lo cerca se vuelve lejos, de la misma manera en que las novedades pronto se convierten en vejestorios.

¡Salud!

En alguna ocasión, un viejo cantinero se lamentaba de la pérdida de las tradiciones. Tras la barra, mientras sacaba vasos y picaba hielo, recordaba los viejos tiempos en los que no cualquiera sabía preparar bebidas.

Ahora —decía tristemente— basta con abrir cervezas y revolver soda con brandy para que les llamen cantineros.

En aquellos tiempos —insistía— era otra cosa, porque uno tenía que atender a clientela exigente, a gente que llegaba de todas partes del mundo y sabía que en Juárez había realmente cantineros. Eran gustos refinados, que en cualquier cantina o restaurante exigían bebidas internacionales, a los que había que satisfacer.

Fueron los tiempos aquellos de los cuarenta, cuando ríos de gente inundaron los cabarets y las cantinas de la avenida Juárez, cuando a las puertas de los negocios se ponían cadenas y sacaborrachos para controlar la entrada de los soldados deseosos de gastar dólares. Tiempos en que de esos lugares salían las notas de la música viva y las voces acartonadas de los pícaros maestros de ceremonias que anunciaban beldades que llegaban desde lejanas tierras.

Eran épocas de mucho dinero —insiste el viejo trabajador de la barra—, pero en aquel tiempo no cualquiera era cantinero, porque había que saber, había que dar gusto a tanta gente que llegaba de todas partes del mundo. Esos eran otros tiempos.

En aquellas épocas —precisamente— surgió uno de los más famosos cocteles, según consigna la leyenda que corre de boca en boca. El *Margarita*, una bebida que recorre todos los lugares del mundo, es una creación típicamente fronteriza, creada en julio de 1942 por Pancho Morales —un cantinero que sí era cantinero, no abrebotellas o destapabotes—, que trabajaba en el Tommy's Place de la avenida Juárez.

Morales, según reza la tradición, jamás pensó en la popularidad que adquiriría su coctel cuando se lanzó a prepararlo. La fórmula, sencillísima: el jugo de un limón, cuatro partes de tequila, una parte de licor de naranja y una copa escarchada en sal. Todos los ingredientes se mezclan en un agitador con hielo picado y se vacían sobre la copa adornada con la sal.

El resultado: casi todos los adultos del mundo lo conocen. El sabor: típicamente mexicano, muy propio para los climas exagerados de esta frontera.

Según se sabe, actualmente Francisco Morales se ha jubilado de las barras y vive tranquilamente en algún lugar de El Paso. Los pocos cantineros viejos que lo recuerdan, lo ponen como ejemplo de aquellos profesionales de las botellas y el hielo que verdaderamente sabían trabajar y satisfacer paladares.

Para gustos más delicados —o femeninos—, el inventor autorizó la mezcla de 2-3 de tequila por uno de licor de naranja.

Hoy, a más de cuarenta años de que aquella mezcla explosiva se adueñara de todos los bares del mundo, en la Juárez se sigue vendiendo por millares el coctel, provocando gestos en las güeras pecosas y sonrisas de aprobación en los bebedores empedernidos.

Y, según dicen los que saben, sigue también provocando estragos impredecibles al día siguiente, por lo que todos los viejos cantineros —esos que cada vez son más escasos— recomiendan su uso moderado.

Porque el *Margarita* es extremoso, como casi todo lo que se da por estas tierras.

Madre e hija

A doña Guadalupe Gómez Vda. de Simental,
a las mujeres que llegaron del sur a engrandecer estas tierras.

Llegaron a Ciudad Juárez allá por la época de los braceros, cuando miles de hombres hacían largas filas para ser contratados en los campos estadounidenses. Venían del centro del país y en la cabeza albergaban los mismos sueños que muchas otras gentes que arribaron por esos tiempos.

Eran inseparables y por todas partes se les veía juntas. Madre e hija iban y venían siempre a un lado de la otra. Eran amigas y confidentes, solidarias y fieles.

Así, pasaron los primeros meses en estas tierras, en una casa situada al lado de las vías, allí donde se hacían las filas de braceros.

Un día, la hija se casó y emprendió su propio camino. Fue un breve lapso, quizá el único en el que se separaron, porque al poco tiempo las penurias económicas hicieron regresar a la pareja al hogar materno. Como se pudo, juntos vencieron adversidades y, al igual que casi todos los inmigrantes recién llegados, pudieron subsistir y encontrar pronto su lugar en la ciudad que crecía. Vinieron luego los hijos y la madre se transformó en abuela, compartiendo por igual la obligación materna.

Un día, la hija quedó sola, como suele sucederle a muchas mujeres, y las dos siguieron juntas, confirmando así, después de la breve separación, una de esas amistades que a veces se dan entre madre e hija.

Pasaron los años, muchos, y el tiempo empezó a cobrar su tributo. Una mañana empezaron los síntomas: vagos primero y dolorosos después. Vinieron los meses de la enfermedad en los que, pese a la resistencia y al buen ánimo, la entereza física se quebrantaba. Días de cama, de reposo, de ingresos a hospitales, de diagnósticos difusos y desesperanzados.

Al lado de la madre, como siempre, la hija estuvo al cuidado de ella, velando su enfermedad y su sueño, tratando, en las largas noches, de inyectarle la vida que se escapaba.

Contra todos los buenos deseos, la esperanza era cada vez más débil y la idea de la separación era una amenaza latente. "Ya hemos estado mucho tiempo juntas, es hora de despedirnos", había dicho premonitoriamente la madre unos meses antes, aún con toda su lucidez.

El final fue doloroso, como son todos. Para la hija, el adiós fue duro: atrás quedaban más de cincuenta años de una compañía a toda prueba. Se había ido la madre, la confidente, la compañera solidaria e incondicional, el apoyo personificado. ¿Qué se podía ver hacia adelante en esos momentos? Poco, muy poco, solo la escasa luz que dejan pasar esas tristezas profundas.

Alguien había advertido que los días por venir serían más duros que el momento de la despedida. Y lo fueron: llenos de recuerdos, con el llanto siempre a punto de brotar, con una nostalgia pesada e insuperable, con vueltas constantes al pasado. Los objetos domésticos eran recuerdos vivos y los silencios eran el espacio para la nostalgia.

Un año, dos, tres. Tiempo de añoranza, suficiente para pensar en los mil instantes eternos de compañía incondicional, para rascar dolorosamente en los recuerdos.

En los primeros meses, las visitas constantes a ese lugar, a lavar la lápida, a llevar flores domingo a domingo, en un rito que se fue tornando cada vez menos doloroso. Porque, contra lo que se pensaba, el tiempo —bondadoso, balsámico, generoso— vino al fin a prodigar su auxilio.

Hoy, hace más de cuatro años de aquella separación forzosa y natural. Los recuerdos, poco a poco, se han tornado dulces, las palabras se evocan con ternura y los objetos se acarician sin el dolor de antes.

La figura de aquella mujer, de aquella amiga, se vuelve, otra vez, una compañía que reconforta. Está viva nuevamente, pero de otra manera, porque ha dejado de ser un recuerdo hiriente.

Las flores sobre la tumba ya no son ocasión para el llanto; ahora son oportunidad para recordar las enseñanzas y el ejemplo, para evocar las palabras dulces y la firmeza.

Aunque todavía, de vez en cuando —la condición humana—, la lápida es regada por algunas lágrimas que, a pesar de todo, ya no son tan dolorosas como las del momento de la partida. Porque el amor, el tiempo, la vida, la esperanza, han dado esa tregua y ese respiro que a veces parecen no llegar.

Y ahí seguirán

Todo el mundo se lo ha preguntado: ¿cómo hacen para que ese niño que traen colgado a las espaldas no se caiga y permanezca siempre ahí, inmóvil y bien sujeto todo el día, adherido a la madre, simbióticamente unido a esa mujer que camina una, dos, tres, siete, cien veces el puente, que con los pies le alisa la joroba a esa gigantesca estructura de concreto?

Los más curiosos se habrán preguntado también por qué no los dejan en alguna parte, por qué no se lo encargan a cualquier hermana que los tenga en un sitio más cómodo y que así les alivie un poco esa carga.

Quizá lo que más puede llamar la atención es que no lloran; y pueden —los curiosos— hacerse otra pregunta, la enésima: ¿a qué horas gatean, cuándo aprenden a hablar, a caminar, cuándo retozan con otros si siempre están ahí, acompañando a las madres mientras ofrecen la *chica fresita* para quitar los malos olores del carro, o los manteles calados, o los jorongos baratos, o la monita para que la cuelgue del espejo, o la bolsita con 6 chicles a 100 pesos, o las hamacas para el patio?

Desde ahí, desde ese atado, entre el olor a gasolina y los claxonazos, ¿podrán captar que sus madres —esas que a diario los llevan y los traen una y otra vez sobre los puentes— son ahora por decreto una mancha para la ciudad, un lunar que afea la estética urbana, un factor que ahuyenta el turismo, un estorbo para los comerciantes que se establecen y arriesgan más que una caja de chicles o un puñado de desodorantes para automóviles?

Es muy posible que no lo hayan captado. Es seguro que desde ese lugar en donde pasarán los primeros meses después del vientre materno, no se entiendan esas argumentaciones.

Seguramente dentro de ese rebozo no entienden absolutamente nada del Juárez Nuevo, ni otras cuestiones de estética. Mucho menos pueden entender, desde ese mundito silencioso y cálido, el porqué de los gases, los empujones y las mentadas.

Es difícil comprender, desde esa perspectiva y a esa edad, conceptos tan profundos como ***ahuyentar al turismo*** o ***afear la ciudad.***

Pero algún día, cuando el tiempo pase y abandonen su guardia tibia y maternal, estarán en posibilidades de entender. Entonces alguien les dirá por qué alguna vez ellos y sus madres fueron lanzados de los puentes. Habrá que explicárselos despacio, con mucha paciencia, para que entiendan, claramente, que aquí, en esta frontera, como en todo el país y en todo el mundo, la pobreza es algo que hay que ocultar, porque afea, porque desmerece, porque muestra los lados vergonzosos.

Por hoy, ellos, envueltos en ese rebozo grisáceo y cálido, no lo pueden entender, pero ya habrá día en que puedan hacerlo y en que juzguen. Por hoy son solo testigos silenciosos, cosas que —al igual que sus madres y sus miserias— deben ocultarse.

Así lo mandan las buenas conciencias, los hacedores del Juárez Nuevo, a quienes tanto ofende la miseria y a quienes tanto

preocupa la imagen pulcra y luminosa de una ciudad que se empeñan en pulir.

Por lo pronto, al tiempo que desde escritorios y oficinas siguen los empeños para embellecer por decreto y de un plumazo esta ciudad, esos niños del rebozo seguirán unidos a sus madres, firmemente adheridos a esas mujeres, cuidándoles silenciosamente las espaldas mientras estas siguen vendiendo cualquier cosa y en cualquier crucero. Y así seguirán, porque ni ellas ni su oficio desaparecen de la noche a la mañana.

Ahí están y seguirán estando. Por mucho que les duela a aquellos a quienes tanto ofende su aspecto y su miseria, esas mujeres y esos niños seguirán acercándose a las ventanillas de los autos a ofrecer los chicles o los desodorantes.

Seguirán unidos: el uno cuidando las espaldas, la otra recorriendo incansablemente calles, con su carga a cuestas.

La Mama

Sobre la Ocampo, muy cerca de la María Martínez, hay un lugar viejo y un poco sórdido. Es una taberna oscura, situada al lado de un lóbrego caserón y a unos pocos pasos del canal. La cantina es frecuentada casi exclusivamente por alemanes y alguien ha dicho que en ella no se aceptan mexicanos.

La dueña es una mujer rellena, que hace mucho rebasó el medio siglo, de pelo artificialmente oscuro y aparentemente de pocas palabras, conocida como *La Mama*.

La Mama es una institución. Recibe con frecuencia postales y cartas de Alemania y casi toda su clientela está formada por soldados acantonados en El Paso que han oído hablar del lugar, y después de conocerlo, llegan a hacerse clientes asiduos de él.

Correspondiendo a la exagerada fidelidad de sus parroquianos, *La Mama* es generosa y —desde luego— maternal con la clientela. Se preocupa por ellos, les da consejos, los previene contra los peligros fronterizos —principalmente la policía— y hasta les busca un taxi barato cuando, con varias copas arriba, optan por regresar a sus barracas.

Entre esas cuatro paredes sucias y viejas, el personaje es *La Mama*, que no es simplemente una tabernera, sino una consejera y hasta asesora aguda en muchos tipos de problemas y eventualidades.

Sabedora de que muchos travestis hacen de las cantinas del centro sus lugares de operación y de que es posible que cualquier humano con algunas copas de más caiga en la confusión, *La Mama* da, casi de rigor, el mismo consejo a los recién llegados. En su inglés mocho, que curiosamente habla con mucho aplomo, la mujer advierte con frecuencia a sus parroquianos: —***Bi querful güit te gumen, sam of tem rili ar nat gumen: tei ar men, tei yus lipstic, bi querful.***

Y no se queda ahí. La especial filantropía de *La Mama* rebasa los muros de su taberna y llega hasta la plaza de armas.

Cada domingo, sobre las boludas imitaciones de adoquín, en pleno centro de la ciudad, la mujer avienta a las palomas muchos kilos de sorgo, que son engullidos por cientos de aves que bajan de las torres de Catedral y de las marquesinas del Plaza y del Reforma. En dos viejas bolsas de plástico recubiertas por una buena capa de mugre, *La Mama* lleva religiosamente los granos, que arroja silenciosa y seria. —¿Que por qué les doy de comer a las palomas? Es una promesa que hice a Dios cuando mi mamá estaba enferma de ***diabetis***. Ya se curó.

Pocas palabras para regresar luego a su mutismo y a su cantina, donde seguirá dando consejos a esas almas que algún día, desde lejanas tierras, habrán de mandar postales a esa taberna del polvoriento Bellavista.

Fieles pasajeras

Los camiones paseños son limpios, cómodos y también casi siempre solitarios. Hay, sin embargo, algunas horas en que son muy socorridos y hasta llegan a llenarse completamente. Es raro pero ocurre.

Esto sucede al caer la tarde, y especialmente en el poniente de la ciudad, cuando vienen ocupados por señoras que en cada parada van subiéndose tranquilamente.

El atuendo y el gesto de todas ellas es el mismo: son mujeres de más de cincuenta años, morenas, que no hablan inglés y que

siempre traen una bolsa de regular tamaño en la mano, de esas para "el mandado". Las hermana su trabajo y las identifica el gesto de cansancio.

Trabajan en casas de clase media, limpiando cocinas, cuidando niños, lavando alfombras, planchando, zurciendo ropa o simplemente "alzando". Su tiempo lo multiplican ingeniosamente, de manera que se han elaborado un curioso itinerario que les permite ir a muchas partes en una sola semana y ganar más. Es el suyo un especial subempleo, porque tienen muchas patronas y una relativa libertad que no las ata a ninguna parte. Es frecuente que reciban regalos de las amas de casa con las que trabajan y a veces en esas bolsas llevan comida o pequeños objetos que han conseguido como una retribución adicional.

Nunca lucen desaliñadas y ocasionalmente usan ropa de buena calidad. Sus zapatos son cómodos, de los que se usan para trabajar y no para lucir. Sus pláticas no son ruidosas y siempre transcurren suavemente, de la misma forma en que se desliza el camión. Los temas que abordan no varían mucho: el cansancio, las pequeñas injusticias de la patrona, los bajos sueldos, lo caro de la vida y los consabidos dramas familiares.

Aunque son propiamente trabajadoras ilegales, nunca hablan de problemas con Inmigración, porque su clara condición de subempleadas no parece preocupar a nadie y diariamente pasan con tranquilidad el puente, diciendo —cuando les preguntan— que van de compras.

Su vida es rutinaria y aparentemente metódica. Al caer la tarde han terminado ya su labor y deben regresar, subiendo su cansancio al autobús que baja desde Coronado hasta la placita de los Lagartos.

Y así, diariamente, semana tras semana, mes tras mes. Hasta que un buen día la artritis, otra enfermedad, el agotamiento o simplemente la edad ya no lo permitan. Entonces esas mujeres dejarán de ir a limpiar cocinas y a pulir pisos.

Cuando eso ocurra, seguramente habrá otras que, lentamente y con el agotamiento en el rostro, sigan abordando el autobús que baja silencioso y cansado, como sus más fieles pasajeras.

Adán Luna

Hace años, de la pared de una popularísima lonchería de Bellavista colgaba la fotografía en blanco y negro de un joven. En cuanto había oportunidad, el ejército de meseros, uniformados con camisas rosas y lilas y ajustado pantalón blanco, empezaban a hablar de él. Era indiscutible que, quien hubiera sido, había representado algo especial para el lugar y para su gente.

El sitio era algo muy singular, también. A principios de los setenta era concurridísimo por sus precios, pero lo más característico era el uniforme de sus meseros y la leyenda que la gente del barrio se encargaba de transmitir de boca en boca.

En ese lugar, lavando platos —decían unos— o sirviendo mesas —decían otros— trabajó Adán Luna. Y para testimoniarlo, estaba el gigantesco retrato que, vigilante, observaba el ir y venir de los que en un tiempo fueron sus compañeros de oficio.

De entonces a la fecha, las cosas han cambiado y los mitos han crecido.

Por ejemplo, así como todos los chilangos juran que estuvieron en Tlatelolco, de la misma manera no hay juarense que no jure tener, o haber tenido alguna relación con el joven del retrato.

Por lo menos quinientos nativos de estas tierras son amigos de la hermana; otros cuatro mil conocieron alguna vez a la famosa *Meche*; cerca de un cuarto de millón de fronterizos lo oyeron cantar en el Noa Noa; unos cuantos —cerca de 400— conocen el lugar donde se mete cuando está de visita en esta ciudad; más de dos mil señoras platican frecuentemente con él y cerca de 86 mil juarenses reciben eventualmente una llamada suya desde donde se encuentre.

Fuera de estos afortunados mortales, el resto de la población, principalmente a últimas fechas, ha tenido que conformarse con lo que se ve, que no es poco. Por ejemplo, ha visto cómo una casa, situada en la Lerdo y Mejía, un buen día cambió de dueño. Días después le crecieron las rejas, que se hicieron altas y meses más tarde creció a la mitad de la manzana.

Y siguieron muchas otras. En cuanto a cualquier caserón le empezaban a crecer las rejas —que parecen ser su pasión—, la gente se la atribuía. Y la realidad se volvió a quedar corta otra vez, cuando

una de las mansiones típicas de esta ciudad —que siempre aparecía en las postales— cambió de color, de decoración y de dueño.

Ahora, aquel joven del retrato construye una academia de música y sigue inspirando la fantasía de la gente, haciendo crecer su propio mito. El mito de Adán Luna, ese mesero que ha vivido una realidad muy propia, muy al estilo de la película que él mismo hizo, justamente al tamaño de su fantasía.

De esas fantasías que suelen darse por acá.

Lela

Los días anteriores a la fecha, aquel patio de Bellavista era una verdadera fiesta. En él se mataban docenas de gallinas que luego eran desplumadas por las manos de muchas mujeres.

Y esa era solamente una de las partes finales del trabajo que empezaba desde muchos días antes, cuando había que ir pidiendo de puerta en puerta la cooperación para aquella gigantesca comida.

Se pedía a vecinos y amigos y cada cual daba lo que podía. Algunos dinero; otros, algo que sirviera para preparar las viandas.

En la elaboración intervenían una gran cantidad de personas, casi todas mujeres de la familia que la organizaba.

Entre todas preparaban el arroz, las sopas, el mole, los frijoles y todas las demás cosas que se servían.

Como se trataba de alimentar a varios cientos, el trabajo tenía que ser en grande: se usaban muchos kilos de arroz, manteca, sal, frijoles, pasta para sopa, chile y, desde luego, muchas gallinas. La tarea era intensa y durante la víspera la actividad era febril. Manos iban y venían y sobre las estufas hervían grandes ollas.

La comida era abundante y para transportarla intervenían tantas manos como las que la habían elaborado. Y las mismas se necesitaban para repartirla. Ahí en la cárcel, una vez al año, los presos daban cuenta de esa comida preparada especialmente para ellos.

Al empezar a repartir, las ollas se veían pequeñas para los cientos de presos, pero conforme se repartía, parecía que los alimentos no se acababan. El arroz, por más cucharadas que se le sacaban, era el mismo; el mole se multiplicaba en cada plato que se servía y los frijoles parecían no tener fin.

Se antojaba imposible pero siempre, contra todos los pronósticos, alcanzaba y hasta sobraba. Nadie lo podía creer, pero después de haber alimentado a mil presos, aquellas ollas todavía daban para más y regresaban a casa con algo para la gente que había trabajado en los días anteriores.

Así, año tras año, en el día de Santa Eduviges, aquella señora estuvo llevando comida a los presos y lo hizo por tanto tiempo que ya amigos y parientes habían perdido la cuenta.

Era una manda, decía ella, y la cumplió durante muchísimos años, hasta que pudo hacerlo.

La revendedora[1]

En el centro del mercado Juárez, sobre unas largas mesas de cemento con temperatura y aspecto de anfiteatro, hay varias vendedoras de comida. No son ruidosas, como suelen serlo las de otros mercados, más bien son silenciosas y discretas. Unas venden tacos de nopales; otras, gorditas de maíz; la más asediada vende tacos de morcilla —moronga o rellena, pueden decir otros.

Un poco lejos de ellas, más separada y más tranquila, está otra vendedora que también es de más edad. Es ciega y siempre está callada. Su mercancía no es tan llamativa ni olorosa como las de sus vecinas: vende tortillas. Y esas tortillas tampoco tienen alguna particularidad ni sabor especial, son hechas en máquina y compradas por ella para revenderlas.

Si se quisiera ser más exacto, habría que decir que no se trata propiamente de una vendedora de tortillas, sino de una revendedora. Pero esta es una revendedora especial, porque no especula ni obtiene buenas ganancias, como todos los revendedores, aunque es cierto que les aumenta el precio.

Sin embargo, para ser justos, también habría que decir que tiene algunas razones, válidas seguramente, que justifiquen la reventa que hace: es sola, tiene más de ochenta años y es ciega.

[1] Publicada en el desaparecido periódico *El Fronterizo*. Con ella nació la idea de una columna fija y diaria de crónicas urbanas. Fue la primera de cientos que se publicarían después en otros periódicos, siempre bajo el formato de columna diaria.

No se sabe mucho de ella, pero algunos comerciantes del mercado dicen que uno de ellos se encarga diariamente de llevarla y traerla a su casa. También se sabe que las tortillas las compra por ahí cerca, por kilo, que luego les quita el papel y las pone en una canasta grande. Y también es sabido que todos los días se sienta ahí, frente al gigantesco mostrador de cemento, a esperar compradores que, por cierto, no son muchos.

Su aspecto es apacible. Más se inquietan algunas almas aún inquietables cuando se enteran de su breve historia. Cuando eso sucede, cuando la inquietud le llega a alguien, ocurre que le compran tortillas mucho más arriba de los cien pesos que ella pide por cada docena.

Y cuando recibe las monedas a cambio de las tortillas, la vendedora delata algo más: es confiada. No las cuenta porque no puede verlas y porque seguramente su tacto tampoco le ayuda. Y sucede lo que más puede perturbar a los perturbables: que junto con las tortillas, envueltas en los mismos pedazos de papel en los que ella las compró, también entrega algo de su confianza, de su fe en los otros.

Porque a pesar de todo, lo menos que puede decirse de esa mujer es que es excesivamente confiada y, posiblemente, llena de fe. Ella confía diariamente en quien la trae, en quien la lleva, en que habrá quien le compre, en que le darán el dinero justo, en que podrá seguir ahí.

Tiene, a fin de cuentas, una gran confianza en los hombres y las mujeres. Y esa confianza es la que inquieta a algunos y abofetea a otros.

Lolita

En aquellos años —y no hace todavía muchos—, las escuelas primarias no eran los cajones prefabricados que son de unos años a la fecha. Era otra cosa: cada una tenía su estilo propio, sus escondites, sus lugares llenos de misterios, sus sótanos llenos de ratas y, sobre todo, los sitios aquellos donde las leyendas surgidas de las mentes infantiles decían que se aplicaban castigos aterradores.

Y es que los viejos edificios se prestaban para que la imaginación volara.

En Bellavista, por ejemplo, la escuela Benito Juárez tenía unos salones gigantescos, altos techos, gruesas paredes de adobe y sus ventanas eran también de proporciones que a los pequeños parecían descomunales: tenía mil rincones donde la imaginación se daba vuelo.

Su salón de actos era mucho más amplio que muchos de los cajones donde hoy se exhiben películas y había ahí un escenario que a los pequeños resultaba impresionante: con un telón viejo y pesado, de color indefinido, que ocultaba tras de sí las coloridas escenografías que se usaban en los festejos del 10 de mayo o en las graduaciones. Bajo el piso, de madera desde luego, estaba un sótano al que nunca nadie se atrevió a bajar, por miedo a confirmar las mil historias que de sórdidos inquisidores escolares se contaban.

A la entrada del gigantesco salón estaba la dirección, a donde se entraba a cosas muy serias: a recibir un recado para los padres o a sufrir una reprimenda de la directora, que casi siempre usaba lentes y chongo.

Eran los tiempos en que en las escuelas se respiraba un aire que imponía respeto y tenían, pese a ello, o precisamente por ello, un encanto que les falta a las de hoy.

Esa misma escuela, la viejísima Juárez, tenía a un lado un jardín de niños al que asistieron muchas generaciones de Bellavista. Era un único salón, gigantesco, con sus paredes llenas de recortes, de dibujos, de monos; y con sus mesas llenas de tijeras, de pegamento, de colores.

La maestra era el centro de ese pequeño universo. Era una mujer que los niños veían —veíamos— inmensa y bondadosa, con una voz inalterable que destilaba dulzura y con una paciencia de esas que ya no se encuentran: jamás endurecía la voz y era casi seguro que no sabía gritar.

Con esa paciencia y una gran dosis de ternura, conducía a decenas de chiquillos a mil partes. Por mercados, plazas, tiendas, cerros, calles y parques, la profesora Lolita llegó a ser un personaje.

Que ella era feliz en su trabajo era indiscutible, y los que fueron sus alumnos lo fueron más.

De los cientos, miles que por ahí cruzaron, no hay uno solo que no suelte un suspiro o una sonrisa melancólica, cuando alguien pregunta: —¿Te acuerdas de Lolita, nuestra maestra de kínder...?

Panilleros

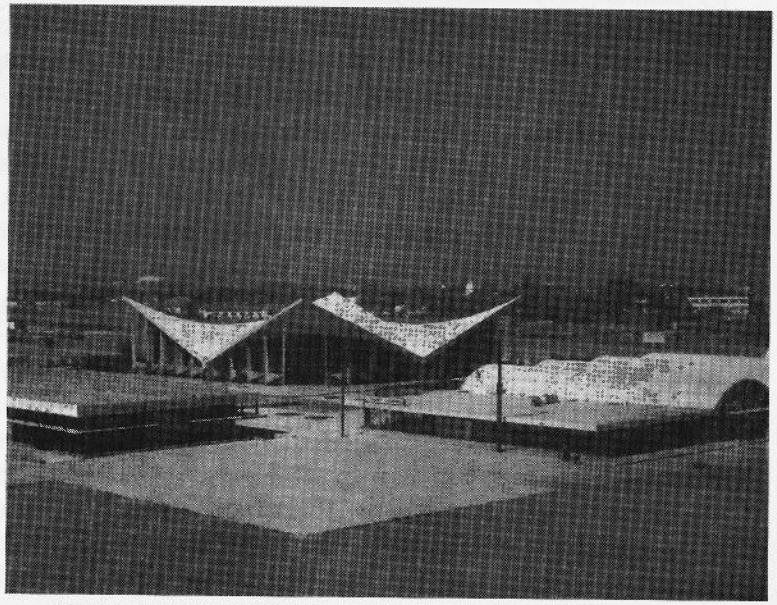
Los más clásicos eran de toreros y mostraban una figura estilizada, en ocasiones excesivamente delgada, burlando diestramente a la fiera astada con un capote rojo.

En sus tiempos, eran muy gustados por los turistas güeros, que los compraban y se los llevaban para adornar salas y cuartos de lejanas tierras.

La técnica, novedosa y llamativa, surgida quién sabe dónde, dio buenos resultados en muy poco tiempo y la avenida Juárez y otras zonas turísticas se inundaron repentinamente de la noche a la mañana de cuadros de panilla.

De todas partes colgaban. Entre jorongos y sarapes, resaltando de las piñatas o en los aparadores asoleados, las pinturas sobre los lienzos negros jalaban los ojos de turistas, que se acercaban atraídos.

Cuando la demanda creció y la producción de cuadros se industrializó, el proceso se empezó a hacer en serie y los *panilleros* —que así se les conoció— fueron divididos en los talleres de acuerdo a la parte que les tocaba hacer.



Estaban los que armaban el bastidor; luego los que colocaban el lienzo; otros, armados de unas plantillas de cartón, trazaban el dibujo con talco o carbonato, para que los de los pinceles pudieran trabajar rápido; al final, venían los pintores, que a su vez estaban divididos, dependiendo de la parte que les tocara hacer o los brochazos que les tocara dar.

Así, entre los obreros-artistas, había quienes pintaban el tronco de un árbol, quienes se especializaban en pintar el cielo, quienes daban los brochazos al río y quienes pintaban el venadito que aparecía al fondo del campo.

Después de eso, las obras iban a parar a las tiendas de curiosidades, donde eran compradas por miles.

Ese arte tan especial sufrió luego modificaciones, con el paso del tiempo y de la moda.

Hubo una época en que a alguien se le ocurrió echar sobre la panilla hebras de chapopote hirviendo, que luego se teñían de dorado, logrando así unos curiosos efectos en relieve, que se prestaban a la perfección para dibujar velas y cuerdas de barcos.

Los rostros de personajes o artistas que llegaban a la fama o se morían, también sirvieron para inmortalizarlos en panilla y hasta el mismo diablo fue muchas veces retratado sentado en una taza y fumando mariguana.

Desde luego que no escaparon a los *panilleros* las figuras de esculturales e imaginarias mujeres, que también fueron plasmadas sobre el lienzo negro.

Hoy, la industria de la panilla parece que está en descenso y han pasado los tiempos en que esta ciudad exportaba ese arte industrializado.

Ahora se les ve poco y mucha de la gente que se dedicaba a ese oficio ha cambiado de giro.

Como muchos otros, los *panilleros* han visto pasar sus mejores tiempos, pero siguen siendo parte de esta frontera.



No hay de otra

A temprana hora —en la oscuridad si es invierno, con la primera luz si es verano— empiezan la jornada dentro de la casa: un baño rápido, si hay donde; un poco de agua en la cara, si es todo lo que se puede; un café rápido; algo sólido, recalentado de ayer o quizá un pan; un poquito de maquillaje, rápido, sin mucho esmero, tan solo para no perder la costumbre y la apariencia; una despedida fugaz de los que se quedan.

Y así, con la bata doblada sobre uno de los brazos, o cruzada sobre el bolso que cuelga del hombro, empieza el viaje. Primero, los pasos presurosos a la esquina, con la mirada a un lado y otro, cuidándose de los vagos, los perros, los carros, los impertinentes. Cuando el frío cala, el paso es más vigoroso, más duro, como para mitigar los temblores y entrar pronto en calor.

Viene luego el ascenso a esos cajones pestilentes, promiscuos, incómodos, caros, peligrosos. A sentarse en donde se pueda: sobre el tanque de gas, en la orilla filosa de una banca, cerca de alguno de mirada lasciva o, en el más frecuente de los casos, a colgarse de un tubo grasoso y endeble para aguantar así los veinte, los treinta o los cuarenta minutos, esquivando las manos atrevidas, los empujones groseros, oyendo el lenguaje florido de los que platican aventuras y maldicen gobiernos y carestías.

Sigue la entrada presurosa, corriendo, a checar la tarjeta, mientras el gafete es acomodado sobre la blusa para mostrarlo al guardia. El saludo rápido a las conocidas, más respetuoso y fingido para el supervisor, y a pegarse a la línea, con el cautín en la mano, a vigilar el ritmo de la máquina, a prestarle atención a su ritmo monótono e infatigable, con los ojos fijos y las manos diestras, con la imaginación apagada, porque la producción lo absorbe todo y no hay tiempo para el descuido.

Una vuelta al baño, quizá dos, haya o no haya necesidad, aunque en realidad siempre la hay, porque es un alivio alejarse aunque sea por segundos del olor a solvente, plástico, soldadura o pintura.

A la hora de la comida, a correr para hacer fila en el comedor o a ganar cuanto antes la calle para acercarse al carro de burros: dos y una coca, o, mejor, un plato con arroz, frijoles y tacos. Luego, a comer sobre el pasto, con el tenedor de plástico en una mano y una tortilla en la otra. Rápido porque el tiempo se acaba y hay que exprimirlo, para poder fumarse un cigarro antes de regresar.

Y otra vez a la línea, a poner alma y manos en los movimientos, sin dar lugar al descuido, vigilando de reojo el reloj, esperando con ansia la hora de salida, haciendo mentalmente la cuenta regresiva.

Al final, a checar otra vez la tarjeta, a despedirse, a platicar un poco camino a la rutera. En el trayecto habrá tiempo para quitarse la bata, para doblarla sobre el brazo o colgarla sobre la bolsa.

El regreso es más cálido arriba del cajón con ruedas y los humores son más fuertes. No hay silencio como en la mañana, porque ahora van varias conocidas de la misma planta y hablan del supervisor, los sueldos, los retrasos, los descuentos, el seguro, los hijos, la carestía, los novios, los viejos, la suegra.

La llegada es igual que la salida: otra vez cruzar las mismas calles, sin la misma prisa pero con más cansancio. En cuanto se cruza la puerta, hay que aventar la bata por ahí para dedicarse a otra cosa: habrá que ir a la escuela; posiblemente hay que empezar a hacer comida; quizá hay que prepararse para el otro trabajo.

Suceda lo que suceda, la bata tiene que quedar por ahí a la mano, junto con el gafete, listas para el día siguiente, prestas para subir otra vez, de madrugada, a la rutera.

Y así, de lunes a sábado.

Porque no hay de otra.

Doña Lupe

Eran los tiempos de la posguerra. Ciudad Juárez estaba inundada de soldados, inmigrantes, cantantes, músicos... de todo. Sus calles eran ríos por las noches; gentes y fortunas iban y venían.

También había braceros. A la frontera llegaban miles de hombres del sur, dispuestos a vender su trabajo a un país que lo necesitaba con urgencia. Arribaban por miles, atiborrando sus calles, haciendo larguísimas filas para contratarse, comiendo y bebiendo lo que podían.

A lo largo de las vías del tren, en lo que se conoció y se sigue conociendo como calle Ferrocarril, se formaban uno tras otro, esperando por largos días el turno para poder marchar rumbo al norte. Eran hombres que no tenían más que sus brazos y carecían de todo, hasta de agua para tomar.

En los días calurosos y difíciles, hubo a quien se le ocurriera ir a venderles hasta ahí, en aquellas inmensas filas, algo que comer y algo que beber. Algunos pensaron vender hasta el agua. Pero, como tenía que suceder en esta tierra, no faltó también quien se propusiera regalarla, cumpliendo así una de las más puras obligaciones cristianas.

Allí mismo, en esa calle, cuando aquellos mercaderes de alma pequeña embotellaban el agua, había otra mujer menudita, de manos diestras y corazón grande, que salía a la banqueta y llenaba vasos, jarras y hasta tinas, para ofrecer agua a aquellos hombres. Con ella, los sedientos saciaban aquella necesidad que solo puede sentirse en estos veranos juarenses.

Al regreso, cuando volvían a su tierra, esos hombres mostraban su agradecimiento de varias maneras. Algunos traían algo en las manos y lo entregaban con esa sinceridad propia del pobre. Eran cacerolas, sartenes, ollas. Pequeñas cosas llenas de calor humano.

Desde entonces, en la cocina de aquella mujer se conservaron esos presentes como un testimonio silencioso y solo de cuando en cuando, por boca de alguien de la familia, los otros hijos y los nietos que después llegaron, se enteraron de su origen. Para aquel grupito, más que objetos de cocina eran galardones familiares, trofeos silenciosos, discretos y sinceros a un acto humanitario que jamás reclamó premio. Eran reconocimientos a una mujer que llegó del sur y que, como muchos inmigrantes, le dieron más calor a estas tierras.

A doña *Lupe*, como la conocieron esos hombres, y otras gentes más, la recogió la tierra hace tres años. Los que estuvieron cerca de ella conservan un recuerdo cálido. Su familia conserva esas cacerolas y sartenes como objetos inapreciables, que hablan de la caridad y de la gratitud.

Esa fue su herencia. Y con ella, los que llevan su sangre, se sienten orgullosos, porque pocos hay que heredan tanto.

Loco amor

Antes de su tragedia, deambulaba sola por las calles y era famosa por su mal genio. Era difícil verla a la cara, porque podía montar en cólera y perseguir rabiosamente a cualquiera. Las correteadas eran peligrosas, porque sus escasos cuarenta kilos le permitían correr con atlética ligereza. Además, la condición lograda en sus larguísimas caminatas diarias, la hacían una perseguidora difícil de burlar.

Algo que la sacaba de juicio eran las cámaras. Los fotógrafos ambulantes y de prensa sabían bien de esa fobia y se cuidaban de apuntar su lente hacia ella.

Quizá fue ese carácter tan belicoso el que la llevó a unirse a las huestes del CDP que de cuando en cuando llegaban a la plaza. Nunca se supo si realmente había alguna convicción sincera, pero se dudaba que hubiera algún nexo ideológico o un compromiso que fuera más allá de una marcha ruidosa o un plantón frente a cualquier edificio público.

De cualquier manera, Camelia asimiló con rapidez el lenguaje propio del grupo: era frecuente oírla dirigirse a los demás como "compañero" y corear con furia consignas antiimperialistas —y an-

tipanistas en los últimos meses. En apariencia, era una rabiosa manifestante y su condición física la hacía una marchista envidiable.

Pero esa cara que casi todos le conocieron, se dulcificó en los últimos tiempos.

Durante los primeros meses del 86, se le vio acompañada con frecuencia. A fuerza de repetirse la escena, hubo motivos para pensar que no era algo pasajero: ya había razones para explicarse el cambio en su carácter.

A pesar de los gritos mordaces y los comentarios en voz alta, Camelia paseaba orgullosa a su galán y se les veía abrazados caminando por calles y plazas que antes recorrió ella sola.

Lo que nadie pudo imaginar fue el final de una aventura que bien pudo ser como cualquier otra, con unas lágrimas y un adiós. Esta fue otra cosa.

Un mal día, cuando caminaban cerca de unas vías del ferrocarril, él tuvo una recaída en sus crisis. Evocó añejos pleitos con sus padres y revivió su eterna pugna con el mundo. De poco valió que Camelia quisiera hacerlo entrar en razón. Decidido, se separó de los brazos de ella y se lanzó bajo la locomotora.

Al día siguiente, un vespertino dio la noticia y publicó la foto, donde la cabeza lucía grotescamente separada del cuerpo. Entre muchas otras cosas, la nota decía con frialdad que "el único testigo del suicidio había sido una demente apodada ***La Camelia***, que no pudo persuadirlo de sus propósitos". En otra foto, al lado, ella lucía desconsolada.

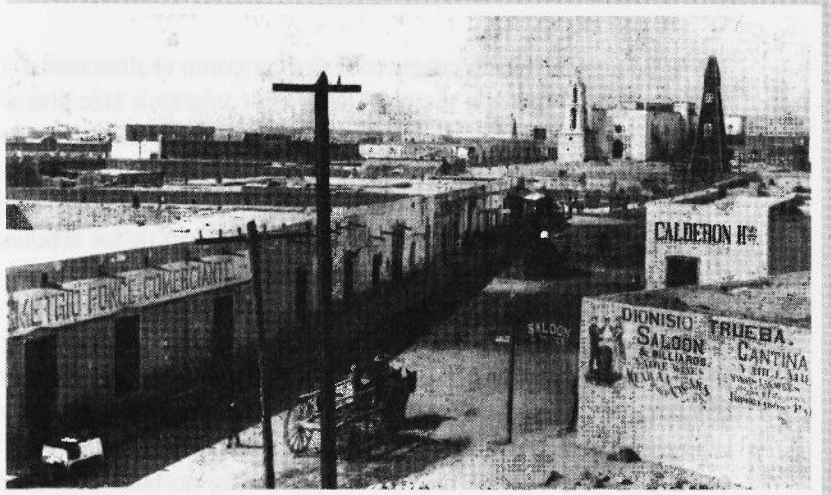
Desde el día en que Camelia no pudo hacer entrar en razón a aquel joven, su vida es otra. Sigue recorriendo calles apresuradamente, pero ha sufrido un cambio.

Perdió esa loca alegría de principios de año.

Me quedo

Que este pueblo terregoso y mal hecho no tiene muchos atractivos físicos, es cierto.

No tiene bosques, playas o montañas, y ni siquiera su clima es bondadoso. Tampoco tiene yacimientos petroleros, ricos filones de oro o animales en abundancia.



Es, ni más ni menos, un gran pedazo de desierto, azotado por los vientos y por el sol, lleno de chamizos y lagartijas, golpeado por los fríos inclementes y hasta olvidado por muchos compatriotas.

Es una ciudad grande pero tiene cosas de pueblo. Tiene, por ejemplo, un servicio de transporte propio del más apartado pueblo oaxaqueño; sus baches compiten con los de la ciudad más olvidada de Tabasco y sus calores infernales son únicos.

Desde luego, carece de la belleza de otras poblaciones. No tiene una arrogante macroplaza como Monterrey, tampoco posee el pasado colonial de Veracruz, el mar de Acapulco o la belleza absoluta, arrolladora, de Morelia. El colmo: tiene menos árboles que el más humilde pueblito tlaxcalteca.

Sobra decir que no hay posibilidad de competir con Viena, París, Moscú, Buenos Aires o Atenas.

Sin embargo, cuando se abren las posibilidades de emprender el vuelo, los auténticos juarenses no la piensan dos veces.

Porque en otras partes podrá haber bosques legendarios, climas de paraíso, calles con historia, catedrales que golpean el espíritu, murales que han ganado la eternidad, montañas de donde vuelan dioses, plazas que huelen a filosofía, coliseos que remueven los intestinos, teatros que apestan a nobleza... podrá haber eso y más, pero no convence a los testarudos juarenses.

Los enamorados de este seco terruño, cuando ven la posibilidad de emigrar lo piensan solamente un poco y se deciden.

Y los deciden pocas cosas: voltear a ver cómo el alma norteña ha conquistado metro a metro el desierto, cómo se le han arrancado pedazos a los cerros, cómo se han levantado casas donde hasta los animales podían morir de frío o de sed; ver cómo todo eso ha sido levantado por gente indomable, por emigrantes que no llegaron a un paraíso donde los frutos colgaban de los árboles o la tierra esperaba solamente recibir la semilla.

Precisamente en eso está la fea belleza de este terruño.

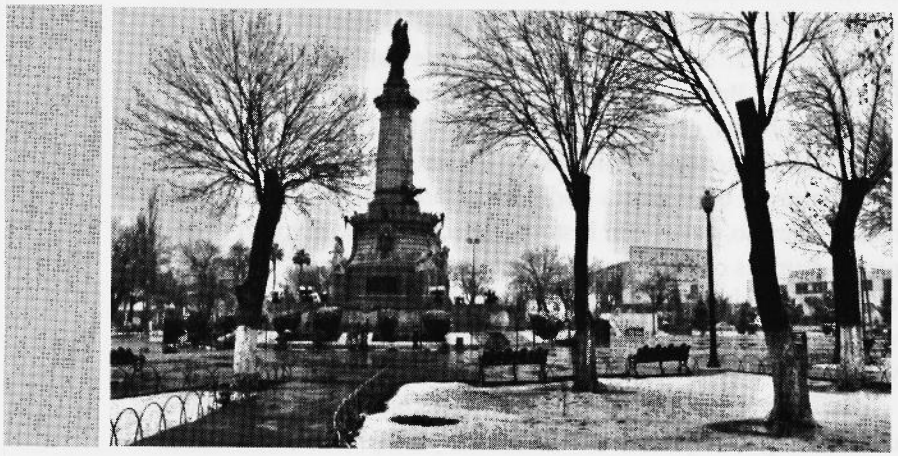
Si alguien todavía duda, si a alguien todavía lo tientan algunas de esas bellezas superficiales que abundan por el mundo, basta con pararse ahí, a las faldas del cerro o a medio puente Santa Fe y aspirar el olor a tierra o el aroma a tortilla de harina.

Y para convencerse de una vez por todas, no hace falta más que oír el hablar golpeado de los hombres y las mujeres de este pueblo, verles la sonrisa tosca y franca y apretarles esas manos sinceras y solidarias.

Después de eso, nadie se va.

¿A dónde fueron los negritos?

Bellavista es un barrio viejo y único. Es el barrio fundador de esta ciudad, dicen algunos; aunque otros durante algún tiempo aseguraron que era el peor, el más peligroso y el más sucio.



Lo cierto es que es uno de los que tienen más historia y sabor propio. Por ejemplo, tiene una viejísima plaza y enfrente de ella un raro edificio, similar a los que en El Paso se conocen como presidios, de los que hay en el Segundo Barrio; en él habitan cientos de personas y sus puertas se ven tan pegadas que es difícil imaginar que atrás de cada una de ellas quepa una familia.

Tiene también una gran cantidad de viejísimas y amplias casas de adobe, de esas que son frescas en verano y tibias en el invierno.

Durante los veranos, sus calles —ya pavimentadas— se inundan de chiquillos que todavía se acuerdan de esos viejos juegos infantiles y las banquetas se llenan de señoras que salen a platicar, después de haber regado a cubetazos o con manguera el frente de su casa. Por las noches, el ambiente se llena de olor a manteca, que sale de los comales en donde se fríen enchiladas y tacos.

Hay, como en todos los barrios, una buena cantidad de perros y vendedores ambulantes. Desde luego, también hay vagos y en los últimos tiempos abundan las *ruteras*.

Varias cosas interesantes se cuentan del barrio. Por ejemplo, se dice que fue cueva de narcotraficantes y que a algunas de sus vecindades —muchas de las cuales hoy son ya ruinas— acudían clientes de todas las nacionalidades a surtirse de las más variadas drogas.

Se cuenta también que durante la época en que el tráfico floreció, había algunos pequeños pasadores de droga que la echaban en pequeños globitos que anudaban y luego tragaban. Al otro lado del río —después de la digestión— recuperaban el globito y sacaban el polvo. Los que no tenían suerte, no llegaban, porque el globo se les desanudaba o se les desintegraba en el estómago y morían de sobredosis.

Como esas, mil cosas se contaban y decían del barrio, pero hay una más pintoresca, que sigue levantando preguntas.

Hubo un tiempo, allá por los sesenta, en que las calles de Bellavista se inundaron de pequeños negritos. Eran más bien mulatos, vivarachos, de pelos muy chinos y abundaban precisamente por la parte del barrio más cercana al río. Aunque nunca formaron mayoría entre la población menuda, sí fueron un grupo muy importante y por las tardes era notoria su presencia en las calles, pateando una pelota o brincoteando entre la tierra.

Todos los chiquillos de aquellas épocas crecieron y de las calles terregosas pasaron a las esquinas, de las esquinas a un trabajo y de

ahí a otros lugares. Pero los negritos no siguieron ese camino: ellos simplemente desaparecieron. Un buen día, cuando alguien recapacitó en que alguna vez existieron, la gente se preguntó por ellos.

Y hasta hoy nadie tiene la respuesta exacta. Es uno de los misterios del barrio. Pero lo más seguro es que al crecer hayan emigrado al norte.

Lo cierto, por lo pronto, es que Bellavista ya no tiene negritos.

Nostalgia nocturna

Los que vivieron aquellos tiempos cuentan cosas que parecen dejar atrás la realidad y entrar a la fantasía.

Algunos platican que en las principales cantinas de la avenida Juárez se formaban larguísimas filas de clientes que querían entrar a disfrutar del espectáculo que se ofrecía en casi todas ellas. Como los lugares eran insuficientes para satisfacer a aquellas masas ansiosas de beber y divertirse, a las puertas se colocaban cadenas y un par de grandulones que se encargaban de resguardar el orden.

Adentro, el espectáculo era en grande. En casi todos los cabarets se presentaban bailarinas y cantantes venidas de otros lugares, que hacían que los centros nocturnos se llenaran hasta el tope."Esos eran realmente espectáculos", dicen algunos, al recordar que entonces sí había mujeres que llegaban de las capitales del mundo hasta los escenarios de varios centros nocturnos que en ese tiempo existían.

Los cantineros —se dice— también eran otra cosa. Eran realmente profesionales, dedicados a su oficio, que hacían una obra de arte de cada bebida que preparaban y que inclusive llegaron a crear nuevos cocteles a los que bautizaron ellos mismos.

Esos viejos trabajadores de la barra platicaban que había cabarets en los cuales los registros se llenaban completamente de dinero y había que vaciarlos cada dos o tres horas, porque los dólares se salían de los cajones y las monedas se desbordaban.

Y si por las noches corrían ríos de licor y cerveza, también gastaban casi medio día en abastecer las hieleras de los cabarets más grandes y sobre las banquetas se formaban gigantescas pilas de botellas que habían sido vaciadas la noche anterior.

En las calles se veían mujeres realmente hermosas y toda la noche la avenida Juárez se convertía en una gigantesca pasarela iluminada, por donde ellas desfilaban, entre el ruido de la música que escapaba por las puertas de mil lugares.

De todo aquello —parte mito, parte realidad— quedan solamente recuerdos en la cabeza de la gente que hoy pasa del medio siglo. Queda también uno que otro edificio que aún conserva el nombre que tuvo en esos tiempos.

Cuarenta años han pasado y el ruido de la gente, el sonido de las orquestas, las luces de los escenarios y los focos de las marquesinas se pierden cada vez más a medida que transcurre el tiempo.

Poco o nada queda y las fotos de bailarinas que hoy adornan la entrada de algún cabaret, o el anuncio pomposo y falso del maestro de ceremonias que advierte la lejana procedencia de la estrella, o los actuales sacaborrachos, aburridos y mosquientos a las puertas de las cantinas, son solo un vago recuerdo, inmerso en la nostalgia, de la vida nocturna que un día tuvo esta frontera.

La 28

La construcción es viejísima. Sus paredes son anchas, de más de medio metro de espesor y hechas con adobe. Como las escuelas viejas, está pegada a la banqueta, desde donde se pueden ver las aulas gigantescas, altas, olorosas a madera y a gis.

El mobiliario es una buena muestra de los mesabancos que estuvieron de moda hace cuarenta o cincuenta años y los escritorios bien podrían estar en la sala de algún museo.

Pese a las buenas intenciones de muchos, la 28 —como la conoce todo el mundo— está casi en ruinas y lo más seguro es que por ahí, en alguna oficina ya haya sido condenada a muerte por algún genio de esos que abundan, amantes de las escuelas prefabricadas.

Aun en contra de eso, el edificio tiene cosas que lo hacen único. Tiene, por ejemplo, un angostísimo callejón en su parte posterior —no más de dos metros de ancho— que ha sido testigo y cómplice de amoríos y borracheras estudiantiles. En él también se han dirimido a golpes viejas rencillas y durante las épocas de exámenes se tapizaba de acordeones. Originalmente la construc-

ción fue destinada a escuela primaria, pero la carencia de edificios hizo que en ella funcionara un tiempo la escuela normal, luego una secundaria para trabajadores y después una prepa nocturna.

De todos sus estudiantes, han sido sin duda los de la prepa los que le han impreso un ambiente único.

Y es que la gente que ha estudiado ahí la prepa, lo ha hecho en condiciones muy especiales. Durante el invierno, los vidrios faltantes y las puertas artríticas que se niegan a cerrar, hacen que la temperatura en los gigantescos salones llegue a estar por debajo del cero. En verano, los calores ponen al punto de la deshidratación a maestros y alumnos. Evidentemente el presupuesto nunca ha alcanzado para calentadores o abanicos.

Por las noches, el ambiente se vuelve romántico, cuando los dos o tres foquitos de 100 watts cuelgan como luciérnagas sobre los galerones y hacen difícil tomar apuntes o, más aún, copiar al compañero de banco.

En uno de los salones, el más grande —y precisamente por eso bautizado hace años como el Malibú—, llegan a caber hasta noventa alumnos, que hacinados y contentos escuchan la voz del profesor, perdida en la inmensidad del aula.

Pese a sus carencias, la prepa está aún ahí. Y aunque ha habido intentos por cerrarla, sigue con sus puertas abiertas, esperando estudiantes que quieran tomar clases en el gigantesco Malibú, aunque tengan que tapar con papeles los huecos en las ventanas para que no entre la nieve. Porque la Prepa 28 es como Juárez: fea y sin atractivos físicos, pero en ella ha estado y está la gente que debe estar, la gente que sabe hacer las cosas a pesar de las adversidades.

Viejo barrio

Al norte lo limitan las chocolatosas aguas del Bravo y un malecón desértico; al sur la 16 de Septiembre; al oriente termina donde empiezan los bares y cabarets de la Mariscal; y por el poniente tiene como límite la colonia Altavista.



A diferencia de los barrios viejos y tradicionales de este país, Bellavista no tiene cines, parques o centros comerciales, ni mucho menos bibliotecas o teatros. Por el contrario, es un barrio olvidado.

Las razones de este olvido no se conocen, pero es posible que las buenas conciencias todavía no puedan olvidar que ahí durante mucho tiempo se movió el alcohol y otras cosas que sirvieron para amasar fortunas... o quizá sea porque han pensado que las grandes cantidades de dinero que han corrido por ahí, le han bastado al barrio para darse lo que le ha hecho falta. Por lo que sea, hoy lo que sobra son carencias.

Entre otras cosas, por ejemplo, carece de escuelas secundarias. Aunque estas han surgido por todas partes, en Bellavista no hay una sola, como tampoco hay una sola preparatoria, mientras primarias solamente tiene tres: la viejísima Benito Juárez, la Bellavista y la Francisco Zarco. Pese a que es prácticamente el barrio fundador de esta ciudad, sus jóvenes tienen que ir a otros barrios o colonias a estudiar.

Y mientras en otros fraccionamientos, que no pasan del lustro de vida, el pavimento penetra veloz y los camiones atrás de él, por las viejas calles de Bellavista corren los mismos camiones que hace 20 años y la única innovación en cuestión de transporte han sido las destartaladas camionetas de ruteo que ahora pasan por ahí.

Fuera de eso, sigue siendo el mismo barrio de siempre, con sus señoras que salen por las tardes a platicar a las banquetas, con sus perros persiguiendo carros, con sus parvadas de chamacos jugando en las calles, con sus puestos de sodas en cada esquina, con sus casas de adobe en las que se apilan las familias, con sus comales que por las noches arrojan tacos y enchiladas para el vecindario, con sus esquineros caguameando y con todo eso que siempre le ha dado su sabor tan propio.

Ya pasaron sus tiempos aquellos en que por ahí corrían muchos dólares de la droga, porque ahora el tráfico se ha movido de sitio; atrás quedaron también las clandestinas casas de citas; en el olvido se perdieron aquellos mulatitos hijos de negros y juarenses que inundaron sus calles; en el tiempo se han hundido también aquellas épocas de sus famosos delincuentes.

Hoy Bellavista solo es un viejo barrio, con mucha historia y con muchas necesidades, al que para colmo de males, ni su placita le respetan, porque cada genio que ponen en cualquier oficina pública le trasquila árboles y le tumba el quiosco.

Triste suerte de los viejos barrios.

Pura fama

De ella se hablaba hace muchos años como un verdadero río de perdición. Mucha gente que no la conocía, pero había oído de ella, agregaba algo a lo que se comentaba y así fue como se tejió la leyenda negra.

Es una calle que empieza en el río —se decía— y que atraviesa la ciudad de norte a sur. Está sembrada de cantinas y a lo largo de ella es posible comprar todos los placeres que puedan imaginarse.

Los que fabrican leyendas, gustaban de describirla como una calle sórdida, pese a su gran cantidad de anuncios luminosos, donde abundaban las cantinas y se podía tropezar a cada metro con los borrachos. De las puertas de las tabernas abiertas escapaba música y olor a alcohol, mientras por media calle circulaban mujeres de vestidos ajustados y andar provocativo, que llamaban a los hombres con guiños.

Y si abundaban mujeres, cantinas y borrachos, también existían los burdeles, donde se amasaban fortunas fabulosas y dejaban su vida beldades legendarias. Para complementar el cuadro, en los callejones, más sórdidos que la misma calle, se escondían vendedores de drogas, que ofrecían su producto sin recato.

Así, la famosa Mariscal corrió por muchos años en boca de la gente. De acuerdo a las descripciones infernales —o paradisíacas— que se hacían de la zona, no había mujer decente que se atreviera a pasar a menos de cien metros, sin correr el riesgo de ser estigmatizada de por vida.

Como consecuencia de eso, a las mujeres de la vida galante se les conoció como mujeres de la Mariscal, y con eso estaba ya dicho todo.

Pese a todo, la leyenda fue siempre eso, una leyenda. En ocasiones bastante inflada por las mentalidades capitalinas, que desde allá se persignaban ante las narraciones.

Hoy, la Mariscal pudiera decepcionar a los que buscan una sucursal de Sodoma; por las noches no se pasean en ella mujeres deslumbrantes, ni salen de sus cantinas estruendos de orquesta, ni corren las drogas por los callejones. Hay cantinas, es cierto, pero son de mala muerte, y las mujeres bellas no se ven ni en los almanaques de las tienditas del rumbo.

Lo que hay es una fila interminable de tabernas y cervecerías, intercaladas con una gran cantidad de fondas y loncherías. Hay también algunos burdeles de mala muerte, pero nada que responda a la leyenda que tanto tiempo corrió.

Más bien hoy abundan los borrachines de botellita de alcohol, los vendedores de cigarros, las cervecerías en donde venden caguamas a 450 pesos, los policías a la caza de víctimas. Y sobre todo, abunda la suciedad y el abandono.

Las mujeres bellas, la droga, la buena música, las noches de excesos, se han trasladado a otros lados, más modernos, con mejor fachada, más discretos.

La Mariscal se ha quedado sola y ya es una calle tristona, sucia, con mucha basura... y con mucha fama.

La desobediente

La leyenda es vieja, muy vieja.

Cierta noche, una muchacha de bello rostro y bien proporcionado cuerpo, como suelen serlo todas las juarenses, se aprestaba a salir a bailar. A su lado, la madre le hacía las recomendaciones que acostumbran hacer todas las madres.

Le preguntó mil cosas y le hizo otras tantas advertencias, hasta que a fin de cuentas concluyó que lo mejor era que no fuera a ese baile y así se lo dijo terminantemente. De la orden la madre pasó a la súplica, pero nada hizo cambiar de idea a la adolescente que, empecinada, le dijo que habría de ir con su consentimiento o sin él, por las buenas o por las malas.

Y lo hizo. Ignorando regaños, gritos y demás, la chica emprendió el camino a donde la esperaba el arrogante y bien vestido galán.

Tomados de la mano, la pareja emprendió el camino —nunca se aclara si a pie, en taxi o en *rutera*— y allá al filo de la medianoche llegaron al famoso Carrousel, donde *Fili* Muñoz y sus Caballeros Victoria animaban el ambiente de esa noche veraniega.

En unos pocos minutos, la pareja causó sensación entre la concurrencia, haciendo gala de buen bailar y contagiando a los demás de una alegría desbordante.

Aún dentro de su alegría y embriaguez, la curiosa mujer se dio cuenta de que los dos pies de su acompañante no eran exactamente iguales, porque uno era de cabra y el otro era de ave. Pero no tuvo tiempo de preguntar al galán el porqué de tal excentricidad, porque en esos momentos se apagó la luz, se oyó un estruendo, calló la orquesta, la gente gritó desconcertada y el pánico se generalizó.

Repentinamente, de la misma forma en que se había ido, regresó la luz y la turba, que ya iba rumbo a las puertas, vio en el centro de la pista el cuerpo de la muchacha, tirado y sangrante.

Cuando al fin pudieron reanimarla, estaba paralizada de terror, con la cara arañada y con moretones en todo el cuerpo. En el ambiente se respiraba un fuerte olor a azufre, que todo mundo asoció con lo único que podía asociar.

De eso hace muchos años, aunque nadie puede precisar cuántos, y a la fecha la historia sirve para varias cosas: una, para darle publicidad al lugar que ahora ocupa el edificio del viejo Carrousel; otra, para causar la risa de cientos de jovencitas que caminan por la Juárez a las tres de la mañana, entrando de una discoteca a otra.

Aunque algunas madres preocuponas todavía recurren a la historia que en un tiempo causó temor y, cuando las hijas van saliendo de casa, les dicen en la puerta, como queriendo asustarlas:

—Acuérdate del diablo del Carrusel.

—Pos que me salga —contestan con una carcajada incrédula—.

Pero por las dudas, cuando se encuentran al novio se fijan en sus pies.

Fronterizas

Son grandotas y corpulentas en muchos casos, pero no es la regla general, porque también las hay chaparritas y menudas.

Son de hablar fuerte y cuando se dirigen a alguien acostumbran verlo directamente a los ojos.

Tienen un marcado acento, es cierto; un ritmo que a veces parece volverse monótono y que le da cadencia a su hablar, pero no es un acento condescendiente, suplicante o meloso; es más bien demandante, como con ganas de decir claramente las cosas.

Usan con mucha frecuencia el "¿verdad?" y acompañan sus palabras con gestos y con ademanes fuertes.

En los camiones o en las ruteras, por ejemplo, no se escucha la plática gritona de las costas, ni el hablar chillón de otros lugares, más bien se siente un murmullo sordo y medio seco, producido por voces cortantes, que solo se levantan cuando es necesario.

Cuando alguna mujer juarense reclama al chofer de un camión, lo hace cara a cara, con la seguridad que da el pedir algo justo. Y lo mismo hace la priista que grita convencida, o la panista que demanda cualquier cosa frente a la plaza de armas, o la activista que levanta su puño en un miércoles lleno de sol.

Cuando jóvenes, son impetuosas y sinceras y acostumbran decir lo que se les ocurre, aunque eso les haya valido famas injustas, porque no son muy afectas a las formalidades y a los encubrimientos de otros lugares.

Cuando señoras, son tranquilas y mesuradas. Su voz se vuelve reposada y solo en raras ocasiones gritan, aunque saben marcar claramente las palabras y decir justamente lo que quieren.

En su madurez, sus palabras encierran la sabiduría del norteño y la templanza de los que han vencido al desierto. Saben dar consejos y pueden ofrecer enseñanzas, aunque no haya tradiciones milenarias que las respalden, porque la vida por estas tierras tiene todavía una historia corta.

No son débiles ni lloronas y la fragilidad asignada a la mujer parece estar ausente en ellas, quizá porque el clima y la aridez no les han dado oportunidad de exhibir flaquezas.

No obstante su aparente dureza, tienen una gran sensibilidad y un fuerte amor por su tierra y por los suyos, que saben demostrar cuando hace falta.

Así son las juarenses por nacimiento y por adopción: resistentes, dulces, cariñosas, con la voz fuerte, sin el doblez en la palabra, con la entereza en el rostro, la piel curtida, la mirada levantada, la dulzura a flor de piel; con unas manos gigantescas listas para el trabajo, la cara al sol y los pies bien plantados en este su desierto.

Viejas, jóvenes, niñas o maduras, ya sean nacidas aquí o llegadas para quedarse, están cortadas por la misma tijera: con la voz fuerte, la mano generosa y el alma templada por el sol y por la nieve.

Chaparrita y pretenciosa

Esta ciudad no ha tenido necesidad de crecer hacia arriba y se conserva así, chaparrita, muy pegada al suelo. Y como no hay en ella edificios gigantescos, ni torres, los negocios se amontonan unos al lado de otros, sin que por ello dejen a un lado sus aspiraciones cosmopolitas.

Porque si las grandes ciudades se precian de tener todo tipo de mercancías y servicios, esta frontera no se queda atrás.

Por la 16 de Septiembre, por ejemplo, hay una manzana en la que conviven abogados y panaderos, burreros y modistos.

Empezando en el callejoncito de la Justo Sierra, está un negocio sobrio, con un anuncio que dice: "Reparación de Máquinas de Oficina". Enseguida, está algo más pretencioso, una óptica que se anuncia ni más ni menos como "Óptica Universal".

Luego, algo más mundano: los "Estilistas Bocaccio", que ofrecen cortes a la moda. Pegados a los modernos peluqueros, están los "Pintores Tony", que lo mismo pintan atrevidas siluetas que tricolores emblemas. Al lado del multicolor local de los artistas de la brocha, está ni más ni menos que una "desponchadora", con un interior color llanta.

Más hacia el oriente, al lado de los "desponchadores", los "Burritos El Compa", donde mañana, tarde y noche, unos jóvenes hacen incansablemente tortillas de harina. A un lado de los burreros, una joyería y relojería pequeña, con un especial nombre: "El Cerón".

Al lado de "El Cerón", una papelería y mercería sin nombre, que tiene a su derecha unos retratistas que ofrecen arte publicitario y comercial. Enseguida, una viejísima tienda de abarrotes: "La Mil". Luego, con uno de los aparadores más grandes de toda la manzana, está "El Ensueño", que ofrece equipos para novia y a manera de botón de muestra enseña tres modelos. Para no desentonar con la ensoñadora negociación, unos sastres se anuncian al lado con el nombre de "Sastrería Majestic". Al poniente de los majestuosos, un insólito lote baldío que permite asomarse al canal que pasa por atrás.

Después del terreno, y para continuar con la línea de la elegancia, está el "Chalet Mr. Tuxedo", que ofrece elegantes trajes en renta para bodas y quinceañeras. Luego, otra óptica, pero esta no es universal, sino "Científica" y como tal se anuncia. Al lado de los *científicos*, una oficina que dice simplemente "Voz Activa" y en la que se supone que ha de despachar un abogado o algo parecido. Luego, así como para santificar el lugar, una "Librería Cristiana", pulcra y ordenada. Remata la esquina una panadería que alguna vez tuvo mejores tiempos.

Así, en tan solo una cuadra, el paseante puede satisfacer su hambre, corregir su miopía, dulcificar su espíritu, arreglar sus líos con la justicia, reparar su Olivetti, "desponchar" su auto, hacerse un retrato al óleo o embellecerse.

Todo en una sola manzana, chaparrita y pretenciosa.

Réquiem por el adobe

Son algo así como un estilo forzado, como la expresión de la única alternativa posible, como el retrato fiel de las abundancias y las carencias.

Tienen unos muros gruesos, exageradamente gruesos: 60, 80 o 90 centímetros de adobe, pegados cuidadosamente con lodo y lo bastante fuertes como para sostener unas grandes vigas y un techo de madera, que a su vez soporta espesas plastas de tierra.

Los pasillos —siempre los hay— son anchos y largos, porque por ellos corren libremente los vientos en el verano y sirven de comunicación para ese calor generoso que mitiga los fríos invernales.

Son altas, porque así lo aconsejaba el saber popular y los viejos constructores —empíricos siempre— que no ignoraban que el calor se va para arriba y que entre más chaparra sea una casa, más calurosa se vuelve.

Como el material no escaseaba ni el terreno era tan caro en los tiempos en que fueron construidas, se hacían grandes, suficientes para que los acalorados se sintieran a sus anchas, sin estrecheces ni promiscuidades.

De aquel viejo estilo, hoy en desuso, varios ejemplos que quedan en pie por toda la ciudad muestran, detrás de su aparente modestia, una distribución que no refleja las estrecheces de estos tiempos: a la entrada, un pasillo largo y ventilado que se extiende hasta la cocina o el patio; a los lados, la sala y las recámaras, espaciosas y llenas de luz, con altos techos y ventanas generosas; la cocina —inconcebible a estas alturas— invariablemente grande, llena de gabinetes y trebejos, con una amplitud como para albergar a la familia entera en los días especiales; los patios, terregosos y olvidados, con tantos metros cuadrados como para convertirse en un pequeño basurero, en el que todavía hay cabida para el viejo árbol del que cuelga la llanta que hace las veces de columpio.

Casas propias de una época, sin duda, que como todas las cosas, tuvieron que cambiar con los años, porque al transcurrir el tiempo, muchos renegaron del adobe y los techos de tierra, emigrando hacia el oriente, atraídos por el señuelo del concreto y el aluminio; otros optaron por casas nuevas y minúsculas que

empezaron a brotar por todas partes y que se pusieron al alcance de muchos presupuestos.

Por lo que fuera, las viejas casas fueron descontinuadas, quizá porque los nuevos estilos marcaban vidrio y cartón, o también porque bancos e ingenieros empezaron su rabiosa discriminación contra todo lo que estuviera hecho de adobe.

Hoy, ya no se reproducen y aunque quedan bastantes de ellas, su extinción se ha iniciado, porque no hay día que no se vea por ahí, en la Hidalgo, la Margaritas o en pleno centro, a una cuadrilla de trabajadores, pico en mano, demoliendo una construcción de esas.

En el proceso —largo y cansado—, cuando ya han arrancado los techos y descubierto intimidades, pueden verse los pasillos anchos y las cocinas descomunales que tan generosamente cobijaron a otras generaciones; también pueden verse las viejas capas de pintura o de papel tapiz aferrándose tercamente a los adobes; o los pisos de madera, irregulares y torcidos, pero arraigados neciamente a su suelo.

Todo, cayendo lentamente, hasta formar solo un montón de tierra que luego será movido para dejar el lugar en el que habrán de levantarse casitas de concreto que ocupen poco espacio, que cobijen menos, que se caigan más pronto... y que no tengan ese calor generoso y esa frescura benévola del adobe.

Sin maquillaje

Si se la recorre durante las primeras horas de la mañana, la vista que ofrece es diferente. Se diría que es otra y que es el único momento en que está dormida, o al menos invadida por cierta quietud.

Sus ruidos, sus polvos, su gente, están ausentes, guardados en alguna parte por algún momento. Solo se ven sus calles chuecas, grises, con basura y uno que otro perro desmañanado.

A esas horas, es como una mujer sin maquillaje, con sus facciones al desnudo, pero aun así tiene su encanto.

En esa quietud, por ejemplo, es más fácil apreciar el señorío del adobe, la democrática uniformidad de las casas pegadas a la banqueta, con sus gruesos muros y sus puertas de tela de alambre. Se ven parejitas, una detrás de otra, con sus bolsas de basura a la

puerta, esperando que un perro las despanzurre o que un camión se las lleve.

Sus esquinas, centro de reunión nocturna en los barrios, están desiertas, sin sus vagos de rigor y únicamente quedan en ella los botes o las botellas discretamente arrojados al pie del poste.

Los centros comerciales se ven como cascarones porque no tienen los miles de carros estacionados enfrente, complemento obligado del paisaje, ni entran ni salen gentes por sus puertas.

Las calles, solitarias, con sus semáforos trabajando demencialmente sin descanso, regalan un silencio que muy pocos pueden apreciar.

A esas horas, con esa tranquilidad, se pueden recorrer lugares que también están dormidos e indefensos.

La vieja Presidencia Municipal, con sus muchos parches y sus añadidos, con su basura alrededor y con su deteriorada fachada, no es ni más ni menos fea que como se le ha visto siempre. A su lado, el mercado Cuauhtémoc, desnudo y tan de mañana, tiene otra cara, porque pocas veces hay oportunidad de verle sus escalones o sus puertas cerradas.

La plaza, tan pisada y ensuciada en el día, también tiene otro gesto; con sus barandales aplastados por automovilistas imprudentes y su fuente fallida, es como un corazón que toma su descanso, como un refugio que respira.

La nueva Presidencia Municipal es otra cosa. Sobre el pavimento de su explanada, parece que se escuchan los ecos de las pasadas glorias, los furores de hace unas semanas, cuando las masas se dirigieron, disciplinadas y decididas, a bloquear los puentes, a pesar de perros y de cascos.

En las calles, tan desiertas, nada parece dejar ver que hubo días recientes en los que fueron transitadas una y mil veces por autos llenos de fervor partidario que producían ruidos interminables y consumían gasolina sin descanso.

Nadie tampoco, podrá imaginar a esas horas, cuando la ciudad luce tan quieta, los mil escándalos que ha conocido. Será difícil pensar que sobre esas calles alguna vez transitaron miles de braceros hacia el norte; que por ellas corrieron dólares a pasto; que por ellas caminó la tropa que vigiló hace poco esta ciudad; que hace unos días fueron recorridas insaciablemente por miles de ciudadanos ilusionados; que sobre ellas se han hecho fortunas

de la noche a la mañana; que ahí, todos los días, miles y miles hacen su vida.

Pero a esa hora, tan temprano, es otra cosa. La ciudad tiene cierto aire de inocencia, de tranquilidad. Es solamente un conjunto de casas y edificios medio feos, pero con un atractivo indescifrable.

Aun cuando a esa hora esté medio dormida y sin maquillaje.

Digitales

Cuando empezaron a venderse aquellos aparatos que cambiaban automáticamente los discos, todo el mundo quería tener uno. Con ellos, ya no era necesario poner una por una las tortillas negras, porque un ingenioso mecanismo las hacía bajar cuando la aguja llegaba al final. Las lavadoras automáticas también fueron la locura: ya no había que sacar todo el garrero mojado y exprimirlo en los rodillos. Ya las máquinas eran capaces de hacer todo solas y dejar la ropa lista para el tendedero o la secadora.

Luego, con la locura de los estereofónicos, las grabadoras de video, las contestadoras y los aparatitos de control remoto, la gente se dio gusto adquiriendo artículos que no sabía cómo usar. Las primeras reproductoras de video eran sencillas, pero luego vinieron las que podían programarse para grabar algo que pasara tres semanas después.

La gente se fue llenando de aparatos, controles con botones, instructivos y alambres. Cada nuevo objeto que salía al mercado ofrecía ventajas sobre los anteriores y los manuales se volvieron cada vez más gruesos.

Hoy, las televisiones vienen con una pequeña enciclopedia como instructivo y lo mismo pasa con los hornos de microondas. Los simples abanicos de techo traen su control remoto y los relojes pueden ser capaces hasta de apagar la televisión. El fax funciona como copiadora, impresora, contestadora e identificadora de llamadas y poco falta para que la aspiradora revise automáticamente el correo electrónico y se coma lo que considere basura.

En la fiebre de las novedades. Los jóvenes están al tanto de todas las gracias que hacen los teléfonos celulares. Unos son digitales y otro no. Otros tienen 99 memorias y algunos unas cuantas

más. Los hay que reciben mensajes escritos y en algunos casos es posible conectarse a internet. Operar completamente uno de estos aparatitos puede ser tan complicado como manejar un helicóptero, porque hay que oprimir cientos de veces las teclas en secuencias que no admiten error. Es posible lograr que el teléfono no timbre sino vibre y que pase la llamada a otro que se encuentre muy lejos. Si está de ocioso, el dueño se puede poner a jugar por largas horas. Y si va manejando, puede conectarse los audífonos que le permitirán contestar automáticamente una llamada y hablar sin ocupar las manos.

Por eso, cuando sale un nuevo modelo de celular, los jóvenes hablan de él maravillados y todos quieren que su aparato sea digital y con quinientas funciones más. Aunque la verdad es que, como con las planchas, las licuadoras, las cámaras de video y muchas cosas más, la gente solo usa las funciones básicas. Y en el caso de los celulares, nadie se pone a estudiar por días enteros el manual. A lo más que llegan es a colgárselo del cinto y a decir "Bueno" cuando suena.

Para eso sirven todas sus funciones y para eso los compra la gente. Por eso nadie lee los manuales y a los dos días se les olvida que es digital y que hace ochocientas monerías más.

La misma vieja historia.

No eran brujas

Exactamente pegado al puente de la Juárez hay un viejo bar, grande, de tres pisos, de puerta y ventanas pequeñas, con una barra larguísima, al cual no entran cholos, ni tampoco muchos clientes, pero que, como mucho lugares de la zona, tiene una interesante historia.

En los buenos años de esa calle, antes de la Segunda Guerra, cuando los gringos sí venían a gastar, cuando la zona tenía verdaderos atractivos, la gente se amontonaba para entrar a ella. Y es que esa cantina tenía un atractivo único: del barandal del balcón colgaba un columpio. Claro, el artefacto no estaba destinado a los clientes, ni a los hijos de los clientes, como sucede ahora en las hamburgueserías, en las que hay un lugar destinado a entretener a los diablillos.

No, ese columpio debió haber tenido un asiento muy suave, muy acojinado, porque en él se sentaban, y se mecían, una docena de mujeres de belleza exuberante y escasas ropas.

Y mientras los clientes bebían, los ojos iban y venían al compás del movimiento de aquellas mujeres que volaban y no eran precisamente brujas.

Aquellos tiempos ya se fueron.

Y las muchachas que flotaban sobre las cabezas de los alegres parroquianos, deben ser tatarabuelas, si es que todavía están en este mundo, pero el lugar conserva en sus paredes los recuerdos de aquellos ayeres.

Si se pone atención, cuando la música calla, las risotadas se apagan y las bolas de billar dejan de chocar, todavía se puede escuchar un rechinido.

Posiblemente esta noche las muchachas reaparezcan arriba de sus columpios, para enseñar lo que Juárez fue.

El mismo

Otra vez dispararán las cámaras desde las sillas hasta el escenario, en el momento justo en que la niña de las trenzas sonría o cuando el pequeño de los grandes bigotes de estambre se acomode el paliacate para empezar el baile.

Como en el siglo pasado, durante todos los largos años de los 1900, así también en este nuevo milenio las mamás irán a las fiestas escolares a ver los mismos bailes, a oír los mismos poemas, a oler los mismos aromas a ropa nueva y a escuchar la misma música que escapará de las bocinas del salón de actos o del salón de fiestas en donde niñas y niños bailarán lo de siempre.

Las mamás jóvenes, las que no sabían, aprenderán a maquillar a las niñas y a ponerles las trenzas de estambre. También aprenderán a poner bigotes y patillas y a acomodar los sombreros de paja. Porque este 10 de mayo del nuevo milenio, los festejos de la madre serán exactamente como lo fueron durante el siglo pasado. Quizá el jarabe tapatío se toque en un aparato digital y el disco sea compacto. Ya no se oirá el disco de acetato rayado, ni saldrá la

música de aquellas viejas cornetas de lámina, pero el baile será el mismo, igual que los pasos y las equivocaciones.

No habrá esta vez esas cámaras de grandes focos que se usaban una sola vez porque se fundían y quedaban achicharrados. Tampoco se verán aquellas cámaras de cine de 8 milímetros, ni las estorbosas grabadoras de video que pesaban varios kilogramos y necesitaban unas lamparotas como de alumbrado público.

Esta vez, muchos festivales serán con potentes estereofónicos de disco compacto. Los maestros de ceremonias usarán micrófonos inalámbricos y las mamás llevarán pequeñas cámaras de video de esas que graban en disco o posiblemente una camarita digital de las que no usan rollo y pueden pasar la imagen directamente a la computadora.

En este siglo XXI, de turistas en el espacio y de animales clonados, de celulares minúsculos y de películas en disco, los festivales del 10 de mayo serán los mismos: con niños bigotones, chinas poblanas, bohemios de noble corazón, maestras de ceremonias de peinados tiesos, declamadoras de ademanes exagerados, la Bamba y Jesusita en Chihuahua.

Los niños de los festivales de este 2001 se equivocarán como se equivocaron en el siglo pasado sus papás y sus abuelos, porque hay cosas que no cambian y un bailable en el patio de la escuela tiene el mismo sabor que tuvo dos o tres generaciones antes. En aparatos digitales o en viejos tocadiscos, Las Mañanitas seguirán siendo las mismas y el Día de las Madres también.

Niños en el 10

Día de niñas con trenzas multicolores y largos vestidos, de flores, regalos, bailables y tarjetas. Ocasión para ir a los restaurantes y llevar a mamás, abuelitas y tías. Fecha de carreras en las tiendas y de empleadas hartas de envolver regalos y pegar moños.

Día de las mamás y también de esos niños a los que parecen soltar las ataduras en los lugares públicos. En los restaurantes, a un lado de las festejadas, corrían incontrolables, sin freno ni límite; sin voz que los metiera al orden, iban y venían por todo el lugar. Se metían debajo de las mesas, jalaban el mantel, rompían los saleros.

En todos los lugares a donde se va a comer, la escena se repite año tras año: diablillos y diablillas pegan la carrera por medio pasillo y casi tumban a un mesero que lleva una charola copeteada de platos. Le pisan el callo a la abuelita, que aguanta con la resignación que impone el día, y le rasgan la media a la tía que también finge demencia, aunque masque algunas maldiciones en silencio.

Si el restaurante tiene juegos para niños, a veces la cosa se pone mal porque el pequeño infierno se sale de los resbaladeros y se prolonga por todos los pasillos. Los angelitos corren de lado a lado, entre gritos que erizan la cabellera gris de las abuelitas. Los pequeñitos, desde luego, desconocen que es el día de las mamás y tampoco hay quien se los recuerde. Para colmo, las madres no quieren meterse en problemas ni en regaños en esa fecha y aquello se convierte en el caos total.

En 10 de mayo los restaurantes se llenan como nunca. Sobre las mesas hay flores, en los pechos de las señoras también hay arreglos florales y a veces hay conjuntos o mariachis. Los meseros van y vienen con las charolas repletas, mientras el capitán no sabe qué hacer con las 450 madrecitas que hacen fila en la banqueta para agarrar un lugar en ese sitio en donde se oyen lo mismo Las Mañanitas que el tronar de la azucarera arrojada al suelo por uno de los muchos diablillos que rondan por el lugar.

Sin freno ni ley, sin nadie que les diga un "¡no!", los plebes brincotean y deshacen callos. A veces, las mamás sueltan un gritillo que trata de controlarlos y que nadie escucha: "¡Estate, Ana Karen!", "¡Ven acá, Jeniffer!", "¡Te estoy hablando, Brian!". Desde luego que los diablillos están sordos o hacen como que la Virgen les habla, porque la fiesta continúa.

Así son las comidas del 10 de mayo, así son las mamás y los niños en este siglo XXI.

Perfume de español

Desde que daba los últimos pasos en la escalera se oían los taconazos. No eran escandalosos ni molestos, pero sí advertían de su cercanía. Era el momento de sentarse, de acomodar los pupitres, si es que alguno estaba fuera de su lugar, de borrar los monos o

los rayones que hubiera sobre el pizarrón. El salón se sumía en el silencio y su piso de madera también parecía esperar el inicio de la clase. No era mucha la distancia entre la escalera y el salón. Solamente veinte o treinta metros, que equivalían a cuarenta o sesenta pasos, firmes y bien marcados.

Junto con el sonido de los tacones llegaba el perfume, el aroma tenue que siempre la acompañaba y que llenaba el aula cuando hablaba de los sinónimos, los antónimos y los muchos laberintos del español. Traía siempre todos sus cuadernos en orden. La lista de sus alumnos era un monumento a la ortografía y a la caligrafía. A la izquierda estaban los nombres completos con todo y apellidos; a la derecha, los puntos bien redondos de las asistencias y las rayas bien dibujadas de las faltas. Todo con tinta de un solo color, sin manchas, suciedades y arrugas.

Con esa misma pulcritud debían conservar los estudiantes sus cuadernos. Debían ser de pastas duras, forrados, escritos con tinta y sin faltas de ortografía. Nada de monos o monas, tintas de colores escandalosos y mucho menos escritura con lápiz.

Los apuntes se tomaban a diario. Se les ponía arriba la fecha y con letra muy clara se escribía todo lo que la maestra dictaba. También iban ahí los cuestionarios y los resúmenes previos a los exámenes. Era un cuaderno por materia y no se permitían la mezcla de apuntes ni de hojas. Nada de carpetas de argollas, porque había que aprender a llevar todo en orden y sin error.

Cuando pasaba lista, pronunciaba perfectamente los nombres y con frecuencia hacía alusión a la ortografía de ellos. Era una policía o una fiscal del idioma y no permitía que se confundiera asar con azar y mucho menos con azahar. Siempre tenía en la boca ejemplos abundantes y explicaba con claridad los misterios del subjuntivo y los peligros del gerundio.

Era maestra de corazón, guerrera del idioma, policía de la palabra. Enamorada de la buena letra y amiga de los acentos.

Era profesora de los pies a la cabeza. Y su perfume tenía el aroma del español bien hablado.

Enseñó allá por la segunda mitad del siglo pasado en la vieja Secundaria del Parque, pero muchas como ella han sembrado la letra en las escuelas de este México al que las nuevas generaciones ya casi le quitan el acento.

Cantinas

Es lo mismo, pero con algunos cambios.

En las tiendas de música o en los supermercados, hay exhibidores en donde se muestran las últimas grabaciones de los grupos de moda. Ahí están las cajitas donde a su vez aparecen todas las canciones, para que los posibles compradores escojan la que quieren escuchar.

Hay audífonos y un control por medio de botones. Lo demás es tan viejo como los discos: la gente llega, se coloca los artefactos en las orejas, pone la vista en blanco y a veces hasta baila. Algunos muchachos y muchachas muestran una cara como de idos, como desconectados de este mundo, y solamente mueven un poco los brazos o a veces despegan los pies del piso como si intentaran bailar.

Ahí se pasan buen rato, en un entretenimiento solitario, porque no hablan con nadie ni comentan la música. Y cuando van en grupitos, cada muchacho agarra sus audífonos y su propia frecuencia, como si el mundo no existiera.

Después de eso, pueden comprar el disco, de la misma manera en que sucedía hace muchos años, cuando no existían los compactos y lo que se vendían eran unas grandes tortillas negras, de 33 o 45 revoluciones por minuto.

En esos años, los jóvenes iban a las discotecas a escuchar lo que pretendían comprar, pero como no estaba todo tan automatizado, primero tenían que solicitárselo a un empleado, el que abría cuidadosamente el disco y luego lo colocaba en un plato giratorio, para después ponerle encima el brazo con la aguja, que era el que hacía posible la reproducción del sonido. Todo esto se hacía no con audífonos, sino en una pequeña cabina en donde podían introducirse una o dos personas, por lo que el gusto de oír canciones nuevas no era algo tan solitario. A veces se metían dos amigas o una parejita a escuchar unos cuantos minutos, porque la empleada no podía estarse toda la tarde con una sola persona.

Por eso, la costumbre de oír discos en las tiendas es tan vieja como ver novelas en la tele o como dedicar canciones en la radio. La única diferencia es que ahora los equipos son digitales y todo se controla por botones. Ya no se oye el shshshshshshshshshsh

que producían las viejas agujas sobre el acetato negro, ni hay que meterse en cabinitas de madera y vidrio. Pero las caras que ponen algunos son las mismas y la emoción de llevarse un disco nuevo a casa tampoco es distinta.

Es lo mismo, pero cambiado un poquito por los tiempos.

Ex-Hipódromo 2

Como muchas otras historias, esta también se perdió y ahora para muchos puede resultar inexplicable el nombre. La Ex-Hipódromo le dicen y de ella se sabe, entre otras cosas, que hubo un tiempo en que se inundaba frecuentemente y que estaba más o menos cerca de la Melchor Ocampo. Durante algunos años, de ella se podía decir que estaba más o menos al sur, cuando la ciudad aún no se había extendido. Por ahí cerca estaba la cervecería y también corrían las vías sobre las que corrían los trenes que iban y venían al sur.

Lo que pocos tienen fresco en la memoria, porque muchos de los que lo vieron ya no están en esta tierra, es que en esos terrenos estuvo un hipódromo, que funcionó a principios del siglo XX y a donde se esperaba llegaran caballos y espectadores de todo el mundo.

Fue construido en los tiempos en que los güeros venían a Juárez, en los años en que esta era zona que atraía a viajeros y a consumidores de diversión. Por eso, porque a estas tierras iba y venía gente de todas partes, fue que los constructores pensaron que sería negocio. Pero no lo fue. Pese a sus grandes instalaciones, que todavía se aprecian en muchas fotos que circulan por ahí, fue desairado por los posibles clientes y, para colmo, se vinieron luego los años de la revolución que asustaron a los visitantes y disiparon las esperanzas de que las carreras de caballos fueran el gran atractivo del viejo Paso del Norte.

Tan mal le fue al hipódromo, que las fuerzas revolucionarias hasta un cañonazo le aventaron a una de sus torres y el agujero se quedó ahí por muchos años, como posando para las muchas fotos que le tomaron en esas condiciones.

Como no funcionó, primero lo cerraron y muchos años después lo tumbaron, pero como herencia le dejó su nombre al lugar y de ahí surgió la colonia Ex-Hipódromo, a la que seguramente pronto habrá que agregarle el número 1, porque por allá por el nororiente de la ciudad, también hubo otro hipódromo que cerró por razones similares, aunque a este no le dieron de cañonazos ni pasaron frente a él los villistas a caballo.

Nomás para que la cuenta no se pierda, hay que anotar que en la ciudad hubo dos hipódromos que si se situaran en el tiempo, uno estaría al principio y otro al final del siglo. Y si se quisiera continuar con la tradición, ya debería haber una colonia Ex-Hipódromo 2.

Adelitas

Cabello perfectamente peinado, rostro serio, botas negras impecables, mirada al frente, paso marcial que sigue las órdenes de una voz femenina pero enérgica. Al lado de ellas seis, la banda de guerra integrada por adolescentes de pelo corto y movimientos cronometrados. No hay errores en ellos ni en ellas. La banda toca y la bandera pasea por el centro de la escuela para que los alumnos la saluden en esa mañana de noviembre. Al finalizar los honores, una de las jóvenes enreda el lienzo. Para hacerlo, recarga el asta en su hombro y procede con movimientos marciales. Para finalizar,



lo cubre con una funda y la abanderada vuelve a enderezar el asta, para salir con los redobles de tambores.

Son las vísperas del 20 de noviembre. En el patio del Colegio de Bachilleres 5 huele a festejo patrio y a comida mexicana bien hecha que reposa sobre la lumbre. Después viene un bailable norteño, con muchas vueltas y taconazos. Y mientras se escuchan los últimos acordes, muchachas y muchachos le dan los últimos toques a la decoración de sus puestos. Hay papel de china por todas partes, también banderas y cadenas tricolores de papel crepé. Adelitas y bigotones de sombrero zapatista van y vienen acomodando ollas y comales. Por allá por un rincón se preparan los chiles en nogada y en el otro extremo amasan para preparar los sopes.

Comida bien hecha y de todos los rincones del país. También hay pambazos, bien revolcados en chile y con todo lo que Dios manda. Arroz con leche, atoles, chocolate caliente, aguas frescas, flautas, gorditas, chilaquiles, arroz de varias formas, guacamoles, salsas y un pozole blanco de esos que solamente se hacen por allá por Jalisco.

Adelitas van, adelitas vienen, con platos en la mano. La comida es gratis y todos los jóvenes comen hasta donde la elasticidad del estómago lo permite. Viene el 20 de noviembre y estos son días patrios, de sombrero, rebozo y papel tricolor.

También por ahí pasean los muchachos de la banda de guerra y los jóvenes de la escolta. Es una mañana de noviembre muy mexicana, en un Colegio de Bachilleres que rescata a México, que se aferra a sus costumbres, que le da vida y color a las tradiciones.

Porque en noviembre, con el cielo nublado y con el viento frío, nada como un atole y un tamal servidos por una Adelita de llamativo rebozo, flanqueada por dos zapatistas de bigote y patilla.

Millones

Hay millones de calorías. En cada uno de los rincones del lugar se esconden centenares de miles de ellas. Son de todos colores y sabores, de distintas texturas y de variados aromas. Es un verdadero arsenal, un sitio que no fue hecho para los que tienen la obsesión de contarlas, porque ahí no hay nada *light*.

El chocolate, las cremas, las mermeladas, los barquillos, las cerezas, todo tiene miles y miles de esas unidades que le están prohibidas a los que quieren conservar la línea. Además, los sabores están como para tentar a cualquiera: hay de queso, de cajeta, de chocolate, de vainilla. Y en todas esas peligrosas combinaciones que se acostumbran en las neverías: con plátano, con fruta, con galletas, con chocolate, sencillos, dobles, triples, en copa, en plato, en lo que se quiera.

Es invierno y el lugar no está como en los meses de julio y agosto, pero los clientes siguen llegando. Con un suéter o una chamarra, con los ojos clavados en las vitrinas en donde se exhiben los millones y millones de calorías. A diferencia de otros lugares, aquí nadie puede andarse por las ramas y además no hay quien lo intente. Por la puerta de vidrio entra una gordis de mejillas encendidas y sonrisa feliz. Sin culpa ni remordimientos, se para frente a la cartelera luminosa en donde se anuncian todos los pecados y pasea la mirada por todas las fotografías. Se decide por un *banana split*. Recipiente alargado, con un plátano gigantesco partido a la mitad, con dos bolas inmensas de nieve y mermelada encima. A un lado de ella, una flaquita se enfrenta con una copa de dimensiones descomunales que, poco a poco, empieza a reducirse hasta quedar convertida en nada.

Para los que quieren algo menos pesado, y para tranquilizarse un poco la conciencia, hay nieve de agua, que por lo menos no tiene leche. Y también de yogur, que aunque es leche, da la impresión de no serlo y, dicen algunos, es más sano y nutritivo.

A los niños, desde luego, los tiene sin cuidado el asunto de los millones de calorías. Se dejan ir por la vista y por sus impulsos. Un güero de escasos tres años se pelea con un barquillo doble y una morena no mayor que él le echa ojos a la de chocolate y amenaza con comerse un *banana split*. Inteligente, la mamá pide uno sencillo pero, como siempre sucede, le ayuda a los hijos a terminarse el suyo. Solamente para no desperdiciar, para que nada se quede. Porque a esos lugares los adultos van como para complacer a los niños pero, a juzgar por lo que comen, los hijos o los nietos son solamente un pretexto.

Porque las neverías son lugares de adultos, donde lo único que se prohíbe es contar las calorías.

Anticuados

Créase o no, hubo tiempos en los que los hijos hablaban de usted a los padres y se dirigían con respeto a los adultos. En pueblos y barrios, independientemente de su condición económica, los señores y las señoras de edad eran siempre Don y Doña y a ellos los pequeños y los jóvenes se dirigían con respeto, marcando una distancia impuesta por la edad.

Nunca, jamás, la gente pequeña podía referirse a los adultos por su simple nombre. Aun la señora que vendía muéganos en la esquina era Doña Lola o el señor que traía la leña era Don Cuco. En las reuniones familiares, uno era el mundo de los adultos y otro el de los niños. Las copitas, los cigarros y las pláticas sobre intimidades estaban reservadas a los mayores de edad y en ellas no tenían cabida los que todavía no eran considerados maduros. "Son pláticas de mayores", decían las señoras, y eso bastaba para que los que no lo eran se retiraran prudentemente del sitio.

Impensable era que los niños hablaran de tú a los adultos o que se abstuvieran de saludarlos, aunque no los conocieran. En la casa, en la calle, los pequeños estaban obligados a decir un buenos días o un buenas noches a los adultos con los que se toparan, y hasta ahí. Nada de confiancitas ni de hablar de más con ellos.

Incluso los mayorcitos, los que estaban por ser adultos, se abstenían de fumar o de decir palabrotas frente a los mayores. Nada de estar con el cigarro en la boca o de echar madres y padres si se estaba con personas de respeto.

Pero eso fue en otros tiempos. En el siglo pasado. Hoy, a mocosos y mocosas todavía les arrastra el pañal, pero ya le gritan güey al que se les para enfrente y aún no pueden pronunciar la erre, pero ya usan la palabra madre para los más variados y ofensivos fines.

Ahora los adultos no son ni Don ni Doña, sino los rucos, los que parecen no merecer más respeto que un árbol o una pared. Ahora no importa que esté la abuela o la bisabuela enfrente, porque niños y muchachos igual se echan sus cervezas y avientan culebras por la boca. Desde que empiezan a hablar los niños tutean sin distingos a todo el que se les para enfrente y los jóvenes

de ahora piensan que el Don es lo que tiene un brandy que se anuncia en la tele.

En los barrios ya no existe una Doña Rosita o un Don Félix. Los jóvenes no cuidan su florido vocabulario frente a nadie y ahora son los mayores los que abren la boca cuando escuchan a los menores tomar y hablar.

Son los tiempos, dicen algunos. Pero los anticuados, los que se quedaron en el siglo pasado, todavía dicen añorar aquellos años en los que los niños saludaban a la tía y los jóvenes se abstenían de decir palabrotas cuando estaban junto a la abuela.

Nuevos vicios

Hay de vicios a vicios. Alguna gente se aficiona al chisme y se puede pasar varias horas destrozando reputaciones ajenas, lo cual puede hacer lo mismo en la banqueta de su casa que en cualquier café. Hay quienes gustan de quedarse por horas frente al televisor y hay también niños que se pasan el día completo pegados a los controles de los videojuegos.

En realidad eso de las aficiones no es algo reciente y, con sus variantes, se han dado desde tiempo atrás. En los años lejanos había personas que duraban largas horas pegadas al radio escuchando a sus locutores favoritos y también caballeros que se pasaban mucho tiempo en los billares o en los lugares donde se jugaba cartas o dominó.

Pero ha sido en los tiempos recientes cuando más se ha agudizado la dependencia de los aparatos electrónicos. Cada vez más, hay personas que se la pasan frente a una pantalla y con los dedos sobre un tecleado. No son muchos los que tienen acceso a internet, pero entre ellos ha surgido el nuevo vicio de pasarse una parte del día al pendiente de la computadora. Hay quienes ahí compran, se hacen de amigos, discuten y se enteran de las novedades. Para algunos, ya resulta difícil despegarse del monitor porque ya hasta chistes se cuentan por ese medio.

En internet hay información y chismes. Circulan también chistes e intimidades de los famosos. Es común que, así como sucedía antes con las cadenas de cartas, ahora los amigos se pasen

unos a otros mensajes que finalmente recorren todo el mundo. Igual que pasaba en otros tiempos, los que inician esas cadenas advierten todo género de desventuras al que no haga varias copias de ellas.

De entre las novedades, en el ciberespacio, en los últimos días circula una pequeña oración para los enviciados del internet y que dice más o menos así:

Satélite nuestro que estás en el cielo,
Acelerado sea tu *link*.
Venga a nosotros tu hipertexto.
Hágase tu conexión,
en lo real como en lo virtual.
Danos hoy nuestro *download* de cada día.
Perdona el café sobre el teclado,
Así como nosotros perdonamos a nuestros proveedores.
No nos dejes caer la conexión,
y líbranos de todo virus.
Amén.

Desde el Polo Norte

Era la duda que asaltaba a todos los niños: ¿y cómo le hace para llegar, en una misma noche, a todas las casas?

Para tranquilizarlos, los papás explicaban que el señor de las barbas viajaba en un trineo que no solamente se deslizaba sobre la nieve, sino además era capaz de volar a grandes alturas. Como todos los adultos y los niños sabían, ese vehículo era jalado por varios renos, animales de grandes cuernos y cuerpos ideales para desafiar vientos y nevadas. Según el testimonio de miles de fotografías y dibujos, el señor de rojo podía llegar a todas partes en una sola noche porque tenía una excelente organización y estaba en cada casa solamente los segundos precisos.

Como era persona educada, no podía tocar la puerta o el timbre y por eso entraba por la chimenea de las casas, lo cual también resultaba otro misterio, porque nunca aparecía con el traje manchado y, además, se dudaba que con esa corpulencia pudiera caber en un espacio tan reducido.

Para fortuna de él, y para facilitar las explicaciones de los papás, durante los años recientes ya no había chimeneas y menos aún en barrios juarenses como la Chaveña o Bellavista a donde tenía que entrar necesariamente por alguna ventana.

De cualquier forma, muchos niños se preguntaban si le alcanzaría el tiempo para recorrer barrios tan extensos como esos, donde las casas estaban pegadas una a la otra. Y ya ni para qué se ponían a pensar cómo le hacía para llegar hasta lejanos países, porque según las fotografías, el famoso trineo volaba por encima de la Muralla China y su punto de origen era el Polo Norte, donde estaba la fábrica de juguetes que trabajaba incansablemente para cumplir los deseos de todos los niños que se habían portado bien.

Y conforme crecían los niños más eran las dudas que iban surgiendo. Se preguntaban, entre otras cosas, cómo era posible que el personaje del Polo Norte entendiera cartas en todos los idiomas y con letra tan fea. Los padres contestaban que así como tenía miles de obreros haciendo juguetes todo el año, así tenía un ejército de traductores que le daban lectura a las cartas llegadas de todo el mundo.

Para fortuna de todos, hoy las explicaciones son más sencillas. El señor de las barbas tiene computadoras que le traducen y para estar en todas partes ha sido clonado. Gracias a internet y a los satélites puede ser visto en todas partes y ya no tiene necesidad de entrar por las chimeneas, porque ahora tiene entrada por las televisiones o las computadoras.

Sigue viviendo en el Polo Norte, desde donde se comunica por satélite y las cartas le llegan con facilidad. Las malas noticias para los niños que se portan mal, es que ahora cuenta con una moderna base de datos en donde puede ver el expediente de cada uno de los que le piden algún juguete.

De manera que no es posible engañarlo. Ya está en todas partes y, de acuerdo a la tradición, solamente llegará a los lugares a donde debe llegar, porque ahora es tan rápido que ya ni el trineo se alcanza a ver y en los últimos cuatro años no ha sido posible tomarle una sola foto.

Tanques de guerra

En los tiempos aquellos en los que a nadie preocupaba el petróleo, los autos eran grandes, como comprados por metros. Largos como lanchas y tan anchos que a veces no cabían por algunos angostos callejones. Se tomaba en cuenta no solamente la marca y el precio, sino también el tonelaje, como si se tratara de transatlánticos o de buques de guerra, en los que la masa contara.

La ciudad estaba más chica, pero las calles se veían más amplias y despejadas, para que por ellas pudieran pasearse tranquilamente, a sus anchas, aquellos lanchones que se movían como si estuvieran en alta mar. Eran pesados y macizos, de fierros resistentes y láminas como para aguantar una descarga de "cuerno de chivo". Todo en ellos era firme y duradero: las manivelas, las molduras, el tablero, el volante. Los radios tenían unos botones duros con los cuales se sintonizaban las pocas estaciones que había.

Como todavía no llegaban ni los japoneses ni los alemanes, las marcas eran unas cuantas. Se hablaba de Chevrolet, Buick, Ford, Cadillac y con eso se sabía de qué auto se trataba. No había ni minis, ni compactos, porque todos eran grandotes y de motores suficientes como para remolcar una locomotora. A nadie le importaba la gasolina y no se mencionaba que el motor fuera de ocho cilindros, porque se entendía que nomás de esos había y los carros tenían que ser potentes como para competir en cualquier momento.

En realidad, en esos años, la ciudad tenía calles que no eran precisamente pistas de carreras, porque las más anchas eran la 16 y la Insurgentes. Este era un pueblito de calles sin pavimentar en donde la potencia de esos buques estaba más que sobrada. La única forma de probar aquellas máquinas tragadoras de gasolina era irse a la carretera, pero se corría el riesgo de que algún uniformado saltara de su escondite en cuanto el conductor rebasara los 50 kilómetros por hora.

Tiempos aquellos en que a nadie se le ocurría comprar un carro de seis cilindros, ni mucho menos uno de cuatro, porque casi era considerado vergonzoso subirse a un vehículo pequeño. Por eso los Volkswagen eran clasificados autos de gente exótica y

se pensaba que se jugaban la vida al treparse a ellos, porque cualquier lancha los podía hacer tortilla.

Hoy, aquellos lanchones son parte del pasado. Ya no caben en ninguna parte ni hay dinero que alcance para mantenerlos. Nadie quiere tener buques y la gente hasta se ríe al pensar que alguna vez pudo haber alguien que presumiera sus tanques de guerra de gran tonelaje y carburador insaciable.

De palo

Como hoy, también antes los papás y las mamás se quejaban de que los hijos se pasaban largas horas metidos en ciertos lugares. En los tiempos en los que no existían ni computadoras ni juegos electrónicos, los muchachos se iban a los futbolitos, que no estaban en los centros comerciales, no tenían letreros en inglés ni se ubicaban en lugares oscuros.

Estaban localizados preferentemente en los barrios, porque eran un entretenimiento popular que costaba unos cuantos centavos. El juego era muy sencillo y solo se necesitaban unas mesas pesadas, parecidas a las de billar, pero mucho más chicas. Eran unas canchas de madera, con sus dos porterías y un equipo de jugadores de cada lado, también de palo, que estaban sujetos por un tubo que corría de lado a lado.

Los jugadores eran dos y cada uno controlaba un equipo por medio de esos tubos que le daban a los jugadores movimiento hacia los lados. También podían mover, desde luego, los pies y con ellos pateaban una pelota pesada, que iba de un lado a otro de la mesa y a veces se salía de ella por la fuerza de los golpes que le daban los niños y muchachos.

El ruido en esos lugares era muy peculiar. No se trataba de sonidos espaciales como los que hoy se escuchan en los locales de videojuegos. Eran sonidos metálicos y secos, también los producidos por los monos de palo que golpeaban con fuerza la pelota. Flotaban en el ambiente, desde luego, las maldiciones de los jugadores y, los que ya estaban habituados, podían distinguir claramente cuando un gol penetraba la portería enemiga.

Había muchachos muy hábiles para mover a sus jugadores de madera, que con rapidez goleaban a sus contrincantes. Apenas ponían la pelota en el centro de la cancha y ya estaban sus delanteros agujerando la portería. Había también los que apenas podían mover la pelota y a veces se metían autogoles.

Así eran los futbolitos, con sus ruidos, refrescos, dulces y, a veces, uno que otro cigarrito que los muchachos se fumaban a escondidas.

Pero no eran juegos de muerte, en donde un héroe exterminara a los otros, les cortara la cabeza o los borrara del planeta. No había naves que eliminaran a las flotas enemigas. Eran solamente unos muñequitos de palo con los que se metían goles a las porterías enemigas. Eran réplicas de lo que pasaba en las canchas reales y por eso aquellos jugadores de madera vestían uniformes como los de los grandes equipos.

Por eso había jugadores pintados de café que eran copias del inolvidable ***Rey Pelé,*** y cuando esos morenos metían gol, todos los que estaban en el lugar se emocionaban.

Así eran los futbolitos.

Últimos del milenio

Ya empezaron a circular las invitaciones. Unas serán en salones, otras en las mismas empresas y algunas en casas. En las oficinas, escuelas y en todas partes donde coincidan más de tres personas, ya se organizan los intercambios de regalos. Como todos los años, nunca falta una secretaria o una maestra que se encargue de hacer los papelitos, meterlos en un vaso y luego decirle a cada uno a quién habrá de regalarle.

Habrá fiestas pequeñas y grandes. Unas serán con rifas de regalos y otras con la pura comida. Como en varias la bebida será libre, la gente se prepara para ponerse como araña fumigada, porque en algunos casos será en viernes o en el último día de trabajo.

A estas alturas ya nadie se acuerda de los buenos propósitos que se hizo cuando empezó el 2000. Ya las cinturas están desparramadas y las básculas escondidas en algún rincón de la casa. Las dietas quedaron sepultadas junto con todas las buenas intenciones de ir al gimnasio o a los parques a correr o por lo menos a dar una caminadita.

Ya es diciembre. Hay foquitos en las ventanas y en las tiendas se oye la musiquita navideña. Las señoras se preparan con las hojas para los tamales y el chile colorín. Hay pilotas de brandy y de ron por todas partes y los pavos congelados son exhibidos en los grandes congeladores de los supermercados.

Ya ni para qué acordarse de la dieta ni preocuparse por contar calorías. Es de locos ir contra la corriente. Todavía no se inventan los tamales ***light*** ni los buñuelos de una caloría. Imposible hacer buñuelos dietéticos o quitarle el azúcar a las cerezas cubiertas de chocolate.

Vienen los días de las fiestas y las invitaciones. Los amigos y los vecinos invitarán a cenas o a posadas. Habrá bailes y celebraciones en las que se comerá de todo. Imposible ponerle freno a la gula y abstenerse de todo eso que solamente se prepara en estas fechas.

Ni modo. A partir de esta semana viene la resignación. Si la ropa no queda y la báscula protesta, ni hablar. Hay que darle gusto al gusto y saborear los ***calientitos*** con todo y su ***piquete***. También hay que entrarle a los de colorado y a los de verde. Es obligado comer de todo lo que den en las fiestas y probar todo aquello que regalen los vecinos. Además, hay que ir de compras y en la calle todo se antoja.

Ya el año que entra será otra cosa. Con el 2001 empezará la dieta y el ejercicio. Será el primer año del nuevo milenio y entonces sí valdrá la pena bajar de peso y correr un poco. Por lo pronto, no hay que hacerle el feo a nada, porque estos serán los últimos tamalitos del milenio que se va y estos días no se volverán a vivir sino hasta dentro de diez siglos.

¿Dónde está eso?

Está entre cuatro calles y tiene un pasaje central que llega a cada una de ellas. Al norte tiene la 16 de Septiembre, al sur la Ignacio de la Peña, al oriente la Ramón Corona y al poniente la Lerdo. Posiblemente hoy sea hasta difícil recordar esos nombres, pero en un tiempo hablar de ellas era referirse al corazón de la ciudad.

El edificio Continental es viejo y era referencia obligada cuando alguien quería encontrar alguna dirección en el primer cuadro. Hace unos 25 años, todo se encontraba cerca de él. Atrás, contraesquina, se encontraba el edificio de Correos. Enfrente, en un edificio de puertas majestuosas, estuvo lo que fue el banco más elegante de la ciudad, el que por cierto ahora se encuentra convertido en una dulcería. Al norte, a unos pasos, estaba la Central Médica que fue por largos años uno de los hospitales privados de más renombre.

A su alrededor surgieron varios de los edificios más lujosos, en donde se concentraron oficinas, despachos y consultorios. Todo estaba en las cercanías del Continental y por sus pasillos centrales cruzaba diariamente media ciudad. Aquellos pisos brillantes fueron caminados muchas veces por estudiantes y oficinistas que iban diariamente a sus escuelas y centros de trabajo. Una cuadra hacia el sur estaba una de las academias comerciales de más prestigio que ha tenido la frontera y enfrente de ella estuvo ubicado *El Fronterizo*, el periódico juarense surgido antes del medio siglo y por el cual desfilaron centenares de periodistas.

En el interior del Continental había de todo: cantinas, laboratorios, tiendas y una distribuidora de revistas y periódicos por la que desfilaban todas las Lágrimas y Risas y los Memines que la ciudad devoraba. En una de sus esquinas estuvo el famoso café Mike's, en donde el mundo se componía cada noche al tiempo que se pasaba revista a la vida social y política de una ciudad orgullosa de los pocos edificios que había: el Vallina, el Villarreal y el Continental.

En los veranos, el aire se refrescaba al correr por esos pasillos y hacía grato caminar por ellos, mientras se contemplaban los libros y la fayuca que se exhibía en los aparadores. Pero en invierno era imposible transitar por ahí, porque el aire aullaba a varios grados bajo cero y obligaba a refugiarse en una cantina o por lo menos en el café de la esquina.

Hubo años en que ningún juarense ignoraba la ubicación de este edificio. Hoy, cuando los viejos habitantes de la ciudad dicen: "Ahí, a un lado del Continental", hay jóvenes que preguntan: "¿Y dónde está eso?".

Calendario exacto

Ya se fueron, desaparecieron del panorama de la misma forma en que surgieron. Nadie sabe dónde están en este momento, pero tampoco de dónde salen. De ellos se desconocen identidades y lugares de origen, porque solamente se dejan ver por temporadas, aunque por lo regular tienen rostros muy parecidos.

Los paleteros, los que venden nieve, los que raspan las grandes barras de hielo con sus cepillos de metal, usan sombreros viejos quemados por el sol y traen zapatos de suela gruesa que les permiten recorrer las calles calientes de la ciudad. Surgen por allá por las últimas semanas de marzo y se esfuman por el mes de septiembre, cuando son sustituidos por otros personajes que llegan armados de banderas y objetos tricolores que pintan los autos y la ciudad durante la época de las fiestas patrias.

Estos otros ofrecen banderas de todos los tamaños, precios y estilos, y son más notorios por lo vistoso de su mercancía y porque se pegan a los autos, pasean por las calles, se exhiben en las esquinas. Pero también desaparecen después del desfile. Una vez que pasan las barredoras que recogen los desperdicios de público y caballos, pareciera que los grandes cepillos de estas máquinas también absorben a estos personajes y se los llevan a ese lugar desconocido, donde seguramente también están los paleteros, donde descansan todos los que están fuera de temporada.

Por allá por noviembre emergen otros: los de los tamales, los que recorren las calles ofreciendo los de colorado y los de rajas. Los acompañan quienes se paran en las esquinas con las bolsas de buñuelos y los que se apropian de los puentes para ofrecer los manteles y las grandes nochebuenas de papel brillante. También llegan quienes traen los artículos de moda: los venaditos de ramas para cubrirse de luces o las luces de bengala que llegan año con año para iluminar la llegada del nuevo año.

Pero al igual que los otros, estos vendedores se van junto con diciembre. Desaparecen de calles y esquinas, se marchan a ese lugar desde donde surgirán, en los meses siguientes los que habrán de llevar a las calles los artículos de temporada.

En febrero llegarán las flores y los corazones; allá por Semana Santa los ramos y las palmas; en mayo otra vez las flores y más corazones para las mamás. En verano todo aquello que sirva para mitigar el calor y saciar la sed y allá por noviembre las flores para los difuntos.

Así, por épocas y con calendarios muy precisos, irán llegando conforme sea su turno. Con la mercancía precisa y el uniforme adecuado, sin que nadie les diga el día en que habrán de llegar y la hora a la que deberán marcharse.

Pero no hacen falta ni calendarios ni órdenes. Como los pájaros y las hojas de los árboles, los paleteros y los vendedores de buñuelos tienen un calendario exacto.

Dos por uno

Se han puesto rótulos, se han hecho sugerencias, se ha hablado sobre el asunto de manera clara, pero la gente sigue sin entender. Lo peor del asunto es que ahora, con eso de las ofertas de dos por uno y de la temporada navideña, entre los objetivos de miles de personas está el comprarse un celular, por lo que se anticipa que en los próximos meses aumentará el número de los impertinentes que no hacen caso ni de reglas ni de llamados de atención.

Hoy, por todas partes se oye el timbrecito de esos teléfonos. Lo mismo a la mitad de las bodas que en los exámenes finales de cualquier escuela. Ahora, los alumnos no se despegan de su aparato ni para ir al baño y aunque los profesores les han dicho en todos los tonos posibles que los apaguen o que no vayan con ellos a la hora de la prueba, los jovencitos se hacen que la Virgen les habla y el resultado es que los salones de clase se inundan de ruidos raros.

Además, por esta época, algunas chicas han seleccionado como timbre esas empalagosas tonaditas navideñas que inundan aulas y pasillos de ruidos como los que se escuchan en los centros comerciales o de los que anuncian la llegada de Santaclós en su trineo.

Como si fuera lo más importante de su vida, la gente contesta el teléfono a cualquier hora y en cualquier lugar. Lo mismo a un lado del féretro donde descansa el difunto que a la mitad de una conferencia o de una obra de teatro. Tal es el furor por los celulares, que a los espectáculos públicos llegan personas cargando hasta dos de ellos. A veces traen uno grandote y uno chiquito o de diferente color. Y a pesar de tener miles de opciones de timbre, siempre escogen el más escandaloso y el de más alto volumen.

Y por si la impertinencia del timbrazo fuera poca, por lo general la gente contesta a gritos o lo hace con el consabido "¿Qué onda, güey?", que usa el 98 por ciento de los jóvenes juarenses.

Como si fuera parte de su cuerpo y de su vida, son muchas las personas que se niegan a despegarse de esos aparatos y a veces hasta se ofenden cuando alguien les pide que los apaguen o los dejen fuera del lugar al que se pretende entrar. Invariablemente, cuando se les solicita apagarlos, dicen que están esperando una llamada muy importante o que la hija está a punto de comunicarse.

Antes eran los fumadores y ahora la plaga son los celulares. Ya no hay lugares libres de ellos. Por eso algunas personas esperan con ansia esas zonas de restaurantes o áreas públicas en donde no haya ni cigarro ni timbres de esos aparatitos, que ya son una plaga que amenaza con aumentar su tamaño con esas tan anunciadas ofertas del dos por uno de esta temporada.

¿Vainilla o limón?

Los lugares cada vez son más caros y más escasos. Ya no están en cualquier parte y ahora casi hay que hacer cita con varios días de anticipación para poder ser atendido.

Antes era más sencillo. Todo era cosa de llegar, de entregar las llaves al encargado y de sentarse por ahí, a dejar pasar unos veinte minutos o cuando mucho media hora, y listo. El auto quedaba reluciente, oloroso a vainilla o a limón y con sus llantas muy negras. Todo, por unos cuantos pesos. Además, todavía en el último minuto, uno de los muchachos limpiaba el vidrio con la intención de ganarse la propina. Un trapazo al vidrio y una repasadita a las llantas antes de entregar las llaves para que el cliente soltara algunas de las monedas del cenicero.

Ahora, las cosas son diferentes. Los negocios dedicados a lavar carros son grandotes y siempre están repletos. Cuando el cliente llega, no hay quien le haga caso y cuando al fin encuentra al encar-

gado o cajero, este se adelanta a cualquier pregunta y recibe a los recién llegados de forma tajante: "Tengo veinte adelante, compa, si quiere volver en cuatro horas, a la mejor se lo tengo listo".

Desde luego que nunca esperan la respuesta y siguen su camino antes de que el cliente pueda contestar. Porque por alguna razón desconocida, estos personajes siempre andan caminando rápidamente de un lado para otro e invariablemente traen un radio colgado del cinturón, en el que se oyen voces y ruidos.

A pesar de todo, estos lugares siempre están llenos y hay gran cantidad de autos bajo los chorros del agua. También hay siempre media docena de hombres y mujeres que esperan pacientemente su carro, que por lo regular queda chorreando agua o manchado de los vidrios. Como hay tanto trabajo, a veces no los aspiran y hay ocasiones en que los tapetes quedan peor que como estaban. No es raro que las llantas queden sucias o que avienten los tapetes chorreando agua, que luego forma charcos en el piso.

Y ni modo de quejarse con el encargado, porque siempre anda corriendo de un lado a otro y nunca tiene tiempo de atender a nadie. Además, nunca tiene cambio y siempre queda a deber cuatro o cinco pesos.

Al final, el cliente ve que le entregan su carro medio mojado, medio limpio y a veces peor que como estaba. Lo único que le preguntan es el aroma que le habrán de poner al final: "¿Vainilla o limón?".

Y es todo. Por cincuenta pesos, el auto queda medio lavado y medio chorreado, pero muy perfumado por 10 minutos, que es lo que duran esos aromas.

Otorrinolaringólogos y maistros

En los directorios telefónicos hay listas inmensas de todo tipo de profesionales. Se pueden encontrar geriatras y nefrólogos. También hay químicos y otorrinolaringólogos. Muchos de ellos tienen consultorios en lugares muy accesibles: en los centros comerciales, en los edificios de varios pisos y hasta en las esquinas. Están a un lado de burrerías y licorerías. Prácticamente, cada dos puertas hay un despacho o un consultorio y es más o menos sencillo entrar a consultar a un ginecólogo, a un dentista o a un abogado, porque son muchos y los clientes o pacientes no abundan.

Pero si a alguien se le revienta el tubo del agua de la cocina, uno de los apagadores empieza a echar chispas o falla la calefacción, ahí las cosas serán distintas. Es más o menos fácil llegar a un hospital a la medianoche y ser atendido por dos o tres especialistas, mas no es igual de sencillo conseguir quien arregle una fuga de gas o destape un excusado.

En este mundo moderno y globalizado, cada vez es más difícil conseguir un albañil o un plomero. No es sencillo encontrarse a alguien capaz de levantar una barda o quien haga esa remodelación que la familia ha estado esperando por años.

Es sencillo: no hay albañiles o, más propiamente, los buenos *maistros* son muy escasos. Por eso, cuando alguien quiere ampliar una recámara o desea hacer una ventana más grande, empieza a preguntar a todos sus amigos y conocidos por un albañil que pueda hacerse cargo del trabajo. Y es que en esas pequeñas necesidades, ni arquitectos ni ingenieros funcionan, porque de todas maneras hace falta quien bata la mezcla y acomode los ladrillos, empuje la brocha y se suba a los techos.

Pero no hay. Por eso, los que conocen uno o tienen a alguien de su confianza, lo cuidan o lo recomiendan como si fuera un neurocirujano de Houston. Es común escuchar expresiones como: "Yo conozco uno, pero siempre está muy ocupado y hay trabajos que no le gusta hacer, le voy a hablar, pero no te garantizo que vaya".

A veces, cuando por fin se consigue la dirección o el celular de alguno de ellos, por lo regular contesta la esposa, que hace el papel de secretaria-administradora e invariablemente dice que no está, pero que ella pasará el recado. Desde luego que nunca lo pasa, y cuando por fin se encuentra al buscadísimo *maistro*, hay que entrar en una lista de espera en la que se encuentran a veces docenas de personas, esperando que les enyesen la sala o les reparen la barda que un borracho tiró hace más de seis meses.

Y ni modo, no hay de otra. Además, nada de tratarlos mal, porque ellos son los que se hacen del rogar y si algún día ven una mala cara, simplemente ya no regresan y dejan todo tirado. Así son de solicitados y así se cotizan. Y los que verdaderamente son buenos y rápidos, tienen lista de espera que puede prolongarse por años.

Todo igual

Ya llegó el 2000 y la tradición se conserva casi igual.
Desde días antes empiezan a llegar las peregrinaciones. Lo hacen por media calle, precedidas de bandas de guerra o de abanderadas. Van con sus grupos de danzantes y siempre hay alguien al frente que va rezando. Llegan del oriente o del poniente, pero siempre lo hacen por la 16 de Septiembre. Se detienen en la plaza de armas y ahí esperan su turno para entrar a Catedral.

El día 15, el espectáculo de todos los años se repite. Los grupos de danzantes están por toda la plaza y sus alrededores. Los hay de todos colores y tamaños: niños de escasos cuatro años que se mueven al ritmo que les marca la tambora; señoras que ya pasaron los sesenta, pero que están ahí arrastradas por la fe. Unos y otros, bailan por largas horas y la temperatura sube por efecto de los muchos braseros que queman manteca, en donde se fríen las enchiladas que habrán de comerse durante toda la larga noche.



Hay ollas de aluminio con atole y también recuerdos de la fecha. Imágenes de la Guadalupana adornadas con todo lo posible: focos, diamantina, flores, estrellas, plumas. De todos los precios para que nadie se vaya sin algo que recuerde el 12 de diciembre.

Como todos los años, en la plaza no se puede andar. Bajo los viejos arcos se paran tres jóvenes con sus tamboras y le pegan con ganas al instrumento. La temperatura se acerca al cero pero uno de ellos anda en camiseta de tirantes. ¿Cuál frío? Marcar el ritmo a los danzantes produce más calor que el que sale de las ollas de tamales. Los danzantes de carrizo y tenis sudan en esa noche de viento helado

y de policías en bicicleta que se pasean vigilantes. Los viejos de la danza, con sus máscaras y sus vestuarios grotescos, atraen a los chiquillos que los ven con sorpresa y miedo.

Es 12 de diciembre y, como todos los años, nadie se acordó de poner botes de basura en toda la zona en donde se danza y se come. Los platos se acumulan en el piso y los vasos desechables forman montañas. Hay papeles por todas partes, pero aunque la gente quisiera, no hay dónde depositarlos.

Tampoco hay baños. La modernidad ya llegó a otras partes con los excusados portátiles, pero en esa plaza no se conocen. La gente le hace como puede y camina entre la basura, porque las cosas siguen igual que hace muchos años. Hasta el momento en el 2000 nadie ha tenido la idea de poner botes para los desperdicios, ni lugares en donde la gente satisfaga esas necesidades que son tan viejas como la humanidad.

Ni caperucitas ni lobos

A las tres de la madrugada, a un grado bajo cero y con un vientecillo que alborota los árboles, el lugar tiene otra cara y se siente ajeno, como si no fuera parte de estas tierras. El aire zumba, se arrastra por el pasto y gana otra vez altura para ir a mover las astas que casi nunca tienen banderas. Todo el parque parece un gran refrigerador. Su pasto húmedo, su tierra mojada, sus soledades, contribuyen a bajar más la temperatura y que el frío penetre hasta el alma.

El monumento de mármol, a pesar de la suciedad y las marcas del tiempo, todavía refleja los rayos de la luna, que iluminan los juegos infantiles a esas horas congelados. Por momentos nada se mueve, como si hasta las hojas de los árboles se hubieran petrificado y la basura se hubiera quedado adherida al paso.

Aunque no lo parezca, a esas horas El Chamizal es zona de silencio y de sombras que se mueven. Las luces lejanas de los autos provocan reflejos que se filtran por entre los troncos, pero que no lograr penetrar sino unos cuantos metros.

La vida continúa menos intensa allá por el puente, porque los vehículos nunca dejan de cruzar. Pasan unos cuantos autos y camiones que llevan prisa y solo dejan ruido y humo, aunque

también parece que alborotan el frío y provocan un viento momentáneo que enfría cuerpos y almas.

El puente se ve solitario y su joroba brilla como si le hubieran sacado lustre. Los pocos autos que lo cruzan se ven como de juguete y al fondo la montaña luce orgullosa una estrella que tiembla de frío. Los edificios altos de El Paso resaltan más entre la oscuridad y la larga fuente situada enfrente del parque parece descansar, al igual que el puente peatonal del que cuelga lo que alguna vez fue una manta rotulada.

Los policías fiscales de uniforme oscuro y alma más oscura, platican entre ellos mientras dan brinquitos para mitigar el frío. Cuando llega un auto se lanzan como buitres, pero a esa hora son pocos los que se animan a cruzar.

Es el parque más grande de la ciudad. No hay en él ni caperucitas ni lobos, tampoco hay animales feroces ni asaltantes que caigan de entre los árboles. Es el lugar más concurrido en los días festivos y el gran asador en donde se han preparado toneladas de carne. Pero en invierno es un gran refrigerador, el lugar más frío y más solitario de este desierto.

Así es El Chamizal a las tres de la mañana de un día de diciembre.

Les vale

Por el rumbo de San Lorenzo, a espaldas de un centro comercial grandote, está una escuela de ciegos, en donde estudiantes y maestros hacen esfuerzos por aprender lo que se aprende en cualquier primaria, pero también adquieren habilidades para superar las dificultades que su condición les impone.

El ambiente en ese lugar es de optimismo. Los jóvenes y los adultos que ahí acuden, leen, escriben y cantan como en cualquier escuela. Ahí no hay espacio para el desaliento ni los miedos. Ellos piden ser llamados ciegos, no cieguitos ni invidentes, porque lo primero que hacen es enfrentar su condición para imponerse sobre ella.

En general, gozan de la simpatía de los vecinos y de todos los que la visitan, porque al estar ahí se puede respirar un optimismo que en otras partes no se siente. Sin embargo, hay quienes abusan de la desventaja de estudiantes y alumnos y han convertido el patio de la escuela en un basurero a donde van a tirar sus desperdicios.

La directora y las maestras han visto esto a través de los ojos de otros y saben que en las temporadas navideñas van y les ponen ahí hasta los pinitos que se han desechado de las casas. Lo hacen con tal paciencia e impunidad, que los arbolitos los dejan parados y bien acomodados. Los que están en la escuela saben que a todas horas les arrojan basura, pero no pueden detectarlo oportunamente y esto lo saben también los que tiran ahí sus porquerías.

Hasta el momento, se ha hecho lo que se puede. Hay una barda, pero los puercos se las han ingeniado para arrojar las bolsas y los objetos por encima de ella. Tan descarada es la operación que se sospecha que hasta se brincan con todo y pinitos para acomodarlos uno enseguida del otro.

Como la vista es lo que les falta, los alumnos y maestros no pueden convertirse en vigilantes, por lo que han pedido la ayuda de autoridades, las que tampoco pueden hacer mucho, porque es difícil identificar a los responsables.

No tienen cara, no han sido identificados, pero es seguro que pertenecen a esa especie que se riega por toda la ciudad: los que se meten a la brava en las filas de los puentes, los que ocupan los estacionamientos de los minusválidos, los que arrojan basura en la calle, esos a los que les vale todo y que, si pudieran, convertirían la ciudad en una inmensa marranera adecuada para ellos, hecha a su medida.

Tierno corazón

Lentes oscuros, como para soportar el sol de agosto, cachucha negra, boca pintada de un color rojo intenso, aretes negros de plástico, grandes, notorios, escandalosos. El maquillaje poco discreto destacaba los rasgos y endurecía los veintitantos años del rostro.

Iba trepada en una camionetota negra, patona, ostentosa, acorde con quien la tripulaba. Era mediodía de finales de año y el puente estaba repleto de autos que esperaban. Había que gastar ahí casi una hora y la idea no parecía agradarle mucho a la de la cachucha.

Al lado de ella iba una mujer que parecía escucharla. Y la que iba al volante —la de la cachucha— se daba vuelo haciendo gestos y ademanes que no eran precisamente los de una monja. Pintaba violines y aventaba dedos, mientras de su boca parecían salir maldiciones que no se escuchaban gracias a la distancia y a las ventanillas que permanecían cerradas.

Estaba en esos momentos en que las personas emprenden una batalla contra el mundo entero. Y en esos precisos instantes, un vendedor de cañas tuvo la desgracia de acercarse a ofrecerle su mercancía. Se alejó en cuanto vio el gesto fiero y escuchó las palabras que salieron de su bien pintada boca. Luego, un limpiavidrios tuvo la osadía de aventarle un chorro de agua a su cristal delantero. Eso fue suficiente para que sus bien cuidadas manos dibujaran las más léperas señas que se hayan visto en toda la vida de ese puente.

A su lado, la mujer madura que la acompañaba, solamente se hundía más en su asiento y trataba de que la tierra se la tragara, mientras la de la cachucha se ocupaba de maldecir y lanzar ráfagas de violines a los vendedores que se atrevieran a acercarse a su camionetota brillante y patona.

Llegó entonces una niña morena que apenas levantaba un metro del suelo y puso su mano llena de dulce en una de sus ventanillas. La cara de la mujer se descompuso en una sola mueca de furia y sus dedos dibujaban todas las señas obscenas que ni un judicial mariguano pudiera imaginar.

Por observarla, el automovilista que iba delante de ella se detuvo un momento y permitió que otro se metiera en la fila. Eso bastó para que la de la cachucha le soltara toda una sinfonía de rítmicas mentadas a bocinazos, las que acompañó con ingeniosos movimientos de manos y dedos que mostraban toda la furia que podía caber en ella.

Así, con esa paz interna que le proporcionó la Navidad, la de la cachucha llegó a las garitas, la revisaron y emprendió la marcha hacia algún centro comercial. Posiblemente iba a comprar un regalo para alguien a quien su tierno corazón olvidó en estas fechas.

Patín del diablo

Antes se hacían con unas cuantas cosas. Dos tablas de buen tamaño, unas ruedas viejas de patín, otros palos y unos cuantos clavos. Las podían hacer tanto los niños como los papás y eran tan resistentes que podían usarse en las calles de tierra o empedradas, porque no hacían falta ni pistas ni superficies perfectamente bien pavimentadas para rodar sobre ellas.

No se vendían en las tiendas ni se anunciaban en la tele, porque eran de los juguetes que debían hacerse con las manos, como los papalotes o los zancos.

No tenían precio, pero eran objetos de gran valor, con los cuales los días podían volar rápidamente. Sobre ellos transcurría la niñez y con su ruido inconfundible se asociaron todos los recuerdos de la infancia.

Hubo una época en que todos los niños tuvieron un patín del diablo que salió de sus manos, de las del papá o las del abuelo. Y para usarlo no hicieron falta casco protector, rodilleras o manual de instrucciones. Tampoco eran de aluminio ni tenían ruedas garantizadas. Estaban hechos de palo y de algunos clavos, que en ocasiones ya lucían oxidados. Los manubrios no eran de hule ni se ajustaban anatómicamente a la mano: eran otra tabla más pequeña, de las que se podían recoger en cualquier parte o arrancarse a una caja.

Para que los niños tuvieran uno de ellos, no era necesario comprarlos en los centros comerciales o encargárselo a Santa Claus. Llegaban solos o se construían a media calle, con un diseño que era del dominio popular en el que quizá la parte más difícil eran las ruedas, que no se encontraban en cualquier parte.

Durante mucho tiempo, el más humilde y popular de los juguetes callejeros estuvo en el olvido, porque los niños se ocuparon de la electrónica y de las pantallas de colores. Estuvieron entretenidos con monos raros y con mascotas artificiales, hasta que de alguna parte llegaron otra vez los juguetes de siempre, ahora bautizados como *scooters* por los vecinos o como simples patinetas por los comerciantes del país. Y el furor creció hasta convertir a este objeto en el juguete del 2000, en el más vendido.

Llegó de repente y con precios altos, porque —dicen— es de aluminio, indestructible y seguro. La verdad es que muchos adultos todavía no salen de su asombro, porque eso que ahora trae de cabeza a los niños de principios de milenio no es ni más ni menos que el patín del diablo con el que se han divertido todas las generaciones.

La diferencia es que ahora es *Made in Taiwan* y se paga en dólares.

Lencho

Era antes de Navidad. Los autos circulaban con las prisas de las compras o de las fiestas. Por ahí por la curva de San Lorenzo, el zumbido de los carros se oía intenso. El tránsito estaba pesado como para pensarlo dos veces antes de cruzar la calle.

Pero él no lo pensó ni una vez. Por la costumbre o la ingenuidad, se lanzó de sur a norte, con la intención de ganarle a los automovilistas. No lo logró y pagó el precio. El golpe lo dejó tirado a media calle, en la mera curva, precisamente en el sitio por donde otro carro podría pasar y rematarlo.

Él no podía hacer gran cosa. El dolor y el impacto lo dejaron casi inmovilizado, pero tuvo un poco de suerte, porque los primeros autos lo esquivaron. Tirado, pegado contra el pavimento, solo movía con asombro la cabeza y trataba de impulsar su cuerpo con las patas que parecían menos dañadas. Pero no lo logró. El cuerpo de color café negruzco se confundía con el asfalto y los curiosos que observaban desde la banqueta cerraban los ojos cada que se aproximaba un vehículo.

Cualquiera hubiera dicho que le quedaban unos segundos de vida. Estaba exactamente en el lugar y la hora precisa para que unas llantas terminaran con su existencia en ese 22 de diciembre.

Pero nadie se muere la víspera y no le tocaba. Manos amigas se levantaron para desviar los autos o para pararlos, mientras otras lo arrastraban hasta la banqueta, donde pudiera recuperarse del golpe. Ahí lo pusieron y ahí quedó por unas horas, expuesto a un frío del que trataba de protegerse bajo el cascarón de una camioneta tan abandonada como él.

Por la noche fue recogido y las manos amigables de un veterinario lo revisaron. Solo había sido un buen golpe y el susto, pero los huesos estaban en su lugar y todo seguía funcionando. Tenía la mirada triste y el asombro aún pintado en la cara cuando fue trasladado a un asilo temporal de animales, donde esperará que alguien lo adopte.

Por el lugar en donde fue encontrado, le pusieron *Lencho*, porque nadie pudo decir si se le conocía con otro nombre ni pudieron ser localizados sus amos.

A pesar de todo, ahora espera confiado lo que le traerá el 2001. Será vacunado y pronto se le localizarán nuevos dueños. Ya convive con otros chuchos que han corrido una suerte parecida a la de él, pero pronto tendrá hogar y será un perro tan agradecido como todos los callejeros. Otro más que se sobrepone a su perra suerte.

De a peseta

Tiempos en los que los dólares alcanzaban para todo y traer uno de ellos en la bolsa equivalía a cargar una fortuna. Allá a principios de los setenta, las pesetas valían y los pequeños dieces servían hasta para quitar el hambre.

Los burros, unidad de medida del valor de las monedas, podían ser comprados por docenas con un billete verde. Los de siempre, los de *Toño* el del Borunda costaban un peso, por lo que un dólar compraba doce de ellos y todavía sobraban 40 centavos y hasta 50, si el que despachaba no tenía dos veintes y regresaba un tostón grandote de cobre, de aquellos que servían entre otras cosas para agujerar las bolsas de los pantalones.

Para entrar al cine con todo y novia, también alcanzaba. Los del centro, los que sí eran salas cinematográficas, no *ruteras* con pantalla, cobraban cinco pesos y daban dos películas. Había también de a cuatro y matinés de tres. Para comprar palomitas bastaba con un diez, que en el peor de los casos era tomado como un peso, aunque su valor real era de 1.20, que casi nadie respetaba.

Las pesetas, que todavía conservan su tamaño, eran casi mágicas. Con una de ellas se podían comprar dos burros y un refresco de los grandotes. También alcanzaba para dos lonches de salchi-

chón y hasta para una torta de pavo de las que vendían en aquella famosa tortería que estaba a un lado del cine Edén. Y cómo podrían olvidar los juarenses que con una peseta se compraban también los cigarros americanos, que por esos tiempos empezaban a ser vendidos en las esquinas, por muchachos que ganaban muchos dólares ofreciendo los Mapleton o los Salem, que pronto conquistaron los pulmones y los bolsillos de los fumadores.

Tanto valía una peseta, que con ella se podía pagar seis veces un camión Parque-Cárcel, o se podían comprar tres chocolates americanos que se vendían en las tiendas a ochenta centavos. Para los adultos, las pesetas también representaban un mundo, porque con solamente una casi se compraban dos caguamas, que costaban en ese entonces un peso con sesenta centavos.

En El Paso, en la Newberry chiquita, ahí en la esquina donde se paraba el tranvía, había bolsas de palomitas de a diez centavos y nieves de una sola bola que costaban un cinco. Por allá por febrero o marzo, esa tienda se inundaba de papalotes que se podían comprar con diez centavos y había unos de a peseta que muy pocos podían comprar.

Era tan popular la peseta, que hasta algunos fotógrafos fueron bautizados como ***peseteros***, porque vendían a peseta la foto de la quinceañera o de la boda, y a veces hasta se podía regatear con ellos.

Pero quizá lo mejor de todo es que hace treinta años, con una peseta se compraban dos burros de lengua, una cocacolota y todavía alcanzaba para subirse al Parque Cárcel y recorrer tranquilamente el corazón de una ciudad pacífica en la que casi todo se podía con un dólar.

Odiadas

Eran inconfundibles, únicas, pintorescas. Hechas para quedarse en la memoria individual y colectiva, para que los juarenses jamás se olviden de ellas y su recuerdo permanezca a través de generaciones.

Por alguna razón inexplicable, siempre eran robustas y de estatura por encima de lo normal. Se veían grandotas e imponentes, sobre todo con aquel uniforme verde de botones dorados, el que con mucha frecuencia les quedaba bastante apretado, principalmente de la zona del pecho, donde eran notoriamente frondosas. Eran muy afectas a usar arracadas de gran tamaño y a pintarse la boca de manera exagerada. Algunas se depilaban la ceja y luego se la dibujaban cuidadosamente, para darle la forma de unos delgados arcos que las hacían ver más temibles.

Eran celadoras, lo parecían y se comportaban como tales. Por muchos años fueron el terror de los juarenses y el personaje más odiado de las amas de casa, porque revisaban hasta las bolsas de mano de las señoras en su búsqueda de contrabando.

En realidad, no se las tenían que ver con contrabandistas ni con individuos peligrosos, porque su lugar de trabajo estaba en los puentes de la Juárez y de la Lerdo, principalmente en este último, que era el punto por donde todos los juarenses regresaban después de haber hecho sus compras en el centro paseño.

Ahí estaban ellas, implacables e imponentes. Con su cigarrote mentolado en la mano, sus esclavas de oro en la muñeca y una sonrisa de perdonavidas, esperaban que los rechinadores tranvías llegaran al punto de revisión y hacían bajar a todos los pasajeros que fueran de pie. Ya cuando aquellos cajones verdes se quedaban solamente con las personas que cabían sentadas en sus largas bancas, subían ellas con su aire de verdugos. Le echaban el ojo a las bolsas más grandes y aunque la gente les dijera que era solo comida, de todas maneras metían sus largas y pintadas uñas hasta el fondo.

Había unas tan desalmadas que amenazaban con decomisar algunas docenas de huevos, cuando consideraban que era una cantidad excesiva. Pero entonces se topaban con juarenses bien plantadas que preferían aventarlos al suelo y bailar un zapateado arriba de ellos antes que dejar que las celadoras se quedaran con ellos.

Era tanto el miedo que inspiraban, que algunas señoras al llegar al puente y ver quién haría la revisión, exclamaban con desaliento: "Nos tocó celadora...". Y es que, en ocasiones, los celadores eran menos duros con las señoras, a diferencia de las uniformadas, que eran especialmente fieras con las amas de casa.

Por fortuna, se extinguieron y hoy son solamente parte de los recuerdos de un Juárez que se fue.

De pulquería

Víctima eterna de las modas, la ciudad ha entrado ahora en la fiebre de pintar las casas con colores de esos que lastiman la pupila y el cerebro si son observados por más de tres segundos. Por todas partes se ven fachadas de color amarillo canario, rosa mexicano, violeta y verde bandera. También hay color bugambilia y azul eléctrico, en tonalidades que harían palidecer de envidia a cualquier pulquería defeña o cantina de pueblo chihuahuense.

Amas de casa, arquitectos y constructores, han entrado en una loca carrera por pintar las fachadas más escandalosas, como si se tratara de que la que no fuera visible a tres kilómetros, queda fuera de concurso. Nada de tonos pastel o colores tierra, que se usaron en otros años. Ahora algunas colonias lucen como para callecita de Disneylandia o escenario de algún programa de *Chabelo*. Se trata de verse y de opacar al vecino, de que todo el vecindario se entere de que la casa acaba de ser pintada.

En realidad estos colores no son nada nuevo. Se trata solamente de una moda que regresa. Años atrás, quizá 30 o 40, estaba de moda pintar de tonos encendidos las paredes de las casas. Además, se usaba el esmalte, la llamada pintura de aceite que le agregaba un brillo muy especial a los muros. La sala podía ser azul verde, la cocina amarillo huevo y las recámaras color de rosa. Nadie en ese tiempo sentía lastimadas sus pupilas, ni se consideraba de mal gusto usar esos colores, por la sencilla razón de que estaban de moda.

Pero vinieron luego tiempos más discretos en los que a nadie se le ocurría usar un naranja en la fachada o un amarillo limón en sus bardas. Se les consideraba colores rancheros y chillantes. De la misma forma en que por largos años la ropa de poliéster y los pantalones acampanados fueron clasificados como vulgares y pasados de moda.

Sin embargo, todo regresa y en un dos por tres, volvió lo que se fue. La gente se puso a pintar su casa y las muchachas se enfundaron en los apretados pantalones de poliéster que alguna vez usaron sus abuelas. Las fachadas se ven ahora como pulquerías de colonia defeña y nadie dice nada, porque así es la moda de caprichosa y pasajera.

Pronto, vendrán otros colores y todo el mundo seguirá feliz. Y más felices los pintores y los fabricantes de pintura, porque para cubrir esas casas que parecen de caricatura, habrá que gastar cubetas y más cubetas de pintura.

Pero ni modo, porque estar a la moda siempre ha costado dinero y un poco de sacrificio.

Goma y colores

Las tareas escolares, esos trabajos que los maestros siempre han dejado para que niños y jóvenes se entretengan en la casa y en ella continúen aprendiendo, también han cambiado con los tiempos.

Antes, se hacían bajo el foco de la cocina y los pequeños se acomodaban en la mesa familiar, con sus cuadernos, lápices y libros, mientras la mamá les echaba un ojo y les ayudaba en lo que podía. Las señoras cuidaban la buena letra, la limpieza y la ortografía. Si se trataba de pegar y de pintar, de vez en cuando ayudaban a los niños y si era necesario intervenían por completo para hacer mejor el marquito que rodeaba las hojas de papel o para que el Padre Hidalgo quedara bien pegado sobre las cadenas rotas que simbolizaban el fin de la esclavitud.

Goma, tijeras, papel, lápices, colores y una buena dotación de estampitas compradas en la miscelánea de la esquina era lo que hacía falta para que los niños cumplieran con los encargos de los profesores. Eran en esos tiempos tareas en las que podía participar la familia entera para evitar que el pequeño escribiera horrores ortográficos o intentara cambiar los nombres de los personajes hacedores de la Patria.

Hoy, con eso de la computación, las cosas han cambiado y repentinamente los papás y las mamás se quedaron fuera de la jugada, porque ya no se trata de escribir una biografía o una composición bajo el foco amarillento de la cocina. Ahora, cuando los muchachos están grandecitos muchos trabajos los hacen en computadora y para ello se encierran en su cuarto o se van a la escuela o a donde rentan esas máquinas.

Ya no hay necesidad ni de goma ni de diamantina, porque la computadora puede hacerlo todo, hasta ponerle fotos a la biografía de casi cualquier héroe. Ya no hay tinteros ni muchos libros sobre la mesa y la máquina es capaz de corregir la ortografía, pero eso no significa que la escritura mejore, porque las barbaridades que ahora se escriben son mucho peores que las de antes.

El gran problema es que los papás y las mamás se han quedado atrás y ya no pueden hacer las correcciones que hacían antes cuando tenían al muchacho ahí en la mesa. Por eso, muchos adultos a veces suspiran por los instrumentos de antes: los tinteros, la goma, los colores; todo eso que, por siglos, demostró servir para enseñar a la gente. Y sobre todo, muchas personas educadas al estilo del siglo pasado, añoran los tiempos en que a los niños y jóvenes les preocupaba la buena letra.

Porque hoy, los correos electrónicos con los que se comunica la juventud, harían brincar de su tumba a los antiguos profesores de gramática.

Amores perros

Se conocieron de manera casual, sin que ninguno de los dos lo esperara. Cada uno por su parte traía sus propias soledades y problemas, su respectiva historia personal cargada de añoranzas y desamores.

Las vidas de ellos, de los dos, no habían sido fáciles. No eran las suyas historias color de rosa, porque no tuvieron infancia feliz ni crecieron en las mejores condiciones. Eran ambos, un poco producto del azar y de la casualidad. Posiblemente fueron hasta hijos no deseados, de esos seres que llegan al mundo por accidente y ya no hubo forma de evitarlos.

Lo último que de ellos se recuerda, y quizá de lo único de que se tiene memoria, es su vida callejera. En los tiempos recientes, cada uno vivió donde pudo y pasó la noche donde lo sorprendió el sueño y el cansancio. Comieron lo que encontraron y seguramente tuvieron momentos muy desagradables.

Él, *Lencho*, estuvo a punto de no llegar al nuevo milenio. A fines del año que recién terminó fue atropellado por un auto. Quedó tirado a media calle allá por la curva de San Lorenzo, hasta que alguien lo levantó y lo echó a la banqueta. Ahí pasó otras horas, hasta que su mal estado hizo necesario llevarlo a un veterinario y finalmente a un albergue, donde se recuperó del golpe y conoció a quien ahora es su compañera inseparable.

Se hicieron amigos primero y después nació algo más. Pronto, todos se dieron cuenta de que entre *Lencho* y *Rayita* había más que simple amistad, porque se pasaban largas horas juntos y el día se les hacía corto para contemplarse mutuamente.

Atrás quedaron los días difíciles y ahora el año pinta mejor, aunque con una pequeña dificultad, porque la pareja de enamoradazos perros tendrá que ser dada en adopción precisamente como una pareja. Imposible separar al *Lencho* y a la *Rayita*. A nadie de quienes los ha cuidado y alimentado se le ocurre eso. Y si hay algún interesado en llevarse a cualquiera de ellos, tendrá que llevarse a los dos.

Por lo pronto están felices. *Lencho* ya ni se acuerda del auto que casi lo mata y *Rayita* sepultó los recuerdos amargos de su vida callejera. Son felices; ladran, mueven la cola y ven con optimismo el nuevo año. Ya llegará un amo que los quiera a los dos juntos y pronto tendrán una nueva casa.

Gordis del 2001

Ahora sí. El año pasado no fue tan en serio porque finalmente ni era fin de siglo ni principio de milenio. Ni empezaba ni acababa nada, pero esta vez ya se repitió de todas las formas que con el 01 empieza el conteo. Una nueva época en la que la gran mayoría de los habitantes de este planeta serán cosa del pasado: millones de seres nacidos en el siglo XX que tendrán que actualizarse y ponerse a tono con la época.

Nunca habíase presentado mejor oportunidad para los gordis y los borrachos: siglo nuevo, vida nueva. Las y los robustitas y robustitos, han renovado sus propósitos, porque el nuevo milenio no puede sorprenderlos con esas antiestéticas llantas ni esa barriga en las que se acumularon todos los excesos de la centuria

anterior. Hay que tirar esos kilos de más y alimentarse, ahora sí, de acuerdo con las nuevas tendencias de los años dos mil.

Circula entre los gordis la versión de que ya hay una nueva versión del *ultra-ultra-slim-fast* que los dejará como dioses griegos en unas cuantas semanas. Desde luego que ese rigor alimenticio debe verse acompañado por el ejercicio y El Chamizal se encuentra saturado desde el 2 de enero. Con ropa nueva y tenis recién sacados de su caja, las y los gorditas y gorditos de esta ciudad, dan con muchas ganas los primeros pasos de su trote o su caminata. Por todas partes se ven conjuntos deportivos nuevos, casi con las etiquetas colgando.

En los supermercados, la gente se acerca a donde se venden las espinacas, el brócoli, las lechugas, los rábanos y los pepinos. Nada de carne de puerco, pizzas, quesos o pasteles. Con el viejo siglo se fueron también las comidas engordadoras. Ahora los tamalitos y los buñuelos se ven como una pesadilla que por fortuna ha terminado.

Los afectos a las bebidas alcohólicas se pusieron como placa de rutera el último día del año. Se tomaron todo lo que pudieron porque, ahora sí, este 2001, nada de andarse poniendo como arañas fumigadas y menos con cerveza que es la que más engorda. Ni una copa. Los que antes se echaban sus tequilotas antes de comer, ahora toman su té helado o su refrescote de dieta.

Es el año de las cero calorías, cero alcohol y cero humo de cigarro. Las cantinas han bajado ligeramente sus ventas y las burrerías resienten un poco la ausencia de los que se echaban los de barbacoa con aguacate y asadero.

Nada nuevo bajo el triste sol de enero. Son los mismos propósitos de todos los años. El Chamizal volverá a quedarse solo, las burrerías recuperarán su clientelas y los borrachos se reincorporarán gradualmente a sus crudas. Pero el 2001 no podía pasar desapercibido y por lo menos los propósitos tenían que ser dignos del milenio.

Porque las buenas intenciones, con la intensidad de esta vez, solo se repetirán en mil años más. Quede constancia, para que los gordis del 3001 vean que no fueron tan originales en sus propósitos.

¿Cuánto va a abonar?

No había ni tarjetas de crédito ni de débito, ni cajeros electrónicos, y las tarjetas de las tiendas eran algo a lo que pocos aspiraban y más pocos podían tener. Al crédito se le llamaba simplemente fiado y no cualquiera fiaba, porque era un riesgo y no existían esas oficinas que investigan si alguien puede pagar o no.

Fiaban los dueños de las tienditas de abarrotes, porque conocían a los vecinos y eran ellos mismos los que ponían límite a lo fiado: nada de cigarros, cervezas o dulces, y además cada semana o cuando mucho cada quince días había que liquidar la cuenta o dar un abono sustancial. El control se llevaba por ambas partes: el comprador cargaba un cartoncito en donde se le anotaba lo comprado y el tendero usaba un cuaderno viejo, esponjado y medio mantecoso, en donde iba apuntando cada una de las cantidades consumidas.

Fuera de esto, fiaban las mueblerías y una que otra tienda de ropa, pero nada más. En El Paso había lugares que vendían muebles donde sí confiaban en los juarenses, pero en general había que recurrir al sistema de apartado. Se apartaban los juguetes de Navidad, la ropa, los abanicos y todo lo que costara más de cinco dólares.

En las tiendas más grandes, la tradicional Popular, la Penney, la Casa Blanca y otras, había departamentos dedicados exclusivamente a la cobranza y a guardar los paquetes que a veces permanecían por largos meses. Como no había computadoras, los pagos se controlaban a través de unas tarjetas largas, que eran metidas a una máquina registradora que hacía mucho movimiento y más ruido. Cuando el cliente llegaba al sótano de La Popular, después de atravesar el primer piso, el de los elevadores con su ruido musical, llegaba al sótano, donde había unas empleadas que siempre traían una pluma ensartada en el pelo y un dedal de hule colocado en el índice. Una vez que les daban el nombre o la tarjeta del cliente, ellas buscaban en unos grandes tarjeteros, sacaban la indicada y la metían en las escandalosas máquinas que hacían una gran cantidad de movimientos.

Así, durante largos años, los juarenses y los paseños se acostumbraron a ir a hacer puntualmente sus pagos, porque si no hacían uno de ellos, la mercancía era regresada a la tienda y no era fácil volver a encontrar las mismas ofertas.

Junto con aquel ruido característico de los elevadores de La Popular y el aroma del primer piso, los fronterizos recuerdan el ruido de esas máquinas del sótano y también la pregunta característica de las empleadas de peinado tieso y pluma en la cabeza: "¿Cuánto va a abonar?".

Buñuelitos

Dicen que nunca quedan igual y todas las víctimas afirman que es cierto.

Después del choque o del golpe contra el poste, siempre viene el asombro y el cálculo de lo que costará el daño. ¿A dónde ir que salga muy barato y que no se note?

Para gusto de los juarenses, hay una larga serie de opciones, porque hay talleres para todos los presupuestos. Unos dicen que trabajan con rayo láser y otros usan un vil martillo. Algunos tienen instalaciones con computadoras y otros están instalados en la banqueta, a un lado del mercado Cuauhtémoc. Puede haber talleres de carrocería allá por donde están las letras de la Biblia, al pie del cerro, o por el rumbo de los narcobarrios.

Los precios son distintos, pero en todas partes dicen que el trabajo quedará perfecto y todos los ***maistros*** aseguran que no se notará.

La verdad es que casi todos mienten, porque nunca lo tienen el día prometido y los pretextos son los mismos. De acuerdo a la época del año cambian las excusas. En inviernos como este, siempre dicen que la pintura no se alcanzó a secar por la humedad y que no quieren arriesgarse a que caiga una nevada. Si es verano, pasa lo mismo: ante la amenaza de tormenta, prefieren parar el trabajo, porque luego sale peor el caldo que las albóndigas.

En algunas partes trabajan bajo techo y tienen hornos para secado de los autos. Ahí los pretextos son más enredados, porque tienen que ver con el termostato del sistema de calentamiento o con la computadora que no está funcionando. Desde luego que lo más usado es decir que faltaron los trabajadores y que dejaron todos los trabajos a medias.

Además de la tardanza, hay ocasiones en que las láminas chocadas son enderezadas a puros martillazos y quedan como buñuelos. Para remediar el mal, les echan encima kilos de eso que en estas regiones se conoce como ***bondo***, con resultados peores, porque además se notan las rayotas de la lija y hasta la diferencia de colores.

Cuando eso sucede, hay más culpables: el igualador de colores, la mala calidad de la lija, el llamado ***bondo*** que no se secó a tiempo y hasta la amenaza de aguanieve del otro día.

Como resultado de todo esto, el dueño del auto chocado sufre más en sus visitas al taller que en el momento mismo del choque. Entre las mentiras, la tardanza, los kilos de ***bondo***, el color mal igualado y lo que le cobran, después de cada accidente se confirma que los autos no quedan igual y a veces corren el peligro de convertirse en buñuelos con ruedas, a pesar de hornos, rayos láser y computadoras.

Chicas a-go-go

Por ahí por la Vicente Guerrero, por esa zona donde antes se amontonaban los clientes que iban a las cantinas, ahora hay más recuerdos que gente. Perdieron ya fama y popularidad aquellos sitios a donde el público masculino iba a ver a las bailarinas de moda. Por esa calle hoy semiolvidada hubo lugares donde los anuncios luminosos anunciaban toda la noche la presencia alegre de chicas *a-go-go*, que no eran más que mujeres frondosas con ropa que hoy pudiera ser considerada abundante y que brincoteaban al ritmo de los tamborazos que por muchos años estuvieron de moda.

Había también sitios con mariachis, a donde los parranderos iban a escucharlos desde que anochecía hasta que amanecía. Desde luego que para aguantar semejantes jornadas había que salir a medianoche a comer unos taquitos de ubre o de ***machitos***, que se

vendían en carritos de madera alumbrados por lámparas de gas y con los vidrios opacos por la manteca.

Por esa Vicente Guerrero circulaban al anochecer y al amanecer muchos taxis que iban a dejar o a recoger a las chicas *a-go-go* o a las cantineras. Mujeres de faldas breves, cabelleras exóticas y perfume escandaloso, quienes eran el atractivo principal de esos lugares y eran populares entre sus clientes, los que las llamaban por su nombre de batalla y las saludaban con familiaridad cuando entraban a esas cantinas donde las rockolas eran el corazón que marcaba los latidos de clientes y bailarinas.

Como a otros lugares del centro, a la Vicente le llegó su hora. Las cantinas siguen, pero las chicas *a-go-go* hoy son venerables abuelas que tejen suéteres mientras se acuerdan de sus viejas glorias. Las noches no son tan concurridas y hay otro tipo de negocios diurnos. Fue quizá la segunda calle en importancia de la ciudad y como tal, conserva un buen surtido de establecimientos. Hay ahí colegios, carnicerías, ferreterías, escuelas, fotografías, abogados y mil giros más. Precisamente en la cuadra donde está una viejísima nevería donde se venden unos raspados excelentes, hay también una chicharronería y una panadería donde se fabrica pan sin igual. Y quizá para contener los ímpetus de los tragones, a un lado está un local de Comedores Compulsivos, versión de Alcohólicos Anónimos, pero para tragones, en donde se presta ayuda a quienes han hecho del comer un vicio. Tan útil oficina está colocada en el lugar preciso: precisamente en medio de donde se venden los chicharrones calientitos de marrano y los bolillos recién horneados.

Ya no hay anuncios de chicas *a-go-go*, pero en cambio hay un lugar de apoyo para los gordis que comen de más. Así cambian los tiempos. Así entra la Vicente Guerrero al nuevo milenio.

Compañía perfecta

Son acompañantes fieles, alegres e incansables.
Van siempre detrás del amo y nunca pierden el paso, aunque este vaya en bicicleta o a caballo. No fueron entrenados por nadie, pero aprendieron bien a seguir la huella de sus dueños. No se pierden, tienen un excelente sentido de la ubicación y cruzan con gran habilidad calles y avenidas.

Son de color café, que es el favorito de todos los perros callejeros, aunque también puede haber negros o pintos. Regularmente van con la lengua de fuera y sostienen ese trote tan especial de los chuchos que los hace parecer como si no tocaran el piso. Llevan la mirada fija al frente, como si conocieran perfectamente el camino, aunque hay algunos juguetones, que van y vienen, y andan tres o cuatro veces el mismo camino.

Acompañan a burreros, taqueros, eloteros y compradores de artículos viejos. En ocasiones, van al lado del caballo que jala un carro y hay veces que caminan al lado de triciclos cargados con mercancías diversas.

Pueden ir solos o en grupos de dos y hasta tres. Nadie sabe exactamente el tamaño de los recorridos que hacen, pero en ocasiones se ven cansados o agobiados por el sol. A veces, descansan junto con los amos y cuando este se detiene en alguna esquina o se baja del triciclo, ellos aprovechan para echarse a la sombra de algún árbol o para buscar agua en algún charco.

En algunos barrios, varios de ellos se han vuelto populares. Hay uno, café y de pelo un poco largo, que acompaña a un vendedor de camarones. Hay otros tres, de diferente color y tamaño, que siempre van al lado de un hombre que junta botes de aluminio en un viejo costal. Por allá por las cercanías del puente Libre, hay un chucho que siempre está al lado de un vendedor de periódicos. Y no son raros los perros que corren incansables al lado del dueño que va trepado en una bicicleta.

Son incansables, fieles, aguantadores. No los detienen calores, fríos, heladas y vientos. Además, se ve que lo hacen con mucho gusto. Parecen disfrutar las calles, las caminatas, el trabajo, las horas y, sobre todo, la compañía de sus amos. Y por si fuera poco, nada reclaman ni exigen comida.

Son, sin duda, la compañía perfecta.

La tuerca digital

Antes, el problema era encontrar un teléfono y tener un veinte a la mano para usarlo. Además, en pocas casas había aparatos de estos y en ocasiones era necesario que se le mandara llamar al interesado.

Hoy, los celulares andan arriba de las ruteras y en las bolsas traseras de los mariachis. Pero lo peor de todo es que como consecuencia de la proliferación de los teléfonos y la entrada de las computadoras, ya hasta las telefonistas han desaparecido y en su lugar están complicados conmutadores que han contribuido a enredar más esta vida de teclas, botones y tonos.

Años atrás, al llamar a una ferretería, *Lupita*, la cajera-secretaria-telefonista, contestaba inmediatamente y el diálogo era más o menos así: —Ferretería La Tuerca, buenos días... —¿Está *Chon*...? —Se lo paso. —¡*Chon*! ¡Te hablan por teléfono! —¿Quién es? —No sé... te lo paso...

Así de sencillo, y en medio minuto el cliente preguntaba por la manguera o los tornillos que necesitaba.

Hoy, como ya cualquier changarro puede comprar su conmutador *Made in Taiwan*, ya no hay telefonista ni secretaria que conteste y en su lugar se oye una voz acaramelada que dice de las de acá: —Buenos días. Está usted hablando al Centro Ferretero Peter, Mary y Asociados. A continuación encontrará las opciones que ofrecemos en nuestra nueva área de atención. Si no desea comunicarse a ninguna de ellas, por favor digite la extensión deseada o permanezca en la línea hasta que lo atienda alguno de nuestros asociados. Gracias por preferir los servicios del nuevo concepto ferretero del norte del país.

Como el cliente lo único que quería saber es si tienen medio metro de manguera para un calentador, se queda atarantado en la línea, se gasta los últimos siete pesos que le quedan de su tarjeta telefónica y al final se oye la misma voz de *Lupita*, la que contestaba cuando ese changarro, en el siglo pasado, se llamaba La Tuerca. —Bueno... —Nomás para saber si tiene manguera de plástico de media... —Péreme, le paso a *Chon*...



La diferencia es que antes salía más barato comunicarse con *Chon* y ahora hay que gastarse una tarjeta telefónica y además tener la paciencia de escuchar completito todo el menú de opciones que se ofrece a los clientes en este siglo de telefonía digital y máquinas contestadoras.

Por eso, algunos clientes añoran los lejanos tiempos en los cuales los seres humanos contestaban los teléfonos.

Aquellas nevadas

Desde la parte más alta del cerro Bola se desprende una nube. Gruesa, negra, espesa, amenazadora. Se pasea un rato sobre la ciudad, se da una vuelta por la olvidada pila de la Chaveña, recorre el Paseo de la Victoria, se asoma por la Guadalajara Izquierda y se rasca la panza con el asta de la banderota de El Chamizal.

En su recorrido, deja al descubierto parte del cielo y este se ve azul, como suele verse por estos lugares. Pero esta vez es de esos azules fríos, de esos tonos que nada tienen que ver con el verano. Además, sopla un viento escandaloso, que se trae los recuerdos y la amenaza de la nieve de otros lugares.

En las calles, la gente se cubre nariz y boca. Los que andan a pie caminan de prisa y las muchachas meten las manos en las mangas de las chamarras, de acuerdo con esa costumbre tan de moda que las hace ver como tontitas. Los chamacos de pantalones aguados ocultan entre ellos el temblor de las piernas y las señoras se cubren hasta los ojos.

Hace frío y la amenaza de nieve está presente desde varias noches atrás. Ya los juarenses se cansaron de pronosticarla pero no llega. Ya se cumplieron todos los requisitos que antes, dicen, pedía la naturaleza: cielo color de rosa, temperatura fría pero tolerable y una calma de esas que presagian lluvia o tormenta. Son dos o tres las noches en que el cielo está encajonado y el ambiente se siente húmedo, pero nada ha sucedido hasta el momento. Solo un poco de aguanieve en una de las orillas y una llovizna helada en otra parte.

Los cerros, testigos infalsificables de una nevada, permanecen igual. No se han cubierto de blanco en los días recientes, pero parecen estar inmóviles a la espera de lo que tanto se ha anunciado. Mientras, abajo la gente se prepara de diferentes formas. Los que no conocen bien las nevadas, piensan en ellas con un poco de miedo. Los que vienen de lugares calientes buscan con qué cubrirse en caso de que la temperatura baje más. Los que conocieron la nieve en otros tiempos, solamente esperan que llegue para ver si todavía es como en épocas pasadas.

Porque antes, dicen los viejos, las nevadas eran nevadas. Casi siempre caían en las noches, después de que el cielo rosado había hecho el anuncio respectivo y obligado. Los copos descendían lentamente y sin prisa cubrían toda la ciudad: techos, autos, árboles, baches y cerros. Nada escapaba a aquella capa blanca que amanecía para sorprender a todos. Las señoras sabían que tenían que quitar la nieve de sus banquetas y en las calles los carros circulaban lentamente.

Solo los viejos juarenses conocen aquel silencio y aquellos ruidos. El silencio de la calle por la que pocos se animaban a transitar y el ruido tan especial de los autos avanzando lentamente sobre la nieve virgen. Ya cuando empezaba a fundirse, el ruido era otro. Y en la noche, en el deshielo, entonces sí había que tener cuidado, porque aquellos eran verdaderos fríos.

Hoy, solamente son amenazas, pero muchos tienen la esperanza de que caiga una nevada como aquellas que los viejos recuerdan.

Con alma y con historia

Eran tan anchas que hasta permitían la convivencia de perros y gatos. Por dentro, el felino echado perezosamente, disfrutando la mañana; por fuera, el perro que se acostaba a contemplar el sol y a ver el paso de los vecinos. Además, a un lado del gato podían estar los adornos que colocaba la señora de la casa: las muñequitas de porcelana, los recuerdos familiares y las macetas con flores artificiales.

Todo cabía en las ventanas de las casas de antes. Porque eran anchas, porque eran del tamaño del muro hecho de adobe y estaban hechas para que el sol entrara por ellas, pero también para ver hacia fuera. Eran como los ojos de las casas, como los orificios que conectaban con el resto del mundo.

No eran, como ahora, simples vidrios rodeados por aluminio y cubiertos por frías persianas de plástico. Eran lugares por donde la casa se exhibía al mundo y por esa razón tenían en ellas adornos y se cubrían por cortinas hechas por el ama de casa, que siempre reflejaban algo de los que ahí vivían.

Las ventanas eran lugar para recargarse en ellas a contemplar la tarde o para asomar la cara en los días fríos y ver hasta dónde había subido la nieve. En verano, eran la ventilación de la casa y por ellas entraba el aire fresco que corría de un lado a otro para mitigar los calores de sus sufridos habitantes.

Ocasionalmente, las ventanas eran también espacio para el romance o para los chismes, porque a través de ellas se intercambiaban frases de amor o informaciones contundentes que hacían pedacitos las reputaciones ajenas. Todavía hace unos cuantos años, cuando las señoras caminaban por los barrios, saludaban a las vecinas que asomaban por las ventanas.

Y cuando la gente no se encerraba para protegerse de malandros y sicarios, las ventanas permanecían abiertas en el verano y por ellas se escapaba la música de los radios con los que las señoras amenizaban sus quehaceres hogareños. En los barrios, por ellas escapaba el aroma de la cebolla frita y de la manteca sobre la que se freía la carne.

Las ventanas del siglo pasado eran de madera y se pintaban con frecuencia, porque el aire o el frío las resecaban y las hincha-

ban. Pero esas capas de pintura eran las que les daban alma, las que, junto con el gato que siempre dormía en ellas, les daban un aire único.

Por si todo lo anterior fuera poco, las ventanas servían para que la gente se sentara por fuera a descansar. En los veranos, las muchachas platicaban refugiadas en ellas y muchos jóvenes se tomaron su primera cerveza al amparo de una vieja ventana.

Antes, eran lugar de siesta para los gatos y contacto de las casas con el mundo. Hoy, solo son pedazos de vidrio y aluminio, sin alma y sin historia.

De gorra son mejores

Después de los tamales, del pavo, de los calientitos, de los buñuelos, del jamón, de la pierna al horno y de todos los brindis de los últimos días de diciembre, vino un periodo de relativo descanso para el estómago. Fueron solamente dos o tres días, entre el 2 y el 5, para ser más exactos.

En ese breve lapso, hombres y mujeres se contemplaron frente al espejo y vieron los evidentes estragos de los excesos cometidos. Contemplaron la panza tamalera y las llantas buñuelescas. Se dieron cuenta de que esas noches frente al televisor y con la estufa cerca dejaron sus kilogramos de más y, en algunos casos, una especie de cruda moral que debería ser atendida cuanto antes.

Se dieron cuenta los tragones de que el daño debería ser corregido de inmediato y de que el bajar de peso debería figurar entre los propósitos del nuevo milenio. Sin embargo, era muy temprano aún para entrar al rigor de las dietas, porque primero tenía que pasar la rosca de Reyes, con todo y su mono. Y acomedidas como siempre, no faltaron las compañeras de trabajo que fueran presurosas a la panadería más cercana a comprar la roscota que sería acompañada por lo menos con una botellota de coca cola.

Se partió el pan y todos se fijaron en la persona agraciada con el muñequito de plástico. Claro que no faltó el que se lo tragara o el que mañosamente se lo brincara a la hora de partirla. Hubo también quienes lo masticaron y otros que no tuvieron más remedio que confesar que lo traían en la boca.

Quienes tal suerte tuvieron, y según obliga la tradición, deberán hacer una fiesta el Día de la Candelaria, precisamente hoy. Aunque la verdad es que pocos son los que cumplen; el festejo debe ser completo, comida, bebida e invitación a todos los que asistieron a la partida de la rosca.

Dícese también que el ganador del mono no está obligado a tanto y que basta con que pague la tamaliza. Pero cualquiera de las dos cosas deberá ser precisamente el 2 de febrero.

Si de cumplir su obligación se trata, todas las organizadoras de pachangas y festejos en las oficinas, deberán recordar que hoy es por lo menos día de tamales. Y como en estos tiempos de globalización nadie se pondrá a hacerlos, por lo menos pueden ir a alguna de las numerosas tamalerías que funcionan en la ciudad

Para desgracia de los perdedores, a estas alturas del principio de año, ya nadie se acuerda de gimnasio, ni de correr, ni de caminatas por El Chamizal. Eso fue en los primeros días, cuando los gordis y las gordis se pusieron sus cortos de licra para mitigar un poco su remordimiento de conciencia. Pero ya a estas alturas ni quien se acuerde de tales promesas, por lo que será muy seguro que le entren a los tamales.

Bueno sería que a todos los que se sacaron el mono el Día de Reyes se les obligue a cumplir, porque si no se hace, empezará a perderse una vieja tradición. Sobre todo, se perderá la oportunidad de comerse unos tamales a costillas de otro. Y como bien se sabe, no hay comida más sabrosa que la que es de gorra. Más en el Día de la Candelaria.

Igual

Pantalón negro, camisa blanca, a veces un moño o una corbata. En la mano, un trapo mojado con el que le dan de vez en cuando una limpiada a la barra. Las manos, hábiles, van y vienen a las hieleras, limpian botellas, parten limones, acomodan saleros y ponen servilletas. También limpian ceniceros y reacomodan las botellas en sus lugares.

Tienen memoria excelente para recordar lo que está tomando cada uno de sus clientes y cuando alguien les grita "¡Igual!", ellos

saben perfectamente qué servir. Sin ver, agarran la botella por el cuello, la avientan al aire y la vuelven a tomar de más abajo; con la izquierda sostienen la medida y sobre ella chorrean el licor, que cae sobre las rocas de hielo que lo esperan. Luego, toman el agua mineral o la coca cola y dejan caer el chorro que, al llegar al vaso, hace esa espuma inconfundible y suelta ese olor distintivo de esos lugares a los que se va a platicar y a dejar correr el tiempo sin la presión de los relojes.

Pero además de esas habilidades evidentes, de esa pericia para partir el hielo y lavar los vasos en cuestión de segundos, los cantineros tienen otra virtud, muy por encima de todas las demás: la de platicar eso que todo el mundo conoce como ***charras*** y que no son sino relatos fantasiosos, anécdotas increíbles, de esas que solo pueden escucharse en las cantinas. Porque uno de los lados amables de los borrachos inofensivos es que después de la cuarta copa o cerveza, la lengua se desinhibe y todos empiezan a contar anécdotas incubadas no solo en las bebidas espirituosas, sino en la mente desbordada de cada uno de ellos. Por eso, en las barras de las cantinas la realidad se arma y se desarma y lo imposible se vuelve realidad.

Parte importante de esa fantasía son los cantineros, especie de enciclopedias vivas en donde se han condensado todas las ***charras*** del mundo. Por eso, cuando la plática decae y los borrachos ya no tienen qué contar, el hombre del pantalón negro y la camisa blanca interviene para reanimar la conversación. Y siempre conoce la historia original o la parte más exagerada del relato, como ese que cuenta que cuando en Parral se proyectó la primera película de un ferrocarril, cuando este parecía salirse de la pantalla, todos los espectadores abandonaron la sala. O esa otra del cronista radiofónico que, emocionado cuando alguien se voló la barda en un partido de beis, gritaba: "¡Y se va, y se va, y se la lleva la ch...!". O la otra, de aquel chile tan picoso que cuando un mudo lo comió soltó un recordatorio maternal para el cocinero.

Ese es precisamente uno de los atractivos de las cantinas: las ***charras***. Y por eso es que una simple cerveza no sabe igual en la mesa de la casa que entre las ocurrencias de los borrachos y la sabiduría popular de los cantineros.

Pluma y libreta

La vida del siglo XXI se complica cada vez más. Antes, los negocios y el trabajo podían enfrentarse con una pluma y una libreta, o hasta unos pedazos de papel en donde tomar nota. Hoy, el equipo que la gente carga es cada vez más costoso y parece que enreda más la existencia en lugar de facilitarla.

Antes, bastaba con traer unos veintes en la bolsa para comunicarse por teléfono. Hoy, es necesario comprar tarjetas telefónicas o saberse una clave para poder usar los servicios que ofrecen algunas compañías. Si se usa un celular, es obligado memorizar la clave de acceso a las largas distancias y hasta el número que se usa después de encender el aparato.

Para hacer compras, ya no basta el monedero o la cartera, porque ahora es necesario cargar con tarjetas de crédito o de débito y saberse los números de cada una de ellas. Si se ofrece comprar un elote en un supermercado, hay que ir a un cajero automático y sacar dinero para cumplirse el antojo.

En estos días para todo hay claves, códigos de barras y bandas magnéticas. A internet se entra con un nombre y un número, al igual que a muchos otros servicios. Los que usan computadora, deben saberse las formas de entrar a los diferentes archivos, porque en estos días de piratería todo puede ser robado y violado.

Los teléfonos celulares ya no son seguros, porque cualquiera puede oír y cada vez se popularizan más los aparatitos que transmiten y reciben con codificadores. Las personas que dicen estar muy ocupadas, van por la calle con sus audífonos y sus celulares minúsculos en la bolsa. Los tableros de los carros también se computarizan y en ellos aparecen números y botones que a veces nadie sabe cómo usar. Las cajas de los supermercados están programadas y los piloncillos tienen su código de barras para reconocer inmediatamente su precio.

En las hamburgueserías hay freidoras computarizadas y los empleados van y vienen con aparatos de comunicación pegados a las orejas. Se popularizan las computadoras portátiles y las agendas computarizadas que pasan su información a las computadoras

de casas y oficinas. Ya no se usan los viles lápices a los que se sacaba punta, sino los lápices electrónicos.

Aunque nadie entienda bien de qué se trata, ahora todo el mundo quiere teléfonos digitales y no análogos. En las casas se identifican las llamadas que entran y a un lado de los sillones está el decodificador que permitirá ver la próxima pelea de box. Se programan también el horno de microondas, el abanico del techo, la videocasetera, la reproductora de discos compactos y el aparatito que apaga la lámpara de la sala. La contestadora graba los mensajes y los celulares conservan los números de los que llamaron.

Con todo esto, la memoria de los humanos parece deteriorarse y a veces dan ganas de regresar a los tiempos en que una pluma fuente y una libretita bastaban.

Novelas y chismes

Lo mejor de todo es que nadie o casi nadie los lee, porque si la gente lo hiciera, podría pasar varias noches sin dormir y se quedaría exactamente como al principio: sin entender ni la primera palabra.

Sucede que en los últimos tiempos, todos los aparatos electrónicos vienen acompañados de su respectivo manual. Al principio eran solamente unas hojitas en donde decía cómo encenderlo y cuáles pasos dar para que la tele prendiera o la licuadora moliera adecuadamente los chiles y las cebollas. Con los tostadores era una cosa parecida, porque se trataba nomás de encontrarle el punto medio para que el pan no saliera muy carbonizado.

Luego, con las videocaseteras las cosas se complicaron, porque las maquinitas podían hacer muchas gracias y el usuario tenía que aprender cómo hacerle para que el artefacto grabara solito la novela del jueves a las ocho o la primera parte de ese partido que sería antes de que los muchachos llegaran a la casa. Como quiera, la gente aprendió y oprimía algunos botones para lograr sus objetivos.

Pero de ahí en adelante el mundo se complicó. Ahora, cuando alguien compra una vil televisión o un teléfono celular, se le entrega una pequeña enciclopedia en donde dice desde los cuidados que deberán tenerse con el aparato hasta los tipos de accesorios

que pueden comprarse. Los *celulocos*, en particular, vienen con un libraco en donde se especifican todas sus virtudes. Los aparatitos pueden programarse para que las llamadas sean pasadas a la casa de la abuelita, o para que los mensajes recibidos sean pasados más adelante a un grupo de cuates. También pueden prohibirse las llamadas a ciertos números y permitirse nomás las que al usuario se le antojen.

Claro que el telefonito puede timbrar de mil formas: con los acordes de la Marcha de Zacatecas o con la cancioncilla de alguna película exitosa. Para no molestar, se le puede pedir que vibre y también puede grabarse la voz del usuario para que dé la bienvenida a quienes le llamen. El tablerito puede aparecer en ruso o en japonés y es posible revisar si hay correos electrónicos.

Para activar todas esas funciones, hay que leer detalladamente cada una de las más de quinientas paginitas de los manuales y si ni aun así es posible, siempre hay un número 1 800 donde algún técnico puede sacar a cualquiera de problemas.

La verdad es que esos manuales casi siempre se van a la basura, porque la mayoría de la gente lo único que quiere es prender la tele para ver sus novelas o saber cómo teclear el número de un amigo para pasarle los últimos chismes.¿O para qué otra cosa son las televisiones y los celulares?

Ni el aire

Ya casi no se ven. Una que otra, de vez en cuando, por alguna de esas calles de El Paso. Por ahí por el centro, por el rumbo de la plaza de los Lagartos o por la zona en donde alguna vez estuvieron las tiendas más populares.

Ese era su medio. Por ahí trabajaban o se paseaban. Eran unas señoras de edad madura, pulcras, de rostro muy maquillado, con polvo que les aclaraba la piel y con colores encendidos en la boca. Su pelo siempre estaba teñido y muy bien peinado. Por lo regular llevaban pantalones de poliéster y zapatos cómodos de suela de goma. Lo que más las distinguía eran unas pañoletas delgaditas, de material transparente, con las que cubrían sus altos y duros peinados.

Eran una generación especial de señoras de origen mexicano que ya tenían mucho tiempo viviendo en aquel lado pero que hablaban bien el español, aunque frecuentemente lo mezclaban con palabras del inglés.

Muchas de ellas trabajaban en las tiendas del centro, en las cafeterías o como cajeras. Los juarenses viejos seguramente recuerdan a aquellas que atendían a los clientes en el Kress o en la Newberry. Claro que ahí no traían su pañoleta y dejaban al descubierto sus tiesos peinados. Usaban la batita del uniforme, que casi siempre era verde o azul, y su apariencia era impecable: no había un solo cabello fuera de su lugar y siempre traían una pluma ensartada en la dura cabellera

El rostro siempre estaba bien polveado y a pesar de su edad, nunca demostraban el cansancio ni permitían que una sola gota de sudor asomara a su cara. Impecables e incansables, iban y venían detrás del mostrador, con los ***hot dogs*** y las hamburguesas que les pedían los clientes. Al salir, se quitaban la bata, se ponían su pañoleta y echaban a caminar a la plaza de los Lagartos, en donde tomaban el autobús que las llevaría a su casa. Algunas caminaban y se perdían en la tarde, para volver muy temprano al día siguiente a colocarse en las cafeterías o en las cajas registradoras donde trabajaban.

Ya casi no se ven. Se fueron junto con las tiendas del centro, aunque todavía pueden verse algunas que caminan por las calles paseñas, como recordando los tiempos idos en que ellas eran el centro de todo y las que atendían a los millares de clientes que iban a esa zona.

A pesar de los años transcurridos, las que todavía se ven caminan con la misma jovialidad de siempre. Con sus zapatos de goma, sus pantalones de poliéster, sus pañoletas transparentes y, sobre todo, con esos peinados duros y elaborados a los que ni el aire de febrero les hace algo.

Nomás medio plato

Fin de semana por la noche. Sobre la cocina hierve una olla que despide olores poco gratos. Son desagradables pero soportables, porque anuncian una pequeña fiesta. El hervor puede durar varias horas en algunos casos y no es extraño que la flama se sostenga por toda la noche, para que el contenido del recipiente quede perfectamente cocido.

A lo que está adentro no hay que agregarle muchas cosas. Según el estilo de acá del norte, basta con ajo, cebolla y sal. El resto lo hace la lumbre y, desde luego, la mano de la cocinera o el cocinero. Ya por la mañana, cuando todo esté cocido, habrá que poner lo demás: el chile bien molido y colado, el maíz y un poco más de sal para que quede a punto.

Ya a estas alturas se perdió el olor del principio y se percibe un aroma fuerte pero conocido. Es hora de picar la cebolla muy finita, de moler un poco de chile, de partir los limones, de limpiar el orégano y de ir por el pan. Quizá el viaje sea lo menos agradable, porque en sábado o domingo por la mañana a nadie se le antoja ir a la panadería, mucho menos en las fachas en las que la gente acostumbra andar en esos días.

Pero ni modo, hay que echar a andar el carro o correr a la esquina a comprar los bolillos, porque así se acostumbra en el norte. Si el pan está un poquito doradito, mucho mejor, a partirlo en mitades o en tercios y todo está listo. Se mete el cucharón a la olla humeante y se llenan los platos, que preferiblemente deben ser de barro, aunque también son adecuadas las cazuelas de colores encendidos.

La servida es al gusto de los comensales, porque hay quienes quieren más carne que maíz y hay otros que prefieren el caldito, para remojar en él los pedazos de bolillo o para exprimirle con gusto dos o tres limones.

La mezcla de olores es inconfundible. Esas mañanas tienen aroma de limones, orégano, cebolla y pan calientito. Los ruidos son también únicos: las cucharas que chocan contra las cazuelas, el tronar del pan entre los dientes, los silbidos que salen de las bocas de los que se enchilaron.

Son desayunos en los que muy pocos se hacen de la boca chiquita y todos repiten. La respuesta cuando se les ofrece el segundo plato siempre es la misma: "Sí, pero nomás medio platito". El que tiene el cucharón en la mano sabe que eso se dice de los dientes para afuera y sirve con toda la mano, con la seguridad de que no habrá quien deje algo.

Y al día siguiente, cuando se recalienta lo poco que quedó después de la batalla, sabe aún mejor. Ya es casi puro maíz y se come con el pan sobrante, pero los que tienen la oportunidad de probarlo, lo saborean más. Quizá porque las últimas gotas de las botellas y las últimas cucharadas de la olla son lo mejor de todo. Y más cuando se trata de un menudo hecho en casa.

Color de rosa

Son las dos de la tarde. El parque se ve desierto y solamente se siente el ruido que hace el aire al pasearse por las gradas del estadio.

Los árboles se mueven y el murmullo que provocan rebota en las cortinas metálicas de los puestos de comida, que a esa hora se encuentran cerrados. No hay elotes en vaso ni taquitos con mucho repollo; tampoco hay chilindrinas ni lonches de cola de pavo.

Por allá por el fondo, uno de los lugares se encuentra abierto, pero solamente vende los refrescos que a esa hora necesitan algunos para acompañar la comida.

No hay música ni olores. Tampoco hay griterío infantil. El parque Borunda está solo, como si esperara la llegada de la tarde. El quiosco se ve solitario y son unas cuantas las personas que lo atraviesan.

A esas horas el espacio para estacionarse sobra y una camioneta que llega no tiene problema para pararse. De ella bajan un hombre maduro, que hace rato pisó los sesenta, y un niño que apenas empieza a hablar. El pequeño brinca y echa a correr, pero a los pocos metros se regresa y se mete la camioneta antes de que el señor cierre la puerta. Saca una pelota de playa medio desinflada, la toma con dificultad entre sus dos brazos y echa otra vez a correr.

El hombre, el abuelo, cierra la camioneta y alcanza al pequeño. Le quita la pelota y con la boca le echa el aire que le falta. Mientras hace esto, el niño habla sin parar y apunta hacia uno de los lugares del parque. Jala el pantalón del abuelo hasta que este avienta la pelota para que el niño la persiga. Atraviesan los puestos cerrados a esa hora y se van por el rumbo del quiosco, donde el niño empieza a correr incansablemente seguido por el abuelo. El pequeño sigue hablando y el hombre le contesta. Se entienden, discuten, ríen y representan, a esas horas, la eterna escena del niño y el viejo que comparten el juego y la alegría de perseguir una pelota.

No hay música, ni caballitos, ni otros niños, pero para una buena tarde bastan un nieto y un abuelo. En medio del juego, el pequeño cae y se llena la cara de tierra. El hombre lo limpia y lo hace reposar un rato, sentado, para que ambos agarren aire.

Como surgido de la nada, aparece un vendedor de algodones de azúcar que va de paso. El abuelo chifla y el niño corre. El niño se pinta la cara de color de rosa y el hombre paga la golosina. El vendedor se aleja y ellos dos también. Antes de subir de nuevo a la camioneta, el viejo, con su pañuelo, limpia las manos y la cara del pequeño.

Es el viejo parque Borunda, donde una vez más se representa la eterna escena del nieto y el abuelo, de la cara chorreada y del algodón de azúcar, tan dulce como todos los recuerdos de la infancia.

De a veinte y cincuenta

Bailaban, se movían, temblaban a cada paso. Iban dentro de un cristal, pero de todas formas se veían temerosas, inseguras, como si supieran cuál sería su destino final.

Todos los días recorrían la misma ruta: iban de barrio en barrio y a veces se paraban en las esquinas. Durante las tardes, tenían que esquivar los pelotazos de los muchachos que jugaban en las calles y a veces se detenían en alguna banqueta, donde se exhibían ya un poco más quietas, para que los chicos y los adultos pudieran admirarlas.

Eran en verdad atractivas. Había chicas y grandes, caras y baratas. Algunas tenían fresas adentro y otras unas pequeñas pasitas remojadas. También había unas muy sencillas, de agua, que se veían tan apetecibles como las de leche. Viajaban a bordo de una pequeña vitrina que tenía varios niveles, en el último de los cuales iban unos pedazos de hielo que chorreaban agua helada para mantenerlas frescas a todas.

Eran gelatinas de varios colores y sabores, que todas las tardes eran paseadas por barrios y colonias. Las cargaban unos señores

de andar pausado que invariablemente usaban sombrero y unos zapatos que lucían la tierra levantada por muchas calles.

El sabor inigualable de ellas todavía lo recuerdan muchos juarenses. Las de leche eran de fresa o de vainilla. Las de agua eran de limón, fresa, uva, naranja. Podían tener trozos de fruta adentro y en ocasiones lucían unos grandes pedazos de nuez. Las más pequeñas, las más simples costaban un veinte y las otras un tostón, aunque también había de sesenta centavos, las que eran compradas por unos cuantos.

Curiosamente, a pesar de los calores, porque solamente se vendían en esa época, esas gelatinas no se desintegraban con el sol. Alimentadas por las gotitas de agua fría que les escurrían, aguantaban toda la tarde. Temblaban, sí, pero no era por miedo, sino por el caminar de los señores que las cargaban y porque no hay gelatina que no lo haga.

Uno de sus inconvenientes era que a veces les caía un poco de tierra. Pero fuera de ese pequeño detalle, no había quien se les resistiera. Además eran de a veinte y de a tostón.

Como todas las cosas del viejo Juárez, un día desaparecieron y nunca más han vuelto a pasearse por esas calles veraniegas.

Rojo y negro

Todavía pueden verse por ahí, en las papelerías, en las misceláneas, en los lugares en donde venden equipo para oficina. Son de dos colores: negro y rojo. Vienen envueltas en celofán o en una cajita de cartón y en algún tiempo fueron muy cotizadas por estudiantes y secretarias.

Las cintas de dos colores para máquinas de escribir permitían hacer lucir más los trabajos escolares y cualquier tipo de escrito. Como en esos años no había computadoras, era necesario pulirse a la hora de mecanografiar. El tamaño de letra era solamente uno, pero era posible poner algunas en rojo.

Escribir cualquier cosa requería de verdadera dedicación. No había lugar para los errores, porque los jefes, o los profesores de mecanografía, exigían que las hojas salieran sin mancha.

Hubo años en los que ni siquiera existían los frasquitos de corrector blanco que para muchos fueron una salvación. Antes de ellos, lo más que se podía hacer era conseguir un buen borrador y con ellos desaparecer el teclazo mal dado. Pero no más de uno, porque se notaba y podrían regresarlo o calificarlo mal.

Por eso cada teclazo se daba con cuidado. Y aunque hoy suene casi imposible, el que usaba una máquina de escribir se las ingeniaba para centrar los títulos y para poner con mayúsculas lo que quería destacarse. También podían subrayarse algunas palabras, pero las buenas secretarias sabían que no debía abusarse de esos recursos.

En las oficinas públicas, como los juzgados, era impresionante ver a algunas mujeres teclear a gran velocidad, entre el ruido de sus pulseras y el sonido metálico propio de esas máquinas. No se les veían los dedos y eran muy pocos los errores que cometían. Ni siquiera podían darse el lujo de usar un borrador o un corrector líquido, porque los declarantes o los abogados estaban frente a ellas con cara de angustia.

Las cintas de dos colores eran un lujo que no todos podían darse, porque no todas las máquinas tenían la palanquita para seleccionar entre el negro y el rojo. Por otra parte, esa cinta bicolor era más cara que la negra o la azul y en ocasiones los estudiantes no completaban para comprarla, aunque se tratara de trabajos finales.

Pero esas historias solo las entienden los viejos de hoy. Los chicos de este siglo, acostumbrados a corregir mil veces en la pantalla, no tienen ni la más remota idea de lo que significaron esas cintas, ni se imaginan tampoco el trabajo que era entregar una tarea sin errores.

Aquellos fueron otros tiempos: los de las cintas de dos colores.

¿Cuernos o cruz?

Principios de los años sesenta. Barrio Bellavista, con sus casas de adobe y sus vecindades largas que ocupaban manzanas enteras. En sus calles transcurría la vida completa; todo sucedía entre los muros de sus construcciones. No había salones de fiestas infantiles, ni abundaban los lugares para las grandes celebraciones. La

gente cumplía años y se casaba en la sala de su casa o en el patio. Hasta los difuntitos eran despedidos entre las paredes de lo que fue su hogar, a donde llegaban las condolencias y los rezos de vecinos y parientes.

Todo dentro del barrio y todo se quedaba en casa, aunque había unos cuantos lugares a donde la gente podía ir si esta les quedaba chiquita. Salones sindicales, también de adobe y grandotes, que no tenían más lujo que unas sillas viejas y unas mesas más viejas todavía en las cuales se acomodaba el pastel y se colocaban las jarras de cerveza.

Pero para divertirse no hacían falta ni los salones ni las invitaciones impresas. La noticia corría de boca en boca y las casas eran suficientes para atender a los invitados. Las vecinas prestaban sillas y la concurrencia se acomodaba como podía, a veces hasta encima de las camas o en la cocina que se quedaba vacía y en la que se refugiaban los señores para estar cerca de las botellas y de la comida.

Eran fiestas familiares y del vecindario, porque todos participaban. Para los cumpleaños de los pequeños no era necesario rentar salones o llevárselos a una hamburguesería y dejarlos enjaulados con los jueguitos por varias horas. Las mamás y los papás arreglaban los patios y en ellos se le daba a la piñata hasta por debajo de la lengua. Nunca faltaban dos muchachos o dos señores que se treparan a la azotea o a un árbol para detenerla y siempre había una señora que vendaba los ojos a los invitados, para hacerles luego la vieja pregunta de: "¿Cuernos o cruz?".

Desde luego que los pingos siempre mentían y con un ojo medio descubierto le tupían duro al artefacto de papel y engrudo, hasta que se oía el golpe seco en la olla y brincaban los dulces que todos corrían a recoger del suelo.

No había ni fichas para los jueguitos ni pedazos de pizza. Las señoras servían platos con nieve y pastel comprado en las calles del centro de El Paso, porque allá salían más baratos. Para entretener a la chiquillada, nunca faltaba una tía que pusiera juegos ingeniosos que arrancaban las carcajadas de los adultos.

En esas fiestas estaba la mitad del barrio y se prolongaban hasta en la noche, porque las señoras aprovechaban para platicar mientras la chiquillada se entretenía bajo la mirada vigilante de todas. No había brinca-brinca ni discos, pero ni falta hacían, porque la piñata y el ingenio de las señoras eran el alma de esas reuniones.

Pero eso fue en el siglo pasado y en el viejo barrio de Bellavista, donde se guarda una buena parte de los mejores recuerdos de esta ciudad.

Cucarachas

Tarde de marzo. El aire levanta la arena del desierto y la hace volar para que se estrelle en los vehículos que a esas horas entran a la ciudad. A lo lejos, Juárez apenas se distingue, se ve chaparrona, medio llena de tierra, con su cerro al fondo y el cielo azul en las alturas.

Kilómetros antes de la entrada están unas madrigueras hechas de cartón y de madera. También está la cáscara de lo que alguna vez fue una casa móvil. Todo está sucio y en desorden. Hay basura por todas partes y unos rótulos que le hacen adivinar al viajero que ese es uno de los retenes instalados en la carretera. Alrededor de las chozas caminan hombres de uniformes negros, con las pistolas ocultas debajo de la lonja. Llevan pantalones y camisolas de color oscuro, cubierto por arena, la cual los hace ver como cucarachas de panadería, que se acercan a los autos que cruzan por ahí.

Tienen rostros que inspiran desconfianza y actitudes que atemorizan. Son policías pero se conducen como gavilleros. Uno de ellos, con el "cuerno de chivo" cruzado en la espalda, se come un burro y avienta al piso el papel que lo envolvía para dirigirse a inspeccionar un carro. Otros llevan camisetas amarillas y parecen ser los chalanes, porque son los que se arrastran debajo de los autos para revisarlos. Tienen la espalda llena de tierra y aunque no van armados lucen el mismo aire de prepotencia que los otros.

No saludan, no se identifican. No conocen ni la cortesía ni la educación. Tienen cara de delincuentes y hacen esfuerzos por parecer desalmados. Los automovilistas que pasan por el lugar los ven con justificada desconfianza, porque saberse en el desierto con la compañía de esos sujetos, es algo que no tranquiliza a nadie.

Dos de los mozalbetes de amarillo, sucios, apestosos, mal fajados, se suben a un autobús de pasajeros y pasean su mirada torva entre sus ocupantes. A medio camión, uno de ellos fija la vista en el portaequipajes y le dice a su compañero: "Hay que quitar esto, güey, porque a veces aquí traen el clavo". Para apoyarse, el

sujeto pone la pata sobre un asiento (si tuviera pie, no lo pondría) y con un desarmador quita varios tornillos, mientras escupe su baba sobre el pasillo.

No encuentran la esperada droga y se bajan. En el ambiente dejan su aroma y su prepotencia. Ya en la carretera, se meten a su madriguera mientras otros de sus compañeros, como cucarachas de panadería, caminan de un lado a otro.

Don Marcos

Estuvo en el lugar en donde ahora se encuentra un banco, sobre la avenida Juárez, a unos metros de la 16 de Septiembre y a varias cuadras del puente, en el mero corazón de la ciudad, en el centro único, en el punto donde coincidían siempre todos los que vivían aquí. Frente a ella pasaban los tranvías, los taxis que recorrían la Juárez, los turistas recién llegados, la gente que corría a sus trabajos y los jovencitos que iban a las escuelas. Además, enfrente estaba uno de los pocos bancos que había en la ciudad y a donde la gente acudía muy seria y formal a hacer sus depósitos y sus pagos.

Como eran tiempos en que no existían ni las tarjetas de débito ni los cajeros automáticos, los clientes de los bancos no eran muchos. Eran tiempos tan formales, que la gente se sentía obligada a vestirse de manera elegante para subirse a un avión o depositar en su cuenta de ahorros. Además, el banco no era de cartón y colores chillantes, como los que ahora proliferan, sino de mármol y de colores oscuros que le daban mucha seriedad.

Precisamente frente al Banco de Juárez estaba la tienda. No tenía un nombre exótico y se llamaba como su dueño: Marcos M. Flores. Aunque no se anunciaba como tienda departamental, los juarenses sabían que en ella podían encontrar de todo: desde mole oaxaqueño hasta vestidos de novia, pasando por guayaberas yucatecas y tambores para la banda de guerra.

No era muy grande, pero en ella cabía todo. Hasta ese lugar iban las costureras por los hilos, los botones y los listones. También iban los sastres a comprar telas y las madres de familia a adquirir los uniformes. Si de bautizar se trataba, allí se podía encontrar todo lo necesario, con excepción del bautizado. Como correspondía a la época, era una tienda amplia, de grandes espacios abiertos, en la que la gente podía caminar y contemplar a sus anchas.

Eran los tiempos en que no había centros comerciales ni cadenas de tiendas. A veces, a la gente le parecía muy fastidioso ir a El Paso y preferían quedarse en las locales, las que no eran muchas y además estaban casi juntas en la zona centro. Pero cuando a alguien se le dificultaba encontrar algo, el consejo siempre era el mismo: "Ve con don Marcos, ahí lo encuentras...".

Y muchas novias encontraron ahí sus vestidos, como muchas personas encontraron el regalo de Navidad o el uniforme para el pequeño. Ahí, con Marcos M. Flores, en la Juárez, casi esquina con 16, frente al banco.

Hasta la nostalgia...

En las orillas tenían dos espejos grandes y alargados. Eran los que cubrían las puertas laterales. En la parte media había una hilera de cajones y sobre ellos otra pequeña puerta que también estaba cubierta por otro espejo.

En total eran tres espejos amplios, suficientes para contemplarse en ellos por las mañanas, cuando la gente sacaba de ahí la ropa para arreglarse e irse al trabajo o a la escuela. Tres superficies reflejantes por las que pasaba toda la familia y que duraban tantos años que a veces se iban poniendo opacos, como opuestos a seguir permitiendo que en ellos se contemplara la vanidad.

Los roperos viejos eran grandes, no tanto como los llamados clósets de hoy, pero en ellos cabía todo. Nadie se explica exactamente cómo, pero ahí metían chamarras, abrigos, camisas, pantalones, vestidos y todo lo que la gente siempre ha usado tanto en verano como en invierno. Y no solamente cabía, sino además quedaba espacio para las cosas viejas, para esas prendas en desuso de las que nadie quiere deshacerse. Debajo de la ropa colgada, en el hueco que quedaba en el piso de esos muebles, se acumulaban pantalones, sábanas, cobijas, trapos y hasta el vestido de novia que usó la señora de la casa.

Porque en los roperos cabía todo, absolutamente todo, hasta los recuerdos. Tan amplios eran, que el archivo familiar se conservaba precisamente en la pequeña puerta situada en el centro. Ahí, en la parte alta, arriba de los cajones, estaba ese hueco donde se ponían los documentos familiares, las cartas y todo lo que era importante. A veces, ahí estaban esas pequeñas cajitas de madera en donde se acostumbra guardar las joyas y los tesoros de la madre o de la abuela. Eran los lugares prohibidos para los niños y eran precisamente los que más curiosidad despertaban, porque en ellos se refugiaban todas las cosas viejas y más valiosas.

Ahí podía estar el dinero, pero también estaban las invitaciones de bodas o quinceañeras a las que la familia había asistido. Era como la caja fuerte de la casa, como el pequeño museo en donde el tiempo transcurría de manera más lenta y donde los años parecían detenerse. A veces, esos sitios tenían llave, grandota y pesada, pero la mayoría de las veces no hacía falta usarla, porque todos sabían que era necesario respetar lo que ahí se guardaba.

Así eran los roperos. Casi unas cajas sin fondo en donde cabía todo, desde los pantalones de uso diario hasta las reliquias familiares. Y por si fuera poco, duraban toda la vida. Tanta era su duración, que a veces la gente se aburría de ellos y los cambiaba por otros.

Por desgracia, fueron desterrados cuando a la gente le entró la fiebre de los clósets. Fue entonces cuando los roperos se fueron a los cuartos de los tiliches, o terminaron convertidos en leña. Pero quienes así se deshicieron de ellos ahora pagan su pecado, porque en los clósets nada cabe y en los roperos cabía hasta la nostalgia.

Con manteca

En tiempos de ofertas semanales, de martes de verduras y de viernes al dos por uno, los recuerdos parecen borrarse. Hoy las amas de casa compran los periódicos y corren presurosas a las tiendotas en donde se anuncian más baratos los tomates y las cebollas. Se buscan los mejores precios para que los pesos se estiren y alcancen.

Ahora, la costumbre es escuchar el carrito, oír el rechinido de sus ruedas, sentir su caminar chueco y recorrer los pasillos para ver si todavía queda jabón del anunciado o naranjas de a 95 centavos el kilo.

Así son ahora los días de compra, pero hubo tiempos en que eran completamente diferentes, cuando casi todo se adquiría en las tiendas del barrio o en las que los chinos tenían en el centro de la ciudad. La costumbre de correr a los abarrotes por las mañanas todavía permanece, pero ya no es generalizada. Antes, casi nadie se escapaba de pegar la carrera con el tendero para comprar el pan blanco, los chiles curtidos, el estropajo para el baño o el veinte de brillantina líquida, la que se despachaba con embudo y que era de un verde intenso o de un rojo profundo.

Antes de que la gente se asustara con los efectos nocivos del colesterol y le agarrara pánico a la manteca de puerco, esta se vendía en todas partes y era la reina de la cocina. Ninguna señora guisaba con aceite, porque la comida no sabía. Los frijoles, la sopa, la carne, todo se preparaba con manteca, la que se vendía en unas barras azules de a libra y que provenían de Estados Unidos, como muchos de los productos que se vendían aquí.

A mediodía, era común que llegaran las señoras y compraran el arroz o las pastas para la sopa, junto con media libra de manteca, porque esta se vendía por mitades y hasta por cuartos. Con el cuchillo filoso con el que se despachaba el salchichón y el queso, el tendero hacía un corte en la barra envuelta en una cajita azul. Cuando no había para más, con un cuartito bastaba y sobraba. Era suficiente para todo, hasta para refreír los frijoles.

Esa manteca era indispensable para las tortillas de harina y por eso cuando llegaban a la tienda a comprarla, junto con su bote de Royal, ya se sabía que pronto las señoras estarían ante el comal.

Eran los tiempos de la media libra de manteca, de la media barrita de mantequilla, del peso de queso, del peso de salchichón, de un veinte de chiles curtidos, del cuarto de litro de leche, que se medía con una botellita que siempre estaba en el refrigerador.

Años en los que los pesos parecían alcanzar para mucho y hasta las mitades alcanzaban para todo.

Galanes del XXI

Los tiempos cambian y las costumbres también. Cada día, hay objetos y hábitos que entran en desuso, que se olvidan. La cortesía, entre otras cosas, es considerada desechable, que puede sustituirse por ropa de marca o por cualquier baratija de moda.

Para atraer la atención de una muchacha, los jovencitos del siglo XXI ya no les dicen versos ni les envían cartas. Tampoco piensan en llevarles serenatas o en enviarles unas flores.

Hoy, los muchachitos se ponen unos pantalones holgados y una camiseta aguada con el logotipo de un diseñador conocido y creen que con eso basta para que ellas caigan rendidas a sus pies. Lo peor de todo es que a veces sucede.

Los rastrillos y los peines están en desuso. Ahora los jóvenes se ponen una cachucha para tapar los pelos sebosos y se dejan crecer los pocos pelos de la cara con la excusa de que es lo que está de moda. Ya no se acostumbra sacarle lustre a los zapatos, ni planchar bien la raya de los pantalones o ponerse una camisa impecable. Hoy toda la ropa parece mascada por un burro y a veces los adultos no pueden creer que por esos trapos que se cuelgan paguen centenares de dólares.

Antes, para ir a ver a una muchacha, el pretendiente se rasuraba, se perfumaba, se peinaba, se ponía su mejor pantalón y se boleaba. Se echaba un chicle a la boca y se iba pensando en sus mejores frases para que las oyera toda la familia de la chica. Nada de palabrotas ni de modales groseros, nada que pudiera sonar mal o verse mal. Todo era recato, prudencia y buenas maneras.

Hoy, los muchachos llegan a buscar a las novias a bordo de sus camionetotas. No se bajan a tocar y en lugar de eso pitan para que oiga toda la cuadra. Llevan una cachucha al revés de la cual salen algunos pelos mantecosos y casi siempre van acompañados de un amigote con el que hablan con puras palabrotas. El estéreo lo ponen a todo volumen y cuando llega la chica, ni siquiera escuchan lo que dice. Desde luego que no le abren la puerta ni la ayudan a entrar y a veces todavía no sube sus femeninas extremidades cuando ya el pelafustán arrancó con un rayón de llanta.

Años atrás, cuando los galanes iban a ver a la novia pasaban por la tienda de la esquina y se compraban un chicle o un paquetito de pastillas aromáticas para disfrazar el mal aliento. Iban ellos con la camisa bien planchada y el pañuelo blanco impecable.

En estos inicios de milenio, las cosas son diferentes. Dicen algunas señoras que ya no hay caballeros y parece que es cierto. Los muchachos se empeñan en comportarse como pelafustanes y, lo que es peor, a ellas parece gustarles las palabrotas y los malos modales. Ahora ellos y ellas se fijan no en lo planchado de la ropa, sino en las marcas. Cuenta más el modelo del carro que las palabrotas que salen de la boca de los galanes.

Así empieza este esperado siglo XXI.

Los llamaba ángeles

Llegó a la ciudad hace algunos años. Después del 85, posiblemente, cuando algunos habitantes de la capital se vinieron a estas tierras luego del temblor que causó destrozos e hizo emigrar a algunos. Vino a trabajar y lo hizo desde su llegada. Después, su amor a la música y a los animales la hizo rodearse de perros y de discos. Un día llegó a una estación de radio y su voz empezó a escucharse y a volverse popular.

Para algunos, era una mujer extraña, porque no hablaba de modas ni de frivolidades. Le gustaba la música clásica y otros temas generalmente olvidados. Hablaba con el tono de las viejas directoras de primaria y con la seguridad de los que se han pasado una parte de su vida en los libros.

Agresiva, tenaz, defensora de la mujer, protectora de los animales y un poco comecuras, la doctora Uranga empezó a ganarse un espacio que no estaba ocupado. Su programa sabatino comenzó a ser más escuchado y para muchos resultaba entretenido oírla en sus largos monólogos que más bien parecían diálogos con ella misma.

Polemizaba, reía, reseñaba y lo mismo recurría a la ternura que a la mordacidad. A través del micrófono se ganó amistades y el reconocimiento de quienes veían en ella a una mujer que supo, con su tenacidad, recordarle a muchos que la radio puede ser profunda y educativa.

En un auto viejo, que a veces la dejaba tirada, recorría centros comerciales para comprar su música y sus libros. Preparaba a conciencia cada uno de sus programas semanales y en ellos ponía un pedazo de su corazón, porque otro estaba reservado a los perros, especialmente a los callejeros, de los que fue benefactora. Alguna vez de ellos dijo que eran ángeles enviados a la tierra en misión especial.

Era una mujer ya en la tercera edad, que no ocultaba sus simpatías. Se ubicaba del lado de los desposeídos y. era furibunda defensora de los derechos de la mujer. No comulgaba con las visiones empresariales del gobierno y jamás se detuvo para señalar lo que le pareció injusto o indebido. La doctora Uranga fue joven a pesar de sus muchos años. Al aire, su voz se oía con una vitalidad que ya la quisieran muchas comunicadoras de la nueva ola.

Hace una semana, repentinamente, se despidió de este mundo. A unas vecinas les encargó a sus animales y no quiso que nadie fuera avisado de la enfermedad que pronto se la llevó. Con ella vivían tres perros y siete gatos que hoy la extrañan. Todos esos animales —ángeles, los llamaba ella— fueron rescatados de la calle y hoy se ven tan tristes como todos los que la conocieron.

No se escuchará más a la doctora Uranga por la radio. No se oirán ni sus comentarios inteligentes ni sus críticas certeras. La buena música y los animales han perdido una defensora, pero su recuerdo queda entre los que la escucharon y disfrutaron su amor por la vida.

Descansa en paz, en el lugar reservado para los justos y los caritativos.

De madera

¿Dónde quedaron? ¿Están guardados en alguna bodega olvidada o fueron convertidos en leña? ¿Estarán en alguna tienda de antigüedades o están convertidos en polvo?

No se sabe. Es probable que anden por otras tierras, que a pesar de sus patas inmóviles, de palo, se hayan desplazado hasta otras ciudades y allá se encuentren trabajando sin descanso. Quizá están en sitios en donde la modernidad aún no llega y eso les permite conservar el encanto que alguna vez los hizo irresistibles para los pequeños y también para los grandes.

Son una especie casi extinguida, pero existieron en casi todos los pueblos y ciudades. Aquí, se les vio principalmente por el rumbo de la Juárez, cerca del puente, a unas cuadras de la 16 de Septiembre.

Rígido, incansable, aquel caballito de madera sirvió para que los pequeños se tomaran la foto obligada: ellos, trepados en el cuaco, con un sombrerito charro y a un lado el papá o la mamá, como deteniendo al animal para que no se moviera. A veces, el niño salía con las cananas atravesadas y un rifle de palo colgado a la espalda. Si eran niñas, también salían con sus gorritos y la avenida Juárez a sus espaldas.

Eran unas fotos tiesas, tan duras como el caballo, donde los más sonrientes eran los curiosos que se paraban alrededor. Aunque estos caballitos de palo, de patas brillantes y mirada fija, no solamente servían para las fotos infantiles. También los gringos eran muy afectos a treparse a ellos y sentirse Pancho Villa. Se trepaban al animalito, se ponían el sombrero y a veces se cruzaban el jorongo que acababan de comprar en las curiosidades. También les daba por levantar la botella de tequila recién comprada y hasta gritaban cuando el fotógrafo accionaba la cámara.

Eran unas fotos color sepia, con esos tonos que parecían volverlas más antiguas. Se revelaban con el procedimiento viejo y ahí mismo en la cámara de madera. Por eso cuando las entregaban estaban aún húmedas y con ese aroma parecido al vinagre que tenían todas las fotografías de la época.

El caballito de la Juárez duró muchos años en su lugar, sin que el tiempo lo afectara. Varias generaciones se treparon en sus lomos y muchos miles de fotos le fueron tomadas.

De esos retratitos en tonos café, muchos andan todavía por ahí, en el álbum de la familia o entre las cajas de papeles viejos que se guardan en toda casa.

Pero ese caballito de madera, el de las fotos, hoy es un ejemplar perdido. Nadie sabe su destino final, pero es posible que algún día él y sus compañeros regresen a posesionarse nuevamente de las calles de esta ciudad.

Primavera y otoño

Es 21 de marzo y los árboles deberían estar reverdeciendo, los pajarillos tendrían que estar cantando y hasta una mariposa debería aparecerse para anunciar la llegada de la nueva estación.

Pero hoy, en el nuevo milenio, las cosas ya no suceden así. La primavera entra cuando le da su gana, el invierno se despide a la hora en que se le ocurre, el verano se prolonga varios meses y el otoño parece haber desaparecido.

El año pasado, el verano se prolongó más allá de septiembre y cuando empezó octubre, el frío ya estaba encima. Los árboles no tuvieron tiempo de ponerse amarillentos, porque sus hojas todavía estaban verdes cuando las temperaturas bajaron e hicieron temblar a los juarenses.

Antes, las estaciones y las épocas del año estaban claramente definidas. Enero era el mes frío, quizá más frío que diciembre, con nevadas, tuberías congeladas y ventanas empañadas. Febrero era el mes frío y loco, de los aires desatados, de la arena que se levantaba con furia desde los cerros y se metía en los ojos de los juarenses. Marzo estaba más loco que febrero, porque era de polvaredas y de temperatura cambiante; era también mes de papalotes y de comida de Cuaresma. Abril era tranquilo, de amaneceres y tardes frescas, de noches tranquilas sin frío ni calor, de días en los que lo mismo se podía tomar una cerveza que un café. Mayo tenía un clima adecuado para la pachanga, con noches adecuadas para las serenatas y tardes que ni mandadas a hacer para los días de campo de los estudiantes y las carnes asadas familiares. Junio era caliente pero soportable, mes para echar a funcionar los abanicos y abrir de par en par las ventanas. En julio empezaba a planchar el diablo allá atrás de los cerros, con noches quemantes y pavimento ardiente; mes de temperaturas insoportables, sudores y mucha agua. Agosto era el de los lamentos, el del calor que se negaba a irse, el de la ciudad ya recalentada y fatigada. Septiembre, mes patrio, era adecuado para el grito y el desfile, con noches tibias y atardeceres menos agobiantes. Octubre era el de la luna hermosa, el de las tardes frescas, de los árboles dorados y de las ventanas que se cerraban por la noche. Noviembre era el mes en el que empezaban los fríos, cuando se cerraban ventanas y se encendían calentadores, cuando se empezaba a beber café y a dejar las estufas prendidas por más tiempo. Finalmente, diciembre era el mes frío, de las cobijas, chamarras, tamales, buñuelos, Navidad, nevadas, heladas, blancos y carros patinando sobre el pavimento.

Así eran las estaciones y los meses antes. Hoy, todo está revuelto: el verano se come al otoño y el otoño engulle al invierno. Hoy es primavera y los juarenses todavía no se deshacen de las chamarras. Y no es improbable que, como ya ha sucedido, caiga una nevadita allá por Semana Santa.

Jeringa y sonrisa

Llegó el nuevo milenio, pero su recuerdo perdura. A pesar de que ya se extinguieron, de que ya no existen ni aun en los pueblos más abandonados, todavía persiste su imagen en la memoria de muchos. Y no solamente su figura, porque también se recuerda ese olorcillo característico que siempre las acompañaba.

Fueron personajes de los barrios y los pueblos, en los que se reprodujeron allá por los años cincuenta y los sesenta. En aquellos tiempos no había productos desechables y casi todos los objetos se usaban una y otra vez.

Eso exactamente pasaba con las jeringas que cargaban aquellas señoras, que en algunos casos eran enfermeras y en otros simples mujeres que en algún momento aprendieron a usar aquellos artefactos que atemorizaban a todos los niños.

Siempre, en cada barrio, había una señora que inyectaba. Por lo regular vivía en la casa de la esquina o a veces en un departamento que todo el vecindario conocía.

Cuando algún chamaco del vecindario se enfermaba y lo agarraban la tos o la calentura, lo más probable era que al segundo o al tercer día mandaran llamar a la señora de las inyecciones.

Para desgracia de sus víctimas, estas damas siempre estaban despiertas y dispuestas a lanzarse a la calle con su jeringa de aguja chata. No importaba que estuviera nevando, que cayera granizo, que las banquetas estuvieran congeladas o que los vientos arrancaran moras y olmos. Ellas siempre abrían la puerta con una es-

pecie de sadismo y se ponían con rapidez su suetercito para ir en busca del enfermo que para esas alturas ya temblaba más por el miedo que por la fiebre.

Agarraban su estuchito que invariablemente estaba a la mano y atravesaban con rapidez las calles del barrio. Al llegar a la casa de la víctima, pedían que les prendieran la estufa para poner a hervir su artefacto.

Luego, lanzaban su mirada por toda la casa y preguntaban con una voz pretendidamente dulce: "¿Y dónde está el enfermito?"

En esos momentos el enfermito se encontraba blanco como cáscara de cebolla y a veces sujeto por los fuertes brazos de una tía. Luego, montada en su sadismo, la de las inyecciones decía con una sonrisa de bruja: "No te va a doler, Pedrito, es nomás un piquetito".

Mientras pronunciaban estas palabras, limpiaban la aguja y la hacían lanzar un chorrito al aire. Con un algodón empapado de alcohol se lanzaban entonces sobre el infeliz chamaco al que ya sujetaba la familia entera.

Para rematar, siempre decían lo mismo: "¿Verdad que no te dolió?" Para colmo, hasta les pagaban. Tres o cinco pesos, que ellas recibían disimuladamente, como si no estuvieran acostumbradas a cobrar.

Se iban con una sonrisa en el rostro y regresaban a su hogar, donde se sentaban en alguna cama o silla, para estar listas cuando llegara alguien más a solicitar sus servicios.

Ya no existen, pero cuando algunos adultos perciben el olor a alcohol, todavía se acuerdan de aquellas señoras de las inyecciones y esa sonrisa inhumana que las acompañaba.

Entre dos siglos

Detrás de la caja está una fotografía antigua, donde aparecen algunas meseras sonrientes. Es de hace muchos años y tiene esos tonos cafés inconfundibles de mediados del siglo pasado. Ellas formaron una generación de trabajadoras de ese lugar que aún perdura, con su mismo olor a café, sus mismos canastos de pan y sus mismos personajes.

Las meseras de hoy, de este nuevo milenio, parecen haber sido arrancadas de la foto. Parecen la reproducción de las de hace unos decenios. También traen uniforme y una pluma clavada en el pelo o en la oreja; igualmente usan zapatos bajitos y se mueven incansables acarreando el café con leche o los platillos chinos que la clientela consume sin prisa.

La Nueva Central en verdad fue nueva en el siglo XX, pero tiene la facultad de reproducirse. Los personajes de siempre parecen haber sido clonados para permanecer eternamente alrededor de esas mesas.

Espacio democrático e incluyente, se diría ahora, donde verdaderamente se dan los consensos, porque todos los que ahí van están de acuerdo en vivir sin prisas, en detener el tiempo, en recuperar el olvidado sabor de la plática y hasta el disfrute del monólogo.

En sus mesas hay de todo, desde policías hasta vendedores de ilusiones. Profesores jubilados, billeteros, burócratas, abogados, agentes viajeros, cigarreros, aspirantes a mojados, periodistas y ***polleros*** se dan cita en el más grande y en el más vivo de los cafés de la ciudad.

No es lugar de moda donde se junten aspirantes a intelectuales, ni tampoco en él discuten los que dicen encabezar la opinión. En la Central la gente se reúne sin más intención que saborear el café y dejar pasar el día. No hay en ese sitio ni poses ni pedestales. Nadie se luce ni reclama pasarela, porque la clientela parece estar más allá de esas frivolidades.

Ahí se pueden ver mujeres de 70 que se aferran con furia a la juventud y aún lucen cortas faldas y altos tacones. También se ven galanes invernales que llevan sombrero y que todavía piensan que el cigarro debe prenderse con mucho estilo. Hay trasnochadores que en sus sillas vieron el amanecer y vendedoras de lotería que van a darle un descanso a sus piernas.

Es el viejo café, el de siempre. El de los dos siglos, el del café con leche, el de las 24 horas, el que no descansa, el que está en el viejo corazón de la ciudad, el que tiene a la Catedral a un lado y a toda la historia de Juárez en su corazón.

Es el lugar donde se cobija la memoria colectiva y el que todo juarense viejo ha disfrutado alguna vez.

De nicotina

Fue la moda y de ella nadie se escapaba. En los bailes de las secundarias y de las prepas, los muchachos cooperaban para comprar una cajetilla y luego se iban afuera a fumar, con un pie en la pared y con la mirada de hombre experimentado. Se trataba de que los demás, y sobre todo ellas, los vieran. Porque dejarse ver con un cigarrillo en la mano equivalía al pasaporte a la hombría. En esa edad especial en donde el humano se desespera por brincar etapas, el cigarrillo encendido era una demostración de madurez.

Se empezaba y se empieza a fumar por imitación. Y la tos se reprimía para simular que el tabaco era ya algo familiar para los adolescentes, sobre todo en una época en donde los no fumadores eran marginados. Se echaba humo en todas partes: en las fiestas, salones de baile, conferencias, funerales, bautizos, días de campo y oficinas públicas. Los burócratas tenían siempre los ceniceros repletos y hasta en las farmacias los boticarios fumaban con ganas. Los médicos firmaban las recetas con el cigarro al lado y a nadie se le ocurriría prohibir fumar, porque se consideraba algo tan natural como comer dulces o tomar agua.

Los aviones traían ceniceros y los autobuses también. Se fumaba en las *ruteras* y en los pasillos de las escuelas. Algunos profes parecían locomotoras y a nadie se le hubiera ocurrido prohibirle al profe que se chupara una cajetilla frente a los alumnos. No se hablaba de enfermedades del pulmón ni del daño a los demás, porque todos querían ser fumadores. Por eso las muchachas compraban mentolados largos con diseños muy femeninos que se fumaban a escondidas en los baños o en las partes más escondidas de la escuela.

Hoy, en este siglo XXI, ya no hay fumadores. Como ahora la moda es no fumar y tomar agua pura, la gente va a los eventos masivos con su botellita de purificada en la mano. Aun en las conferencias en donde antes todos llegaban con pipa y cajetilla lista, ahora no se consigue ni un cerillo. Ya no hace falta prohibirlo, porque los cigarros desaparecieron de la bolsa de los señores y de muchos jóvenes. Abundan los exfumadores intolerantes que reniegan de su pasado lleno de humo.

Se fuma poco y dicen que es por cuestiones de salud, aunque se sospecha que más bien es porque está de moda. De cualquier forma, el aire está más respirable y los lugares públicos ya no apestan a tabaco.

El problema es que ahora los fumadores se han convertido en una minoría marginada y en vías de extinción. Sienten que el mundo quiere quitarles su derecho a respirar humo y eso, dicen, va contra su libertad.

Como las modas cambian, el aire saludable que ahora se respira en casi todas partes, puede acabarse repentinamente. Por lo pronto, hay que disfrutarlo, aunque sea a costa de los que reclaman su derecho a llenarse el alma de nicotina.

De foquitos rojos

Las primeras eran muy caras. Se exhibían en los aparadores de las tiendas del centro de El Paso y atraían la atención de todos, principalmente de los estudiantes. Con ellas, era posible decirle adiós a las tablas y a las reglas de cálculo. Multiplicar, sacar raíz cuadrada, elevar al cubo o sacar promedios, era sencillo con solo oprimir unas cuantas teclas. Eran la modernidad de la segunda mitad del siglo XX, que se hacía presente en unos números rojos y brillantes, que sorprendían a muchos y desconcertaban a los profesores. ¿Se debían permitir o no las calculadoras en los exámenes de matemáticas? La duda duró solamente unos cuantos meses, porque pronto los maestros se dieron cuenta de que se trataba de una nueva herramienta que modificaba todo lo relacionado con los números. Por desgracia, en el momento de su aparición, pocos podían comprar una de ellas, pero en unos cuantos años empezaron a bajar tanto, que ahora se consiguen varias de ellas por un dólar. Hoy, en este nuevo milenio, a los comerciantes les resulta más barato regalar calculadoras chinas que uno de aquellos viejos almanaques que mostraban a una china poblana con un volcán nevado de fondo.

En realidad, ellas fueron las tatarabuelas de toda una familia de instrumentos que han venido a facilitar algunas cosas y también a complicar otras.

Después vendrían las calculadoras científicas y luego las solares. Como hijas de ellas, años después hicieron su aparición las agendas electrónicas, a las que en un principio les cabían 30 o 50 nombres, direcciones y teléfonos. Después llegaron unas más potentes, con capacidad para muchísimos datos.

Allá por los noventa llegaron los diccionarios y hasta las Biblias que cabían en la palma de la mano. Ya no hacían falta ni libretas ni plumas, porque todo se apuntaba electrónicamente. Después, con las computadoras portátiles y los celulares, vinieron más cambios. Se dejaron venir en tropel los instrumentos pequeños y con gran capacidad de memoria. La computación se redujo hasta caber en la palma de la mano y el internet se fue hasta las alturas, hasta los satélites, lo que haría innecesario conectarse a los cables telefónicos.

Es esta la época donde todo se guarda en memorias electrónicas. Los niños juegan con computadoras y los jóvenes ignoran que hubo máquinas de escribir a las que había que pegarles muy fuerte para que las letras llegaran hasta la copia que se hacía con papel carbón.

Cada año surgen novedades. De la misma manera, se genera nueva basura, porque de las empresas y escuelas brotan computadoras e impresoras viejas que ya nadie quiere ni sabe usar. Se tiran también programas de computación que hace cinco años eran una novedad.

Así, con esa velocidad avanza todo. Y ya solo los abuelos se acuerdan de aquellas calculadoras de numeritos rojos que tanto impacto causaron en su tiempo y que alcanzaron el altísimo precio de 40 o 50 dolarotes.

Con pistolita...

Son los mismos. Les han cambiado el uniforme, el nombre, el rostro, los vehículos y las motocicletas, pero en esencia son la misma cosa.

En un tiempo se vestían de color café y andaban trepados en motocicletas de los mismos tonos. En esos años eran famosos por su ferocidad y por los dientes afilados. Eran hábiles para esconderse en cualquier parte: detrás de los árboles, entre los autos estacionados, bajo la sombra de un árbol y hasta al lado de los botes de basura. Eran astutos, como los chuchos, aunque sin la nobleza de esos animales.

En el lenguaje de la calle se les conocía como mordelones, en referencia a las ***mordidas*** que les daban a los que caían en sus manos. No se les iba nadie vivo y aunque fuera una peseta, pero algo les sacaban del bolsillo.

En las noches eran más terribles, porque se ocultaban y se lanzaban contra cualquier automovilista. Y pobre del que llevara una cerveza entre pecho y espalda, porque lo acusaban de ir ahogado de borracho y amenazaban con llevarlo detenido. Claro que en el camino siempre era posible un acuerdo, y a las dos o tres cuadras, el guiador recuperaba su libertad a cambio de unos billetes.

Con el paso de los años fueron cambiando de uniforme y de apariencia. Dijeron que les habían quitado la dentadura y que ya no eran peligrosos, pero la gente siguió desconfiando. Aseguraron también que ya vivían de su sueldo, pero despertaban sospechas las joyas que traían y las carteras gordas que siempre mostraban.

En los últimos años, se ha insistido en que son inofensivos y hasta los treparon en unos ***vochitos*** en donde se ven mucho menos agresivos. A pesar de todo, siguen inspirando la misma desconfianza que provocaban en los años en que se vistieron de café. Nunca están a la hora en que se les necesita y, curiosamente, siempre aparecen en las curvas y en los lugares oscuros, desde donde sorprenden a los automovilistas que rebasan la velocidad permitida.

Ahora es común verlos por Paseo de la Victoria, por la avenida Universidad, por la Panamericana. Por ahí están, con su pistolita con la que miden los excesos de velocidad. Les importa un cacahuate que a 20 metros haya un choque o que los autos vayan a vuelta de rueda. Les valen los embotellamientos y que los semáforos se apaguen. Ellos están con su pistolita, cazando a los que rebasen los límites de velocidad. No están en las filas de los puentes, donde los abusones se meten cuando les da su gana, ni en las zonas donde los niños con carrote del año juegan carreras. Ellos están, como siempre, cazando a los que tienen la desgracia de pasar cerca de ellos.

Igual que antes.

Si lo sabe Dios...

Se ha dicho que es un deporte mundial o una actividad característica de las mujeres. Hasta se ha afirmado que es algo propio de los lavaderos o de las vecindades y se ha difundido la idea de que solamente lo practican las comadres. En realidad, el chisme es una actividad generalizada y está en todas partes, hasta en internet.

El chisme no se practica solamente entre las damas ni en los pasillos de vecindades. Gustan de él hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, aunque pocos lo reconocen como tal. Lo mismo en elegantes restaurantes que arriba de las simples ruteras, la gente se junta para hablar mal de los ausentes sin piedad alguna. Y ahora, en el siglo XXI, los lavaderos ya han subido al ciberespacio, donde se han creado los llamados *chats*, que no son sino vecindades virtuales para que la gente hable de los demás. También, es común que cuando alguien tiene algo interesante que comunicar, nomás le da *forward* y se lo envía a todos sus cuates. Y la cosa ha llegado a tal, que los rumores más efectivos viajan a través de las computadoras.

Aunque hay varias categorías en las que esta actividad se practica, su objetivo es solamente uno: destruir sin piedad la reputación del prójimo y para ello el chismoso puede valerse de todo, incluso de mentiras, con la condición de que suenen creíbles y sabrosas.

Como nadie reconoce abiertamente ser chismoso, porque los chismosos son solo los demás, hay una serie de frases conocidas y gastadas que justifican la práctica del chisme y que además le dan un aire de mayor credibilidad a lo que se platica. Una de las más conocidas es esa de "A mí no me lo creas", lo que da pie para que inmediatamente se venga una enciclopédica información acerca de la víctima.

Otra muy gastada es la de "No es por nada, pero...". Y quizá la más usada es la de "No es que me guste hablar mal de la gente, pero...". Claro que además de estas frases básicas hay otras más breves, que ya ni justifican el chisme y que solamente sirven para dar pie a alguna información: "¿No has visto internet?", "Ni sabes...", "¿No te llegó el correo que te mandé?", "Déjame contarte...", "Peor te la contaré...", "¿Ya supiste...?", "¿Te sabes la última...?", "Ni sabes lo que le pasó a fulana...", "Me dijeron que no lo contara, pero...", "No se lo vayas a contar a nadie, pero..." Dentro de estas hay unas geniales, como esa de que "Me dijeron que era secreto, pero mi pecho no es bodega", o la de "Anda, si lo sabe Dios, que lo sepa internet...".

Pero quizá la mejor frase de todas es aquella que se pronuncia cuando se va a hablar de alguien que ya está muerto. Como hay por ahí alguna regla no escrita que dice que de los difuntos no se habla porque ya están juzgados, los chismosos anteponen siempre estas palabras cuando su chisme se refiere a un muertito: "Hablo de su vida, mas no de su muerte...".

Silenciosa

Solitaria, como todas las otras del rumbo. Silenciosa, sin más ruidos que el zumbido de los carros que pasan frente a ella. Ya ni siquiera hay peatones. Uno que otro despistado que camina con prisa por esas banquetas que posiblemente sean las más anchas de la ciudad y que en un tiempo fueron recorridas una y otra vez por personas y automóviles que circulaban por la calle más importante de Juárez.

Fueron las casas más grandes, las de las fotografías turísticas, las que aparecían con nieve en las postales y las que hacían a la gente voltear, para imaginar qué había dentro de ellas.

Entre esas está la del cantante, una de las dos más grandes y seguramente a estas alturas la más famosa. Permanece siempre callada, como las otras, con el murmullo de las fuentes y el ruido ocasional de un jardinero que corta el pasto o se esmera en los cuidados de las flores que lucen esplendorosas en el verano. Los altos barandales la hacen parecer más distante, más grande y también resguardan una placa o losa que fue colocada al frente. Ahí se estamparon las dos manos de Juan Gabriel y una estrella. Fue colocada hace poco, en el 99, y los pocos curiosos que pasan caminando por esa acera se paran para observarla y hacer los comentarios obligados.

Frente a la casona, la curiosidad despierta y los que la observan se preguntan dónde estarán las recámaras de las amigas del

cantante. ¿En qué lugar la de María Félix? ¿Y la de Rocío Dúrcal? ¿Y la de Lucha Villa?

Los que han entrado, cuentan que cada una de esas habitaciones existen, pero nunca han sido visitadas por las dueñas. Y se sabe también que hay un gran salón, cuadros y un gran piano. De la misma forma, se sabe que ***Juanga*** pocas veces se para por ahí, pero de cualquier forma la casa se cuida con esmero.

Y es también sabido que el lugar estuvo hace poco embargado, porque el dueño debía muchos millones de impuestos y no los pagó ni con la cancioncita aquella de: "Ni ***Temo***, ni ***Chente***, Francisco será presidente".

Todo, lo del embargo, lo del candidato y otras cosas más, se guardan en la memoria de los juarenses, que cada día enriquecen la historia de esas casas, que siguen despertando la curiosidad y la imaginación.

Por lo pronto, en esa silenciosa casa de la vieja 16 de Septiembre, ya apareció un viejo carruaje, de los que se usaban el siglo antepasado. Ahí está, quieto, detrás de las fuentes, en una de las entradas laterales. No se sabe ni a quién perteneció ni si ahí se quedará. Pero encaja a la perfección en el ambiente de museo que inunda esas casonas de la que hoy puede ser una de las zonas más tranquilas de la ciudad.

Ciberimpertinencias

Hay de impertinencias a impertinencias. Las de hoy pueden ser electrónicas, computacionales o cibernéticas, pero a fin de cuentas son impertinencias.

Antes, los impertinentes eran los que entraban tarde a una función de cine o de teatro y hacían ruido, o los que se tardaban largos minutos en los teléfonos públicos. También los que hablaban a gritos en los velorios, o los que ponían sus radios a gran volumen en área donde podían molestar a otros.

Hoy, desde que la electrónica llegó, ya hay majaderos de celular y pelafustanes cibernéticos. Los que usan radiotransmisores, creen que el simple hecho de traerlos los autoriza a gritar en todas partes. Lo hacen en la fila del banco o en las oficinas públicas. Por si sus alaridos fueran poco, también hay que soportar el zumbidito ese tan característico de esos aparatos. Ya no solo se lo sacan de la cintura y quienes los rodean parecen estar obligados a soportar tan amenas conversaciones, que por lo general empiezan con la voz del que llama: —Carlos adelante, Carlos adelante.

Y el tal Carlos contesta. —¿Qué onda, güey? —¿Dónde estás? ¿Dónde estás? —Aquí en el banco, güey, aquí en el banco...

Y así sigue la conversación por un buen momento, a más de 150 decibeles.

En otras ocasiones, son los celulares los que interrumpen los velorios o las obras de teatro. Como a la gente le gusta ponerles musiquita en lugar de un timbre, a veces a medio rosario se oye la Marcha de Zacatecas o la tonadita del Llanero Solitario. Luego, la dueña del aparatito se aleja del lugar dando tremendos taconazos y contestando a gritos. Porque parece que la gente no ha entendido que por los radios y los celulares también puede hablarse en voz baja, aunque la comunicación sea hasta la misma China.

Los ***bípers*** ya son tan comunes que ni se notan. Por todas partes se oyen las tonaditas de esos artefactos. Y las que son relativamente nuevas son las computadoras portátiles, las famosas ***laptops*** que cada vez más gente saca en cualquier lugar. Se piensa que por ser silenciosas no interrumpen y por eso salen a relucir en clases o conferencias, donde las personas se meten a hacer sus muy particulares asuntos, mientras el mundo circundante les vale un reverendo cacahuate.

Y no se diga de los tocadiscos compactos personales, con esos audífonos que la gente se pone en las orejotas para ignorar al resto de los mortales.

Aunque no se crea, hay novios que entran al altar con el celular y personas que los contestan a un lado de las cajas de los difuntitos.

Son las nuevas impertinencias o las ciberimpertinencias del siglo XXI.

Los del siglo XXII

Están en ese lugar desde el siglo pasado y ahí continúan. Son casi las mismas, esas caras que los juarenses han visto durante años detrás del mostrador de cemento.

A la ciudad han llegado los restaurantes de cadena, las pizzerías, las hamburguesas y las fondas con nombres en inglés, pero eso no las ha afectado para nada.

Hasta ellas llegan los japoneses, los mexicoamericanos, los que viven en esta ciudad y todo aquel al que se le ocurre matar el hambre en el centro del mercado Juárez.

El lugar, en general, tampoco cambia. Tiene los mismos olores de siempre: a piel curtida, a especias, a frutas frescas y a la fritanga que se prepara sobre parrillas eléctricas o de petróleo.

Afuera, la ciudad puede transformarse, pero en esos pasillos el tiempo parece no pasar. Ahí están los mismos tacos de morcilla y de nopalitos, los lonches de colita de pavo y las enchiladas. También hay unas gorditas envueltas en papel encerado que se mantienen calientes sobre un comal.

La morcilla se prepara con la misma receta de hace muchos años y reposa sobre recipiente de peltre blanco, rematado por rebanadas de cebolla y hojas de cilantro. Los tacos se preparan al momento y en el aire. La señora agarra la tortilla, le pone la sangre cocinada, le rebana el chile, el tomate, la cebolla y el cilantro. Lo envuelve en un pedacito de papel y listo.

Se comen a pie, frente al mostrador de cemento y a un lado de la hielera en donde reposan los refrescos entre el hielo. No hay sillas ni mesas y tampoco hacen falta. Los tacos se deben comer mientras se disfruta el paisaje, porque en los alrededores pueden verse los chalecos de gamuza, los cinturones de piel, las artesanías de latón, los huaraches, las piñatas y las botellas de vainilla.

Desde el fondo, se deja venir el aroma de las manzanas y de las naranjas. También se puede ver la verdura perfectamente acomodada, que suelta su brillo y llama la atención de todos los que pasan, porque lo que se vende en el viejo mercado Juárez no es barato pero sí de lo mejor.

Y lo mejor de todo son los tacos de morcilla o los de nopales, que se comen de pie y por la mañana. Junto a ellos, nada tienen que hacer las hamburguesas de plástico ni las pizzas con sabor a hule.

En ese lugar, en ese corazón del mercado, la moda no penetra y permanecen vivos los manjares de siempre, esos que seguirán disfrutando los juarenses del siglo XXII y de los que vengan.

Buenos días y con permiso

Tiempos lejanos aquellos en los que los niños saludaban, pedían permiso, se despedían y le hablaban de usted a los adultos.

Allá por el siglo pasado, cuando una visita llegaba a una casa, la señora llamaba al pequeño o la pequeña, los presentaba y el muchachito o muchachita invariablemente decía: Fulano de tal y de tal, a sus órdenes. Después de eso, se quedaba calladito y entonces los adultos soltaban su piropo: qué bonita niña o qué guapo muchachito. Después de eso, se retiraba el infante y los grandes seguían con su plática.

Hoy, cuando los adultos se encuentran hablando, de repente se oye un estruendo en una de las recámaras y luego se escuchan ruidos como si por ahí en un rincón estuviera combatiendo un regimiento de apaches entequilados. Mientras a la visita se le ponen los pelos tiesos, la mamá va a ver qué sucede y se entera de que los niños están entretenidos con un sangriento juego de video, en el cual cada bando lleva como 300 muertos y en ese momento la emoción ha subido tanto, que decidieron poner el más alto volumen al aparato. En la recámara, el piso está cubierto de papas fritas y latas de refresco que amenizan la matanza virtual con la que se divierten los angelitos.

Como es imposible que escuchen y que hagan caso, la señora lo único que puede hacer es cerrar la puerta y explicar a sus visitas que los angelitos están jugando. Los ruidos de la batalla siguen a pesar de la puerta cerrada y los adultos tratan de reanudar su plática cuando otro estruendo se escucha por la puerta principal. Trepado en un patín del diablo (ahora llamados *scooters*), entra un muchachito con unos pantalones aguados y una cachucha al revés. No saluda ni pide permiso, pero casi le hace puré un callo a una de las señoras. Cuando la mamá pide al angelito que salude, este solo lanza una mirada y una especie de sonrisa a los rucos y se retira con la misma velocidad con la que llegó.

Más al rato, una adolescente pintada como payasito, con apretados pantalones y con zapatos como de la ratona Mimí, se apersona en la sala para pedir dinero a la mamá y no se digna dirigir un saludo a los que están aplastados en los sillones.

En el siglo XXI, las palabras de cortesía y eso que los papás anticuados llamaban educación, parecen haberse extinguido. Ya no hay muchachitos que sepan decir buenos días, ni jovencitos que se presenten adecuadamente y pidan permiso para retirarse. Hoy, son seres de cachucha al revés, de patín del diablo, de camisetas aguadas, de maquillaje precoz, que se refugian en sus videojuegos y en su mundo virtual. Pequeños seres que no han aprendido a decir ni buenos días ni con su permiso.

Nuevos marginados

En las ciudades de todo el mundo, los humanos tienen dos formas de desplazarse. Una es sobre sus pies y otra es sobre ruedas. Aunque es posible volar, todavía no hay aparatos que permitan a las señoras tomar su miniavión e irse al supermercado, como tampoco es posible que los señores se lancen briagos a pilotear y a pasarse los altos.

Hasta el momento, no hay más que pies y ruedas para moverse. Estas últimas, toman diversas modalidades y lo mismo pueden ir en un carro que en un patín del diablo o en un par de patines. Desde luego que lo más común son los autos. En estos momentos no es usual ver señoras en motocicleta o ancianitos en patineta, como tampoco se ven ejecutivas que se dirijan en bicicleta a sus oficinas.

Esta es la ciudad de los autos y, cada vez más, se olvida que la gente originalmente se desplazó sobre sus pies y que antes lo hizo incluso sobre sus manos, cuando los humanos no habían adquirido la habilidad necesaria para equilibrarse solamente en sus extremidades inferiores.

El asunto es que ahora los peatones constituyen una minoría marginada, a la que nadie toma en cuenta. La ciudad parece haberse hecho para las ruedas y no para los pies, como si los automovilistas no tuvieran la necesidad de posarse sobre las plantas de los pies cuando descienden de sus carros.

En muy pocos cruceros hay semáforos para peatones y donde los hay nadie los respeta. En los centros comerciales están pintadas esas rayas en el piso que indican cruce peatonal, pero la gente hace como si no las viera. Tal es la ceguera hacia los que usan sus pies para moverse, que en las escuelas ha sido necesario que las mamás y los papás se cuelguen unos chalecos naranja rompepupilas para poder detener a los que manejan como locos.

En los pocos sitios en donde hay rampas para inválidos, los salvajes se suben sobre ellas con sus camionetotas y las banquetas —cuando hay— son frecuentemente invadidas por los automovilistas que sienten que todo el espacio es para ellos.

Como consecuencia de esto, las banquetas están destruidas, aunque en algunas zonas ya ni se molestan en construirlas. Y cuando a alguien se le ocurre romperlas para quitar o poner tuberías, no se preocupa por repararlas, porque se considera que no son tan indispensables como las calles, por donde circulan los autos.

No importa que los peatones se quiebren una pierna o se deshagan un tobillo, que se vayan de boca o que se hundan en un agujero. La ciudad es ya de los carros, de las llantas, y los baches son peligrosos a media calle, pero no en las banquetas.

Por eso no hay semáforos para peatones, por eso los autos se echan encima de los que caminan, porque en esta ciudad los que se desplazan sobre sus piernas son los nuevos marginados del siglo XXI.

A veinte la función

Hoy, en este siglo XXI, tener cerca de cincuenta años de edad no es cualquier cosa. Quienes están en esa condición, son personas que nacieron a mediados del XX y a las que les tocó el nacimiento y desarrollo de muchos de los aparatos electrónicos con los que fueron criadas las nuevas generaciones.

Los juarenses cincuentones de hoy, recuerdan con claridad la llegada de las primeras televisiones a la ciudad. Tienen grabada en su memoria de medio siglo, el momento en que aquellos pesados cajones de madera hicieron su entrada a los hogares fronterizos. Eran unos cubos, pesados y con una pantalla minúscula, repletos de bulbos a los que había que tenerles paciencia para que se calentaran y pudieran verse las imágenes en blanco y negro que tanto emocionaban a los niños y adultos de esos tiempos.

Tener una tele allá cuando empezaba la segunda mitad del siglo xx, era un gusto de unos cuantos. Tan pocos eran esos aparatos, que quienes los tenían podían darse el lujo de reunir a todo el barrio en su sala o en el sitio donde estaba colocado. Listas como son, las señoras juarenses se las ingeniaban para sacar unos pesos mediante el cobro de una módica cuota a todos los chiquillos del vecindario que querían ver los programas vespertinos.

Un veinte, de aquellos grandotes y de cobre, costaba la admisión a una función de tele. Aunque eso de admisión era un decir, porque lo único que hacían las señoras era abrir las ventanas y correr las cortinas, para que todos los chiquillos y las chiquillas asomaran las cabezas para alcanzar a ver los programas en blanco y negro que se transmitían en esos años. En esos cinitos de a veinte, muchos juarenses vieron por primera vez las caricaturas o los programas que ofrecían las pocas televisoras locales. En los recuerdos de aquellos asistentes están los cuentos de *Cachirulo*, *Papá Kinito* y otros personajes que eran conocidos por toda la población infantil de la ciudad.

Hoy, cuando en muchas casas hay varias televisiones, a los jóvenes les resulta imposible creer que hubo años en los que se pagó un veinte por asomar la cabeza para ver una pantalla minúscula en blanco y negro. Las empresarias, las dueñas de aquellos changarros del espectáculo de barrio, también recuerdan a sus clientes asiduos y los buenos pesos que sacaban cada tarde.

Era un veinte, de cobre y grandote, el que había que conseguir, recuerdan los cincuentones espectadores de ventana del siglo pasado.

Peregrina

El canal, a un lado, es el mismo, con sus árboles viejos de troncos partidos y la basura acumulada por años. Seco en la primavera y lleno en el verano. La malla que lo resguarda tiene los mismos agujeros de siempre, por donde se colaban los chiquillos para echarse un clavado o por lo menos para agarrar algunas ranas, de las que se escondían entre las piedras y la hierba.

Las sombras y los ruidos también son los mismos. El murmullo del aire que alborota las hojas y se cuela por debajo del puente, es similar al que se escuchaba hace muchos años, al que se ha oído siempre.

Lo que ha cambiado es la casa de adobe. Hoy tiene la puerta principal clausurada y los vidrios rotos. La fachada está pintarrajeada y por todas partes crece la hierba. Huele a tierra, a abandono y se ve mucho más chica que en sus mejores tiempos.

Está situada a unas cuadras del mercado Juárez y a una de la 16 de Septiembre, en lo que hace años era la parte central de la ciudad. Allá por los sesenta, en ella estuvo una escuela primaria en la que cabían muchos salones y alumnos. En realidad no era grande, pero lo parecía. A la entrada estaba la dirección, a la izquierda el salón de quinto y enseguida uno más grande que era de segundo, pero a mediodía se acondicionaba como comedor. Al fondo, cerca de la escalera, el saloncito de música, donde la maestra tocaba el piano y los niños cantaban canciones como Peregrina y otras de compositores yucatecos, que seguramente eran del agrado del director.

Arriba, solo había dos saloncitos, uno de tercero y uno de cuarto. Los dos olían a tinta, de aquella que se compraba en tinteros de vidrio y que se usaba en las plumas fuente. Y olía así ese segundo piso, porque era precisamente en tercer año cuando los profesores enseñaban a usar la tinta. Era el momento en que se dejaba el lápiz y se empezaban a usar los diarios, esos cuadernos gruesos de pasta dura donde se iban acumulando los apuntes y las tareas.

Era tan chica la casa, que a media mañana, el recreo era en la calle, precisamente junto al canal, entre el olor del agua que corría y el ruido de los álamos que se movían con el viento. No había carros ni peligro, porque los autos eran escasos y no había pavimento. El único movimiento que se apreciaba era el de las camionetitas de los repartidores que llegaban a surtirse en la hielería de la esquina.

En esa quietud, se escuchaban claramente las lecciones y se practicaba el canto. Temprano, podía oírse con claridad cómo se preparaba la comida en la cocina. Era tal el silencio que a veces se oía el chocar de los cuchillos o el arroz que se revolcaba en alguna cazuela. Y se cocinaba porque muchos alumnos se quedaban al mediodía y no regresaban a su casa hasta en la tarde, a eso de las cuatro, cuando los árboles del canal empezaban a alargar sus sombras.

Hoy, la casa está en ruinas, se ve más pequeña, encogida. Resulta difícil imaginar que alguna vez dentro de ella hubo vida, niños, olor a comida y hasta decenas de gargantas medio desafinadas cantando Peregrina. Ahí está. Pintarrajeada y silenciosa, sin ecos, pero ofreciendo sus recuerdos a los pocos que la hayan conocido en sus mejores días.

Abandonados

Vagan en grupos de tres o cuatro, que a veces crecen hasta llegar a ocho. Lo hacen despreocupadamente y sin rumbo, aunque extrañamente no se salen del parque, quizá porque ahí encuentran algo que comer y también árboles donde protegerse del sol en los peores día del verano.

Los hay de todos colores y tamaños. Desde los minúsculos de patas cortas y ladrar agudo hasta los grandes, de pelaje largo y maltratado. No tienen nombre, aunque quizás alguna vez lo tuvieron y fueron llamados por él hasta el momento en que decidieron tirarlos ahí, cuando a los dueños o amos les pareció que era tiempo de cambiar el perro, o cuando les molestó alguna de sus travesuras o simplemente cuando pensaron que ya no había lugar para un animal en la casa.

Los perros que vagan en El Chamizal, son regularmente perros repudiados, de esos que en algún momento tuvieron casa y luego fueron arrojados de ella. No son exactamente perros callejeros, o por lo menos no nacieron en las calles y por eso no tienen las habilidades de los animales que nunca conocieron hogar.

Los chuchos de este parque son por lo general torpes para caminar y para esquivar los autos. Los recién arrojados aún no saben buscar comida en los botes de basura y por lo general son temerosos y tímidos. Andan literalmente con la cola entre las patas y tienen ese andar tímido de los animales que han sido maltratados. Vagan por esa zona porque precisamente ahí fueron a arrojarlos alguna mañana o alguna noche, aunque en algunos casos sus dueños los soltaron y luego fingieron que el perro se había perdido. Así, los que tiran chuchos, lavan un poco su conciencia y pueden tener algún pretexto con ellos mismos o con el pequeño de la casa que pudiera reclamar el destino del animal.

Por eso se les puede ver vagando en grupos, por eso van y vienen por los prados y las banquetas, en búsqueda de agua o de los restos de alguna carne asada. A simple vista, puede distinguirse a los recién llegados, porque son más tímidos, porque todavía no se acostumbran a dormir donde les cae la noche y porque posiblemente todavía extrañan la casa que alguna vez tuvieron y el plato en el que les servían.

Quizá todavía recuerden que tuvieron nombre y que cuando cachorros fueron tratados amorosamente. A pesar del abandono, esos perros conservan sus lealtades y son tan nobles, que si algún día apareciera en ese parque el que los abandonó, se lanzarían a jugar y a hacer sus gracias.

Así son los chuchos y así son los humanos.

Capirotada

Le han hecho lo que han querido y en la más absoluta impunidad. Nadie les ha detenido la mano para que a la ciudad le quiten y le pongan.

En su descargo, todos han dicho que se trata de embellecerla, de darle lo que merece, de cambiarle la cara. Y la verdad es que la ciudad no ha hecho nada para merecer eso que le han puesto, ni tiene pecados tan graves como para que le hayan desfigurado el rostro.

A su sencillez original, a su color arena, a su modestia tradicional, los que han gobernado este Juárez, han agregado todo lo que les ha pasado por la cabeza, para convertir esta ciudad de casas chaparras en una verdadera capirotada. Como ricos nuevos, como señora vuelta loca que pisa por primera vez una mueblería, los que han estado sentados en la Presidencia Municipal, han hecho lo posible por convertirla en la ciudad de los parches.

Hace más de treinta años, a alguien se le ocurrió poner arcos en el centro para darle un aire colonial y alrededor de la plaza fueron plantados unos artefactos de concreto que más bien parecían columpios para elefantes. A la catedral la modificaron y solo le dejaron la fachada, combinada con unas paredes laterales de ce-

mento que nada tenían que ver con la idea original. El kiosco que estaba enfrente se lo llevaron y las viejas bancas de azulejo fueron desaparecidas por ocurrencia de algún funcionario.

El viejo cuartel del Barrio Alto fue también derrumbado y a la antigua Presidencia Municipal se le condenó al olvido por largos años. Recientemente, las bancas de la placita de San Lorenzo también fueron borradas y los cines del centro fueron convertidos en tiendas de baratijas y de artículos electrónicos.

En algún momento a alguien se le ocurrió que se podía hacer una réplica de los callejones de Guanajuato y se creó la plaza Cervantina, que al poco tiempo quedó cubierta de basura y llena de vagos.

En el Pronaf, que por largo tiempo fue símbolo de la modernidad juarense, se levantaron unas cajas de zapatos que cubrieron la sala de espectáculos. Hasta la fecha esa construcción permanece obstruida y en los alrededores se levantaron cantinas sin ton ni son en los más variados estilos y con rótulos en inglés.

Hoy, al empezar el siglo XXI, se desató la fiebre de las estatuas. Estas no tienen forma conocida, pero la gente las identifica como puede: el arpa, los dientes de tiburón, el tenedor colorado. Las están poniendo por todas partes y son grandotas, para que se vean, para que la gente las recuerde por siempre.

Así, cada tres años, algo hay que agregarle a la capirotada. Por fortuna, la belleza de esta ciudad es tan profunda y tan espiritual que aguanta eso y más. Aunque en esa cadena de ocurrencias y puntadas, es posible que algún día llegue alguien que tumbe esos fierros y ponga otras cosas mejores... o peores.

No sufras más

Lugar concurrido. Desarmadores en las mesas para los caballeros y granadinas para las damas. Es el Juárez de los setenta, en los años en que se baila con música viva. Los muchachos se peinan, se perfuman, se ponen un saco aunque sea prestado para irse a la tardeada del domingo.

Se tocan y se bailan las canciones que se oyen en la radio. En el frente, afinan instrumentos y voces. Prueban los micrófonos, mientras las muchachas mueven los pies ansiosas por la primera tanda.

Se escuchan Los Silver y las bocas, todas, corean las canciones, las baladas que todavía recuerdan cuarentonas y cincuentonas. La guitarra, melosa, monótona, sirve de fondo a una canción que todos se saben y que aún se escucha.

Si tienes un cariñito, para qué quieres más.
Si tienes unas caricias, para qué buscar más.
Llorarás, sufrirás, porque así pasa;
si quieres tú más, siempre sufrirás.
Una vez yo quise, con todo el corazón.
Otra vez yo quise, y fue mera ilusión.
Siempre que tú busques más,
mas te enamores,
muchas alegrías tendrás,
mas un día llorarás.
Una vez me dijeron, que si me quería ir,
que me fuera sin pensarlo,
y ya no hiciera sufrir.
Y a poco de pasar el tiempo, volví arrepentido,
ahora sí buscando un consuelo,
que ya no pude encontrar.
Ay amor, querido, no sufras más.
Si llorar y sufrir tú quisiste,
qué remedias, lo demás...
Ay amor, querido, no sufras más.
Si llorar y sufrir tú quisiste,
qué remedias, lo demás...

Casino Alianza, cerca de la vieja cervecería, pegado al Leonístico, que era otra cosa, a un lado de donde se envasaban aquellos refrescos chaparritos conocidos como las Grapettes. Lugar de bailes y tardeadas, imperio de los conjuntos que le marcaron el ritmo a la ciudad. Espacio para primeras citas, donde muchos dieron sus primeros pasos de baile, donde nacieron romances y surgieron matrimonios.

El Alianza, Los Silver, las canciones de aquellos tiempos: *Novia linda*, *Momentos*, *Siempre lloraba*, y todas las demás. Todas las otras que siguen guardadas en alma y corazón. Todas esas que hacen que a muchos se les remuevan los recuerdos.

Juarochos y torreones

Como ha sucedido por siglos, a la ciudad siguen llegando personas de otros lados. Hombres y mujeres que se suman a la familia y le agregan a Juárez sus acentos, sus costumbres, sus comidas.

Los veracruzanos, alegres y despiertos, se integran rápido a la ciudad. Se les distingue por el color que el sol de aquellas tierras les regaló y, sobre todo, porque permanentemente se comen las eses. Ellos hablan de dolare' y a las señoras dicen a veces que les duelen la'... pierna'... En realidad no se comen completamente las letras, más bien las cambian por otro sonido que es una especie de j aspirada, suave, casi imperceptible. Pronto, muy pronto, ellos se han integrado y ya hasta se llaman a sí mismos *juarochos*. Pero a pesar del rápido aclimatamiento, cuando se les pregunta por su tierra, se ponen nostálgicos, lanzan un suspiro y muchos reconocen extrañar su comida, su mar y seguramente el bullicio de aquellas tierras donde la alegría y el hablar en voz alta es parte de la vida de todos los días.

También hay chiapanecos, aunque son menos y más callados que los *juarochos*. No son tan bullangueros y más bien pasan desapercibidos porque no tienen un hablar tan marcado como el de los de Veracruz. Como todos los recién llegados, tienen en la mente el recuerdo fresco de sus tierras, donde dicen, hay de todo pero muy mal repartido.

Los de Torreón ya no son tan novedosos. Hace muchos años siguen llegando en grandes cantidades y aún insisten en que su ciudad de origen es muy bella, aunque la idea no es muy compartida por los otros habitantes de esta frontera. En realidad, habría que distinguir entre los de Torreón, los de Lerdo y los de Gómez Palacio, tres ciudades pegaditas que los juarenses y el resto de los mexicanos tienden a confundir. A los ojos de los extraños es una sola ciudad, pero los que ahí han nacido son muy precisos al hacer las distinciones. Por eso se ha vuelto famosa la pregunta y la respuesta: "¿Eres de Torreón? No, soy de Gómez". Aunque el acento sea el mismo, ellos son muy precisos y marcan con exactitud su ciudad natal porque, dicen, Lerdo es más bonito que las otras dos, aunque los torreonenses juran que su lugar es el más agraciado de toda la república.

Esa gran cantidad de acentos y de costumbres han servido también para acentuar la forma de hablar de los que tienen más tiempo de vivir aquí. Por eso, junto al hablar alegre de las jarochas, se marca más la ssshhh de algunas muchachas que dicen: "Buenas nossshhhes, me da un ssshhhocolate por favor". Los veracruzanos dicen: "¿No tiene uno' cuanto' dólare'?" y los de por acá parecen escucharse más golpeados cuando dicen: "¡Bájate de la troca, güey!".

Así, la ciudad sigue siendo, como siempre, mosaico de acentos y costumbres. Así ha sido siempre y seguramente así continuará por mucho tiempo.

Dálmata en el I-10

Manchas negras sobre fondo blanco. Collar rojo y buen trote. El sol empezaba a quemar y el pavimento de una de esas vías rápidas elevadas de El Paso, se ponía como comal tibio.

El Dálmata bajó de alguna parte, quizá se cayó de alguna camioneta o brincó de algún auto, porque no es común que un chucho camine por esos lugares en donde los carros circulan a altas velocidades. Se veía nervioso pero no completamente asustado y caminaba por la cuneta, lo cual lo ponía a salvo. Movía las patas con velocidad y ritmo, lo que atraía la atención de los que circulaban por ahí a esas horas.

Y es que un Dálmata trotando en sentido opuesto al de los automóviles no es cosa de todos los días. La vida del chucho estaba en peligro, aunque el animal se veía medianamente confiado y no se metía al área de tráfico.

Dos individuos se detuvieron con ánimo de rescatarlo. Primero una camionetita y después un carro. Bajaron los ocupantes, que no tenían precisamente la estampa de unos atletas y decidieron correr tras el perro para rescatarlo. Ahí empezó el espectáculo: el Dálmata, con todas sus manchas, empezó a apretar el paso y sus perseguidores-salvadores también. Entonces se dieron cuenta de

que corretear a un chucho no es cosa fácil, mucho menos a esa hora y en ese lugar.

Los curiosos volteaban y el animal seguía muy derechito, sin hacerse a donde los carros pasaban zumbando. Una patrulla pasa por accidente y su ocupante se detiene un momento, ve la escena pero no auxilia a los que en ese momento empezaban a echar pedazos de pulmón. Se arranca el policía y continúa la carrera por la I-10.

Los dos rescatistas casuales se agotan, sudan, resoplan y el perro no se deja alcanzar. Por fortuna, unos 300 metros adelante, decide bajarse hacia un pequeño parque situado debajo de un puente. Los perseguidores no pueden ya ni con su alma, pero descansan, porque el chucho ha salido de la zona de peligro. Por lo menos allá abajo los autos son menos y aumentan las posibilidades de que alguien adopte al animal.

Alegre, el Dálmata del I-10 se aleja moviendo la cola. Va como perro sin dueño pero está vivo. Se mete por alguna calle y se pierde. Posiblemente encuentre pronto nuevo amo y quizá tenga la suerte de reencontrarse alguna vez con el que tuvo.

Arriba, entre el zumbido de los carros, dos individuos sudorosos que echan pulmones y alma por la boca, le dicen adiós al chucho de las manchas negras. Y le desean que conserve esa misma suerte que le permitió seguir vivo.

Rótulos

Muchos de los letreros que se observan por toda la ciudad son inútiles o redactados como si quienes los leyeran fueran débiles mentales.

Hay unos colocados en la parte posterior de los camiones apestosos que circulan por esas calles llenas de baches. Con unas letras chuecas y mal pintadas, alguien puso una pregunta boba: "¿Vengo conduciendo mal? Repórtame al...". A veces, las letras no pueden verse por la mugre que las cubre y en otras es tan mala la ortografía, que no se entiende lo que quieren decir. Desde luego que cualquier juarense en su sano juicio sabe que no tiene caso gastarse dos o tres pesos en una llamada, porque de cualquier manera esas chatarras seguirán tan apestosas como siempre y sus choferes seguirán conduciendo como orates.

Hay otros letreros a la entrada de algunas empresas donde se solicitan "empleados de ambos sexos". En lugar de decir que necesitan trabajadores hombres o mujeres, se ha vuelto costumbre usar esa frase, quizá porque algún jefe de personal pensó alguna vez que era una expresión muy elegante.

En algunas casas o edificios, también aparecen rótulos con una leyenda que dice: "Se vende Previa Cita". Daría la impresión de que lo que se vende es una cita, pero en realidad lo que quieren decir es que venden la construcción y para ello es necesario hacer una cita con el dueño. En realidad, la expresión sale sobrando, porque nadie trae un millón de pesos en la bolsa para comprar en el acto una casa, como si se tratara de chicles o de elotes. Lo que regularmente hace la gente es entrevistarse con el dueño y platicar sobre el precio y muchas otras cosas más.

Es frecuente también ver antros de mala muerte, apestosos, de donde casi salen las cucarachas, en los cuales hay un letrero a la entrada que dice: "Nos reservamos el derecho de admisión". La verdad es que no se reservan nada, porque a esos sitios entra todo el mundo con solo pagar la entrada.

Hay otros muy simpáticos que son colocados en changarros, en donde solamente hay un empleado y que sin embargo son firmados por la gerencia. En los talleres mecánicos, dicen algo así como: "No se presta herramienta. Atentamente la Gerensia".

Los mejores son los que aparecen en los excusados. Es muy socorrida la frase esa de: "Bájele al agua no sea marrano". Hay otro, originalísimo, en un edificio viejo del centro que dice: "Si usa el mingitorio, bájele al agua, si no no le baje". Otro muy extraño es uno colocado en una tiendota de El Paso. A un lado de un rótulo que dice: "*Gourmet cookies*", está su traducción: "Galletas epicúreas".

Así, por toda la ciudad pueden encontrarse rótulos que van desde los inútiles hasta los ingeniosos. Muchos de ellos podrían no haberse escrito y nada pasaría, como ese de:"¿Voy conduciendo mal?"

Paliacates

Güero, de piel colorada y quemada por el sol, con sus pantalones de pechera y su camisa a cuadros. En la cabeza un sombrero y en la mano una caja donde lleva los quesos y unas bolsas de plástico con unos panes.

Ya es mayo y el calor sube. La mezclilla que viste el güero es de poliéster y parece hecha para sudar con ganas. De la bolsa de atrás sale un paliacate rojo que agarra de vez en cuando para limpiarse el sudor que le escurre desde la frente. Los quesos menonitas se pasean entre los carros al igual que los panes. Con el rostro serio, el vendedor se acerca a las ventanillas y habla poco, quizá porque confía en la fama de su producto que ahora ya anda en los cruceros.

Del otro lado de la calle una figura destaca sobre el pavimento gris. Es una blusa amplia de color verde limón, de esas que tienen un millón de pliegues y que han sido hechas por las manos pacientes de las mujeres silenciosas del paliacate en la frente. Imposible dejar de ver esa prenda que cae sobre una falda del mismo color y que también está hecha con muchos metros de tela. Pero ni el tono festivo opaca los rasgos morenos y los dientes blancos de la mujer que pasa lentamente ante los autos. Lleva unos huaraches de suela de llanta que aguantan la temperatura del asfalto.

A la mitad de la calle camina un hombre moreno con tatuajes en brazo y pecho. Bajo uno de los ojos se ve una de esas lágrimas que se graban con tinta azul. De uno de los brazos asoma lo que parece ser uno de los pies de la Virgen de Guadalupe. Es uno de esos jóvenes que aseguran haber abandonado las drogas y que ahora venden paletas. Habla más que la mujer de la blusa verde limón y que el güero de las pecheras. Menciona su rehabilitación y reparte bendiciones a los que le compran dulces y también a los que no lo hacen.

También anda por ahí un *cholo* de pantalones aguados y cortados muy abajo de la rodilla. Lleva tenis y también un paliacate que le cubre la frente y parte de los ojos. No habla porque lo que vende no necesita anunciarse. La gente compra refrescos sin que le digan lo que son ni para qué sirven. Es ya verano y la sed arrecia en todos los cruceros de la ciudad.

Cuando arrancan los autos todos se dan un descanso. Se juntan en una de las esquinas y platican. El güero sonríe, la de la blusa verde limón manotea, el cholo enciende un cigarro, el de las paletas le da un trago a un galón de agua. Comparten el agua, la calle, el momento. Cada uno viste a su manera pero parece unirlos el paliacate y la sonrisa que les brota a todos en ese mediodía de mayo.

Tortillas y refritos

Parecieron desaparecer por un tiempo, cuando se vino la oleada de los supermercados y cuando la gente iba a las tiendotas a comprar todo. Pero luego regresaron y volvieron a plantarse en las esquinas, en el corazón de los barrios, en medio de las colonias pobladas, a un lado de las escuelas y en todos los lugares en los que antes estuvieron.

Ya no venden lo mismo que en aquellos años en los que las señoras compraban todo en ellas, porque la competencia está fuerte y las amas de casa buscan las ofertas en los periódicos, pero las tiendas de barrio siguen siendo indispensables para la compra diaria, para esos pequeños detalles que siempre se olvidan, o simplemente por el gusto de ir a darse una vuelta a la esquina.

En la tienda del barrio se compran los refrescos para la cena. También se va a ellas para las tortillas de harina de la cena o para preparar los burritos del día siguiente. En ellas se sigue comprando la lata de frijoles refritos que siempre hace falta y, desde luego, el paquetito de pan para acompañar el café.

Tras los mostradores de madera siempre están los mejorales, los curitas, la sal de uvas, todos esos remedios caseros que nunca están en la casa y que se ofrecen siempre a media tarde. A un lado de las cajas de esas tiendas se encuentra, desde luego, toda la variedad imaginable de pastelillos y frituras que aparecen diariamente en la televisión. Como sucedía antes, una buena parte de la clientela de las tiendas de barrio son los niños, insaciables consumidores de todo tipo de chatarra, sobre todo si trae premio.

Otros clientes fieles son los compradores de *guamas*. Porque a nadie se le ocurre ir a comprar estas bebidas a un supermercado. Todos los juarenses saben que esas botellas oscuras deben comprarse en la esquina, deben ser cubiertas discretamente con un periódico y luego consumirse en una banqueta tibia al caer la tarde. Ese es el secreto de las caguamas y parte del sabor está precisamente en esos viajes que deben hacerse a la tienda más próxima, para comprarlas una por una y consumirlas rápidamente antes de que se calienten. A la tienda también se va a comprar el cigarro suelto y el frasco de mayonesa que hace falta para preparar las tortas de salchichón.

En esas tiendas de barrio es donde se encuentran esas horribles salsas preparadas supuestamente en casa que se venden en bolsitas de plástico y nunca faltan las pequeñas empanadas de piña que siempre se antojan al pagar en la caja.

Así son las tiendas de barrio, las que por fortuna siguen vivas y en donde las señoras siguen comprando sus paquetes de tortillas y sus botes de refritos para la cena rápida de esta noche.

Igual

Hace muchos años fue una palabra: ***inclusive***. Era usada para todo y en cualquier momento. Hombres y mujeres la metían en sus conversaciones y había quien la mencionaba centenares de veces sin darse cuenta. Entre amigas, las charlas se adornaban con este término de moda. —¿Y vas de vacaciones? —Sí. Inclusive hemos pensado en quedarnos unos días más, aprovechando que tenemos parientes allá. —Pues sí. Inclusive sería bueno que aprovecharan y visitaran a tu suegra. —Claro. Inclusive hemos pensado que ella se venga para acá unos días. Inclusive que se quedara en la casa una buena temporada. —Me parece buena idea. Inclusive sería bueno para los niños, porque así comerían mejor. Ya ves, tan buena que es ella para la comida, inclusive para los postres.

Luego, vino otra expresión: ***en determinado momento***. También se usó para todo y se metía en todas las conversaciones, que eran más o menos como la anterior. —¿Y vas de vacaciones? —Sí. En determinado momento hemos pensado en quedarnos unos días más, aprovechando que tenemos parientes allá. —Pues sí. En determinado momento sería bueno que aprovecharan y visitaran a tu suegra. —Claro. En determinado momento hemos pensado que ella se venga para acá unos días. Y en determinado momento que se quedara en la casa una buena temporada. —Me parece buena idea. En determinado momento sería también bueno para los niños, porque así comerían mejor. Ya ves, tan buena que es ella para la comida, y en determinado momento hasta para los postres.

Hoy, en este siglo XXI, la palabra de moda es ***igual***. La usan hombres, mujeres, jóvenes, niños, niñas y hasta conductores de radio. La meten con calzador en todas las conversaciones y si se contaran con detenimiento las repeticiones, se vería que llegan a los centenares. Las pláticas son ahora más o menos así. —¿Y vas de vacaciones? —Sí. Igual hemos pensado en quedarnos unos días más, aprovechando que igual tenemos parientes allá. —Pues sí. Igual sería bueno que aprovecharan y visitaran a tu suegra. —Claro. Igual hemos pensado que ella se venga para acá unos días. Igual que se quedara en la casa una buena temporada. —Me parece buena idea. Igual sería también bueno para los niños, porque así comerían mejor. Ya ves, tan buena que es ella para la comida, igual para los postres.

Inclusive, en determinado momento, estas personas hablan igual que antes. Todo es cosa de acomodar a fuerza la palabra de moda y repetirla hasta el cansancio.

Como dicen: igual y ni se nota o igual y nadie se da cuenta. Igual y les vale que les digan que repiten igual.

Rojos y dorados

Algunas señoras todavía los recuerdan. Tienen vivas las imágenes de cuando estuvieron en la sala, en el espacio principal de la casa, a la vista de todos y, aunque hoy sea difícil creerlo, despertando las envidias de algunas vecinas que quisieron tenerlos.

Eran unos juegos de sillones muy modernos para esos tiempos. Formados por el asiento y el respaldo, sin descansabrazos y sin más adornos. Picudos de las esquinas y tapizados con telas lisas, sin dibujos. Simplones, sin chiste, aunque a las señoras de ese

tiempo les parecían lo máximo que había llegado a sus hogares. Tan solicitados eran, que las familias no dudaban en endeudarse por largos meses en las mueblerías para tenerlos y presumírselos al vecindario.

Eran incómodos como ellos solos, porque estaban duros y no había forma de acomodarse en ellos. Además, no eran para eso, eran para lucirse, para ponerse frente a la tele y cerca de la vitrina en donde estaban todos los recuerdos familiares. Por eso poco importaba que fueran cómodos o que estuvieran suficientemente acolchonados. Eran como tablas, donde la gente debía sentarse en la orillita y cuidando de no resbalarse.

Para colmo, había quienes los forraban de plástico transparente, para cuidarles el tapiz y el resultado era fatal, porque en verano provocaban el sudor de la espalda y de la parte baja. Quienes se sentaban en ellos en una tarde calurosa de agosto, se levantaban con toda la retaguardia mojada y además corrían el riego de resbalarse. A veces quedaba el plástico mojado y la persona que se levantaba, discretamente, pasaba la mano por encima para quitar los humores que dejaba en esos sillones brillosos e incómodos.

Algunas señoras ingeniosas les ponían unas carpetitas tejidas en el respaldo y para que se conservaran, las colocaban debajo del forro de plástico.

Como complemento, estaban aquellas larguísimas consolas brillantes que parecían compradas por metros, arriba de las cuales siempre estaban las fotos de la familia, colocadas encima de otras carpetitas tejidas, que en ocasiones eran almidonadas para que lucieran esponjadas y tiesas.

Los colores de estos sillones no eran muy escandalosos. Había rojos, cremas, verdes y amarillos, pero eran especialmente demandados unos dorados, que con el plástico superior, brillaban más y hacían más juego con las consolas.

Todavía de vez en cuando se ven esos muebles en las fotos familiares. Sobre ellos aparecen sentadas chicas con botas *a-go-go* o señoras de peinados muy tiesos. Pero, por fortuna, ya solo existen en las fotos, de donde se espera nunca más vuelvan a salir.

Ordinario o aéreo

Eran de las muchas cosas que había que comprar a diario en la tienda, porque nadie las acumulaba, porque no era común que la gente las guardara en su casa. Así como el jabón se compraba antes del baño y los huevos antes de guisarse, así también el papel de las cartas tenía que comprarse antes de hacer la carta.

Por lo general era ya por la tarde, cuando se acababa el trabajo y la gente tenía tiempo de sentarse un rato a la mesa de la cocina bajo un foco amarillento. En los años en que no había tarjetas telefónicas, celulares, fax y mucho menos internet, la única forma de comunicarse era por carta; no había de otra. Por eso las señoras que le escribían al hijo que se había ido a Los Ángeles, o al hermano que estaba en Denver, mandaban al niño a la tienda por el papel y el sobre para poder platicar las últimas noticias de la familia.

Los chiquillos llegaban corriendo a los abarrotes de la esquina y pedían dos pliegos de papel y un sobre. El tendero siempre les hacía la misma pregunta: "¿Ordinario o aéreo?". Y los niños contestaban de la forma en que se los habían indicado en la casa: "Aéreo, porque va p'al otro lado". Ya con papel y sobre en la mano, el niño regresaba a la casa donde la señora o el señor lo esperaban con una pluma en la mano.

Entonces, con su mejor letra, escribían aquellas primeras palabras que toda carta debía llevar: "Esperando te encuentres bien, ya que nosotros lo estamos gracias a Dios, te escribo la presente, deseando te encuentres gozando de cabal salud. Y después de saludarte, paso a decirte que...".

En los párrafos siguientes venía todo el parte informativo de la familia y, si procedía, si se trataba del esposo, o del hijo, también se le insinuaba o se le decía claramente que se reportara con algunos dolarillos, de los que se suponía andaba ganando por aquellas tierras.

Las cartas también podían ir a Zacatecas, a Durango, a Michoacán, a cualquier estado lejano o a ciudades más o menos cercanas como Parral o Chihuahua. Para esos sitios se usaban los sobres blancos, ordinarios, porque no había aviones y las cartas viajaban en trenes, por lo cual tardaban largos días en llegar a su destino.

Eran los tiempos de las cartas, de los saludos corteses, de la buena letra. De todo aquello que viajaba finalmente en las valijas de los carteros, los que, por cierto, ayer festejaron su día, pero aún es tiempo de que reciban un justo regalito o por los menos las gracias por cumplir con su trabajo de mensajeros de siempre.

UACJ

Esta obra se terminó de imprimir en octubre de 2013
en los talleres de la Imprenta Universitaria, ubicados
en edificio R, campus ICB, en Av. Hermanos
Escobar y Av. Plutarco Elías Calles,
zona Pronaf, C.P. 32310
Ciudad Juárez, Chihuahua, México.

Tiraje: 500 ejemplares

Las crónicas que componen este libro son cápsulas de información en las que Raúl Flores Simental retrata la vida de los juarenses en determinados momentos o circunstancias donde aparece la esencia de lo que hemos sido y somos. Cada una de ellas es el producto del trabajo del periodista experimentado, del observador acucioso y reflexivo; pero también, del escritor que aun con la premura que impone el cierre de edición en el periódico, sabe encontrar la frase, la palabra y la imagen exacta con las que revela a sus lectores: personajes, costumbres, cambios en su ciudad.

Más de un centenar de crónicas que son un homenaje a nuestra forma de vivir, pero sobre todo a nuestra ciudad, esa "mujer sin maquillaje" que el cronista ama.

En resumen, *Crónicas del siglo pasado*... además de ser compendio para la sociología o la microhistoria, es también el cofre literario donde Raúl Flores Simental nos entrega a los juarenses de nacimiento o de corazón, una gran herencia: nuestro espejo.

Adriana Candia

Más allá de las pretensiones espectaculares que casi inevitablemente gobiernan las motivaciones del periodista y despreocupado de la trascendencia que otros buscaban, Flores Simental realizó por años, como un artesano dedicado teje sus canastos, la labor constante de convertir en historia diaria las mil facetas de las familias, los lugares, los personajes, las costumbres y los eventos de una urbe fronteriza envuelta en un proceso de transformación tan frenético que no le deja espacio para la identidad cultural.

Al dedicar una parte importante de su quehacer periodístico a esta tarea, Raúl cubrió un espacio único que, paradójicamente, ha venido a cobrar una trascendencia que rebasa la de la mayoría de los textos que se generaron en aquella época y que ahora no tendría mucho sentido leer por otra razón que no fuese la de documentar un tramo específico de la historia juarense. En esta circunstancia parece confirmarse que el carácter eminentemente específico y concreto de estos relatos es lo que les da una universalidad que rebasa las coyunturas políticas y sociales y logra mantener su valor o aun lo acrecienta a medida que el tiempo transcurre.

Vicente Jaime

UACJ
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

9 786075 200484
ISBN: 978-607-520-048-4